

*Huyendo del
Principe azul*



Vega Manhattan

**Huyendo del
príncipe azul
Vega Manhattan**

Huyendo del príncipe azul.

© Vega Manhattan.

1º Edición: Octubre, 2019

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personaje y, sucesos son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

Capítulo 1

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Harta, ¡estaba harta!

Y eso por no decir una burrada, pero no era por falta de ganas. Estaba hasta el c*** de mi madre. Era la persona más pesada del mundo.

Hacía seis meses que me habían echado del trabajo, recorte de plantilla decían. Mentira. Que era más fácil eso que hacerme un contrato en condiciones después de la cantidad de tiempo que llevaba en esa empresa. Y como limpiadoras había a la patada... Tampoco es que yo fuera imprescindible.

Se me iba a acabar la prestación por desempleo pronto y tenía a mi madre, la mosca, con el run run constante en mi oreja.

— Carla, tienes que buscar trabajo ya. Carla... Por Dios, que con mi sueldo no nos mantenemos las dos. Carla...

Joder con el Carla. Como si yo no supiera que necesitaba ponerme a trabajar de una vez. Era la primera interesada en estar fuera de casa.

Mi madre me había criado sola, mi padre, un chico con el que pasó una noche, nunca supo de mi existencia, más que nada porque mi madre no lo volvió a ver. Nunca me hizo falta, crecí sin padre y ya. Cuando no conoces algo, no lo echas de menos.

Por supuesto, era complicado en el colegio cuando llegaba el día del padre y todos mis compañeros le hacían algo especial al suyo en la asignatura de manualidades, pero yo lo hacía también, aunque fuera para mi madre. Yo le hacía regalos dos veces al año, por el día del padre y por el de la madre.

Pero una cosa era vivir con ella cuando era una niña, la niña de sus ojos, y

otra hacerlo cuando ya tenía una edad.

— Que vas a cumplir los treinta, por Dios (qué le gustaba nombrar a ese señor). Necesitas algo fijo, Carla, que la vida no es fácil.

No sé si se creía que yo eso no lo sabía. Dejé los estudios pronto porque no es que no diera, es que no me daba la gana de estudiar, me aburría sobremanera. Así que me puse a trabajar. Aquí y allá. De dependienta en un bazar chino, de prácticas como dependienta en una tienda de ropa... Lo que fuera, pero siempre haciendo algo. Hasta que, a través de una amiga, Ana, entré en esta empresa de limpieza.

Y ahí había estado hasta que me dieron una buena patada en el culo.

En fin, cosas de la vida que nos pasan a todos. Nos dejamos la piel en un trabajo pensando que eso nos hará ganar puntos o tenerlo para siempre y no, terminamos por darnos cuenta de que nadie es imprescindible para nada, menos aun cuando de empresarios y de negocios se trata. Qué os voy a contar yo que no sepáis.

Ese día me levanté tarde, bastante tarde. Estuve toda la noche haciendo lo mismo que las últimas semanas, enviando currículums a cualquier lado. Solo que esa noche lo hice algo diferente. Mandé mi currículum a todas las ofertas que encontré fuera del país. ¿Por qué no intentarlo? Yo no tenía idea de idiomas, no más allá del típico inglés que puede saber cualquiera, ya sabéis, el chapurrear el spanglish porque del reggaetón podían decir que hacía mucho daño, ¿pero y la cantidad de palabras que aprendía yo con él? También debía tenerse en cuenta, ¿no? Además, tampoco sería la primera que viajaba a un país lejano sin saber ni decir hola.

La cuestión era sencilla, yo necesitaba trabajar y no me importaba dónde. Además, cuanto más lejos de mi madre, mejor. Porque últimamente estaba insoportable.

— Carla...

Puse los ojos en blanco y no me giré a mirarla, seguí preparándome el café. Ya sabía que comenzaba el sermón y con el dolor de cabeza que tenía después de toda la noche delante de la pantalla, no estaba yo para escucharla a ella. Y menos para escucharla hablar de Dios, que no tardaría mucho en aparecer en la conversación. Con lo religiosa que era mi madre, no sabía cómo yo en eso salí tan atea. Tal vez porque le cogí manía a ese ser de tanto escucharla hablarle, sobre todo cuando me estaba sermoneando. Si existía, es que ese hombre tenía que estar en mi contra, seguro.

La comida estaba hecha, me dieron arcadas, yo recién despierta solo necesitaba café, nada más. No oler carne en salsa, se me estaba revolviendo el estómago.

— Carla... — dijo esa vez más desesperada.

— Buenos días, mamá — dije intentando no sonar hastiada.

— ¿Buenos días? Son casi las dos de la tarde. ¿También vas a coger la costumbre de levantarte tarde? Porque así sí que no se encuentra trabajo. Además, ¿qué haces con el café? Estoy esperándote para almorzar.

— Estuve buscando trabajo — me senté a la mesa de la cocina dispuesta a tomarme mi taza de café — . Si quieres comer, hazlo, no tienes por qué esperarme, a mí no me entra aún.

— ¿Buscando trabajo por la madrugada? Carla, por Dios, ¿trabajo de qué?

Resoplé, mi madre era una dramática de cuidado.

— De puta, de qué más va a ser — dije irónicamente.

— Ay, Dios mío...

— Buscando por internet, mamá, deja de malpensar — suspiré cuando la vi persignarse. Si es que la culpa era mía por picarla, además.

— Yo de esas cosas no entiendo. Sé que estamos mal de dinero, pero hay cosas que no, Carla — me advirtió, seguía malpensando.

— Lo sé, mamá — me iba a sacar de mis casillas rápido — . Tranquila, no es nada de eso...

— ¿Me lo prometes?

— Por Diosito, sí — ella sabía que yo no creía en nada de eso, pero siempre le servía el juramento, así que lo usaba y ya — . Por cierto, ¿qué haces aquí?

— María me debía un día y me lo cobré, ya te lo dije el otro día.

— Verdad... — ni me acordaba, pero como siempre estaba cambiando sus turnos en el restaurante...

Mi madre llevaba toda la vida trabajando como cocinera. Siempre de un bar en otro porque los contratos no solían durarle mucho. Pero, por fortuna, en este último, un restaurante y salón de celebraciones, llevaba ya bastante tiempo, casi tres años y aunque era un trabajo duro, a ella le gustaba su profesión. Además, con su compañera de cocina se llevaba muy bien, eran íntimas amigas y al menos sabía que tenía a alguien con quien hablar o salir a tomar un café de vez en cuando.

La vida de mi madre no fue fácil, al quedarse embarazada de mí, su familia no la apoyó, le dieron la espalda. Y cuando decidió tenerme, se marchó de su pueblo en busca de algo mejor. Os podéis imaginar lo mal que lo pasó. Pero lo hizo bien. Más que bien.

Era una buena persona y una madre cariñosa, pero se preocupaba demasiado por las cosas. Sobre todo por mí. Y toda esa retahíla de que tenía que encontrar un trabajo porque no llegábamos a fin de mes no era cierto al cien por cien. Más que nada era porque me conocía y sabía que yo no soportaría estar mucho tiempo sin hacer nada o caería en depresión por sentirme inútil. Pero ella prefería usar otro tipo de excusas para abordar el tema conmigo.

De una forma o de otra, es que me tenía hasta el cogote, eso sí.

Joder, cómo me ponía la cabeza.

— ¿Qué haces? — le pregunté cuando la vi servirse una taza de café.

— Pues acompañarte, esperaré a que te entre hambre y así comemos juntas. No solemos hacerlo, así que...

Sonreí, a mí también me gustaba comer con ella y pocas veces teníamos la oportunidad por su horario. Y los últimos meses, desde que me quedé en el paro, no le había prestado demasiada atención.

— En un ratito se me asienta el estómago y ya comemos — le guiñé un ojo, era una tregua para las dos. Ella necesitaba calmar un poco sus nervios y su preocupación por mí y yo dejar de estar tan irascible con ella cuando sabía que solo quería mi bien.

— No me importa comer sobre las tres — me regaló una sonrisa de agradecimiento, entendiendo mi tregua — . Entonces cuéntame, ¿de qué estuviste buscando trabajo?

— Hice lo de siempre, mamá. Envié, por internet, mi currículum a cualquier oferta de empleo en la que pudiera encajar. Pero anoche lo envié también a empresas de fuera, a ver si hay suerte...

— ¿De fuera? ¿Fuera de la ciudad?

— Y del país — dije tras carraspear y mirar a otro lado.

— Pero Carla, por el amor de Dios — yo poniendo los ojos en blanco mentalmente, como os podéis imaginar, qué pesadilla era ese señor. — No tienes que ser tan radical.

— Mamá, me queda nada de paro, necesito trabajar y si no me llaman de por aquí, tendré que buscarme la vida fuera — me levanté, abrí la despensa y cogí

un pastelito de chocolate, ya se me había abierto el estómago. Faltaba un refresco de cola, pero en ese momento no estábamos de terapia ni me sentaría bien.

— Vale... Creo que acabaremos comiendo a las cuatro — dijo con ironía al verme hincarle el diente al dulce. En eso había salido a ella, la ironía la compartíamos las dos, solo que ella la mía no solía entenderla, como lo de ser puta de antes — . A ver, cariño, sé que tienes que trabajar y que soy la primera que está todo el día recordándotelo...

— ¿Sí? Pues no me había dado cuenta, oye...

Me miró con esa mirada típica de las madres que significa “de la hostia que te voy a meter, no vas a volver a contestarme así” y seguí masticando, era mejor que ponerla de mal humor.

— Pero cariño, aún podemos aguantar unos meses más y esperar a que te salga algo por aquí. Que saldrá, siempre sale — era decirle lo del extranjero y ya cambiaba su opinión por completo, era una cosa...

— Mamá, llevo seis meses en casa, te juro que necesito hacer algo ya.

— Lo sé, pero mientras pues sigue buscando. Yo puedo pedir horas extras y así me saco un sobresueldo y listo, estaremos bien. Y si no, pues nos apretamos el cinturón y ya está. Que para pagar y comer, aunque nos hartemos de macarrones, tendremos.

¿Veis? Ya no era todo tan dramático como esas semanas atrás. Solo porque lo único en lo que pensaba es en que pudiera irme lejos.

— Mamá, no es por eso...

— Hablaré con mi jefe de nuevo, a lo mejor podemos conseguir que esta vez puedas entrar en plantilla, camareros siempre le hacen falta, con la cantidad de bodas y comuniones y todas esas cosas... Aunque solo sea para dar ese tipo de servicios, pero ganarías algo.

— ¿Estás hablando en serio?

— Sí, claro... — carraspeó.

— Mamá, no sé si recuerdas la que lie la primera y única vez que fui a trabajar de eso... ¿Quieres que tu jefe te eche por el simple hecho de recordárselo?

— Anda ya, él ya ni se acuerda de eso — lo dijo mirando hacia otro lado y yo sabía que estaba mintiendo.

Además, era imposible que no se acordara, lo que no iba es a olvidarlo en su vida.

Antes de entrar a trabajar en la empresa de limpieza de donde me habían echado, mi madre hizo eso mismo que me estaba ofreciendo en ese momento. Su jefe aceptó, iba recomendada por ella, una hija trabajadora, como su madre, ¿por qué iba a desconfiar?

Pero lo que el pobre hombre no podía imaginar es que la cocinera de su restaurante podía ser la mejor, pero que su hija era una patosa de primera. No os podéis ni imaginar la que lie...

Con decirnos que la primera bandeja que cogí dentro, en cocina, con los cócteles preparados, fue a estrellarse directamente contra el suelo. Eso sin contar que una se me cayó encima de la madrina de la boda. Vamos, que mi pulso no daba para mucho, la estabilidad se me iba...

— Como para no recordarlo — suspiré, diciéndolo en voz alta cuando todo el desastre que creé ese día se me pasó por la mente.

Menos mal que a mi madre no la habían echado, pero yo me fui de allí ese día sin cobrar un euro. Como para hacerlo, si había dado más trabajo a los demás en vez de trabajar yo.

— No es tan difícil, yo te puedo enseñar un poco en casa para manejar la

bandeja y ya, no pierdes nada por intentarlo.

— Yo no, pero tú sí puedes perder tu trabajo. Mamá, que no, tranquila que me saldrá algo en lo que pueda ser patosa sin que sea un problema. Aquí o en la China, ya verás.

— No lo veo yo muy claro... — enarqué las cejas. A ver, el trabajo no era tema fácil en España, menos aún en Andalucía. Pero tampoco se podía ser tan negativa — Me refería a encontrar algo en lo que ser patosa no sea un problema — se mofó. Era la reina de la ironía y del sarcasmo, si es que me superaba.

— Cuánta confianza en tu hija, eh... — resoplé.

Me terminé el café y suspiré. Vaya dos...

— ¿Qué hay de malo en que me vaya del país? — pregunté unos minutos después, cuando el silencio había caído sobre las dos — Mucha gente lo hace y no les va mal.

— No es que haya nada malo, Carla. Pero no hablas idiomas, ¿cómo esperas defenderte?

— Aprenderé lo básico, no creo que sea un problema tampoco. Hay gente que se va sin saber decir ni un hola y al final consiguen establecerse allí.

— ¿Es eso lo que quieres? ¿Vivir en otro país?

— No... No es que sea lo que quiero, pero tampoco quiero estar perdiendo el tiempo aquí si no me sale nada. Si me sale algo fuera que me convenza, lo aceptaré. Tal vez ese sea mi destino, quién sabe.

— Quién sabe, sí... — dijo con tristeza.

— Mamá... ¿Qué es lo que te asusta de todo eso en realidad? Porque, además, ni siquiera tengo un trabajo fuera, todo es hipotético.

— Me asusta que te vayas y salga mal...

— Si es así, siempre puedo volver — dije para tranquilizarla.

— ¿Y si pasa algo malo y...?

— Mamá... — puse los ojos en blanco, eso sí que me desquiciaba — No pienses en cosas así que se atraen — la recriminé.

— Soy tu madre, me da miedo, no puedo evitarlo.

Me quedé mirando a esa mujer que me había dado la vida aun cuando se quedó sola, cuando todo el mundo le dio la espalda. Que trabajó noche y día para que no me faltara de nada. A esa mujer con sus canas y sus arrugas que era la única persona que tenía en la vida, la única con quien contaba de verdad. Y ahí fue cuando lo entendí todo.

— Solo sería por un tiempo, mamá, no para toda la vida. Además, existen las videollamadas, no sentirás que no estoy.

Vi cómo los ojos se le llenaban de lágrimas.

— Me da miedo que te vayas y no vuelvas y... — sollozó, sin poder contener las lágrimas.

— Ay, mamá, no llores — me levanté rápidamente, me senté a su lado y le di un abrazo — . Siempre volveré, si me fuera, sería solo por un tiempo, nada más, para coger experiencia, ahorrar... Y además, tú sola aquí serían menos gastos y yo te mandaría para ayudar también, saldríamos adelante.

— Prefiero hartarme de macarrones, pero tenerte aquí — sollozó.

— Mamá, estamos hablando de algo hipotético, que no tengo ningún trabajo, no te adelantes a las cosas.

Mi madre se abrazó a mí, abrazándome como si no quisiera soltarme. Me daba pena verla así, el miedo por sentirse sola, el miedo a perderme.

Yo era lo único que ella tenía en la vida y ella era lo mismo para mí. Yo no tenía pensamiento de vivir en otro lado, con ella estaba bien y como no quería casarme tampoco, pensar en irme a otra casa no era algo que ocupara mi mente por el momento. Porque los tíos eran todos iguales, unos gilipollas. Todo ese rollo del príncipe azul, perfecto... Eso no existía. Y si fuera así, huiría, qué repelús. Prefería a las personas reales.

Además, yo era bastante independiente y en lo que menos pensaba, sobre todo después de las decepciones que me había llevado con las pocas relaciones que había tenido, era que pudiera tener una tan en serio como para pensar en vivir juntos.

Por eso mismo, entendía lo que mi madre sentía, ese miedo a la soledad que aunque siempre lo tuviera porque ella siempre me decía “algún día te casarás y te irás”, pero sabiendo que me tendría cerca, en la misma ciudad, era algo más fácil de sobrellevar que el pensar que eso ocurriría en otro país.

— ¿Y si te enamoras de alguien allí? Entonces ya no te veré, te quedarás con él, tendrás hijos, no volverás aquí y...

— Me verás en vacaciones — reí, porque me hacía gracia el drama que estaba montando sin sentido.

— Pues vaya consuelo, sé que algún día tendrás que irte, pero hija, será difícil para mí.

— Mamá, deja de imaginar cosas.

— Prefiero prepararme para cuando llegue el momento de que eso ocurra. Porque, además, tendré que ponerle buena cara a ese extranjero y...

— No seas exagerada — reí a carajadas — . Vamos a ver, primero no quiero hombres y lo sabes. Segundo, ya das por hecho de que si hay uno, será

extranjero y que no me verás más. Y tercero y peor aún, resulta que ya estás dando por hecho que voy a conseguir empleo fuera, ten por seguro que no.

— ¿Y por qué no?

— Pues porque eché currículums mintiendo — miré para otro lado, mi madre odiaba que mintiera.

— ¿Mintiendo en qué?

— Pues en nada, cosas sin importancia... Solo dije que tenía experiencia como camarera.

Mi madre se me quedó mirando y, aun llorando, soltó una carcajada, haciéndome reír a mí.

— ¿No podías mentir en otra cosa?

— Fue lo que se me ocurrió — reí y me encogí de hombros — . ¿Ves? — le guiñé un ojo — No va a ocurrir, todo eso que imaginas solo está en tu cabeza, deja el miedo ahora. Es todo hipotético, deja de pensar.

Y ella se quedó tranquila. Al menos por unas horas porque cuando al lunes siguiente recibí un correo electrónico de un restaurante extranjero que estaba interesado en mi currículum...

Si yo casi me desmayo por la ironía de la vida, no quería ni imaginar qué haría mi madre si todo eso dejaba de ser algo hipotético y se convertía en una realidad.

Capítulo 2

Os voy a contar cómo sucedió todo paso a paso, porque eso de recibir un email... Lo abrí e intenté leerlo, pero el puñetero estaba en un idioma que no entendía.

Como tenía legañas, me lavé la cara, me preparé, me tomé mi café y volví a leer el email. Nada, que eso no se entendía.

Así que copia y pega y al traductor...

Desde aquí hago un llamamiento a los creadores de los traductores porque a ver, ¿en serio no podéis hacer que la traducción sea un poco mejor y no suene tan a indio? De verdad, que eso no había quien lo entendiera.

¿Pero yo dónde demonios había mandado mi currículum? Porque vale, yo traduje mi currículum como pude con mis pocos conocimientos de inglés y con la ayuda de los traductores online para poder aspirar a algo fuera del país. Pero esa gente en inglés no me había respondido, eso era...

Según el traductor era ¿danés? ¿Dinamarca? ¿Pero en qué estaba yo pensando esa noche?

Claramente no pensaba...

Mis fronteras se habían abierto a las Islas Británicas, a Italia, Portugal... Que por lo menos me fuera más fácil poder defenderme. ¿Pero Dinamarca? Yo no me drogaba, pero esa noche algo tenía que haber puesto mi madre en la comida o no entendía cómo me respondían de un lugar al que ni siquiera había mandado mi currículum. Porque si lo había hecho, yo no me acordaba. Y a saber, con el sueño que tenía, quizás hice un envío de esos masivos.

En fin, debía de ser un error y yo tenía que aclararlo. Y como con mi gran

amigo, el traductor, no me entendía, pues llamé a mi otro gran amigo.

— *Hi darling...* — ¿veis? Él sí tenía idea de inglés y por su spanglish, que lo llevaba escuchando toda la vida, que era lo que duraba nuestra amistad, pues fui aprendiendo cosas. Y cosas que no debería, además, pero con John una aprendía más de lo que debería.

— Juan, necesito tu ayuda — resoplé.

— Perdona, pero creo que te has equivocado de... — dijo como una diva.

— John... — suspiré, lo de Juan como que no lo llevaba muy bien — En serio que me hace falta.

— Si es por un *man*, soy el indicado — rio.

— Si fuera por un hombre, serías el último al que le pediría ayuda viendo cómo te va — dije con ironía, pero sonriendo — . Es que me ha pasado algo que no entiendo.

— *Like always...*

— ¿Qué?

— Que como siempre, *darling*, nunca sueles entender nada de lo que te pasa.

— Pues también es verdad...

— A ver, soy todo *ears*.

— ¿Todo qué? — a veces me sacaba palabras nuevas que no las había oído nunca. Y se suponía que eso debería de haberlo aprendido en el colegio. Pues no, yo aprendía otras cosas. Y mejor no saber qué... Porque una vez en clase de tecnología hice explotar un proyecto, con eso os digo todo...

Yo era una mente inquieta, pero para lo que de verdad me interesaba o me

gustaba.

— Que soy todo orejas. Soy andaluz, si fuera madrileño te diría que soy todo oídos, pero no — rio.

Puse los ojos en blanco, lo que me tocaba aguantar... Éramos amigos desde el colegio. Yo nunca fui muy sociable, no al menos como la gente lo era. Me gustaba ir a mi bola, hacer la loca, tirarme con los patines desde donde fuera aunque me raspara las rodillas y los codos. No era de ir a saltar la comba con las demás, me aburría. Así que siempre estaba más con los chicos. Y creo que, por eso mismo, porque conocía bien cómo eran, no quería a uno a mi lado.

John era el chico gordito con el que todos se metían hasta que llegué yo a ese colegio cuando cambiamos de casa y lo cogí bajo mi protección. Nadie, nunca más, volvió a decirle nada. Y desde entonces, éramos inseparables.

Ahora John era el chico más sexy que podéis imaginar. Era uno de los mejores peluqueros de la ciudad y en estética otro genio igual. Le iba muy bien y tendría un gran futuro, trabajaba duro. Más de una vez intentó convencerme para que aprendiera su profesión y algún día poder ser socios, pero cuando accedí y después de algunas sesiones destrocé el pelo de una decena de maniqués, se dio por vencido.

Como mucho, me dejaría limpiar su local, pero eso no me daba para mucho. Aunque siempre tendría eso para sacar algo, por mínimo que fuera.

— Necesito tu culo aquí, no tus orejas — dije agobiada.

— Tengo mucho trabajo hoy... Pero si me esperas, estaré allí para *to eat*, yo llevo la comida. ¿Puedes *wait* hasta entonces? ¿O es muy grave? Porque si es así...

— No, tranquilo, puedo esperar... Gracias, John.

— De nada, *darling*. *See you...*

— Nos vemos.

La espera se me hizo algo larga porque estaba ya más que nerviosa. Esa era la única respuesta a mi currículum que había recibido. Sabía que debía tener paciencia, pero yo tenía poca, por no decir que ninguna.

Mientras, me puse a mirar lo que podía sobre ese país. Sabía poco, lo que podía conocer la gente normal. Dónde estaba, algo de política, pero tampoco era una experta en daneses. Yo, lo único que tenía claro, es que allí debía de hacer un frío de mil demonios, esa gente no debería de ver mucho el sol.

Me puse a investigar un poco sobre el país y pasé el tiempo relajada hasta que el timbre de mi casa sonó y fui a abrirle rápidamente la puerta a mi amigo del alma.

— *Hi love...* Hija, que la peluquería y los tratamientos te salen gratis, ¿tú ves normal que tengas esa *face* y tu *hair* siendo yo tu mejor amigo?

— ¿Qué le pasa a mi cara? Y mi pelo aún aguanta para el tinte.

— El día que te tiña me arruino con la cantidad que tendré que usar para las canas... — me dio dos besos y entró — Pizza — dijo algo que ya había visto yo, una familiar, además, y por el olor estaba claro que era mi favorita, de queso, atún y bacon... Se me hizo la boca agua nada más olerla.

— Te voy a comer la cara — dije riendo, qué hambre me había entrado de repente.

— No es necesario... Que me gasto mucho dinero en ella — bromeó.

Entró como “Pedro por su casa”, como se dice en mi tierra. La conocía como si fuera la suya propia, era lo que tenía la confianza. Dejó la pizza en la mesa de la cocina y yo cogí los refrescos y las servilletas. Ya tardaba en morderla...

— Bueno, que me tienes con la intriga. *What happened?*

— ¿Puedes, por hoy al menos, hablarme solo en español? Porque no estoy como para poder ponerme a traducir — le supliqué.

— Si es que eras vaga en el colegio, por eso no aprendiste. Te preguntaba qué te pasa, qué ocurrió, que me cuentes, amor.

— Nada, he estado echando currículums por internet como sabes...

— Aja — dijo con la boca llena.

— Pues me llegó este mensaje esta mañana.

Abrí mi aplicación en el móvil y se lo enseñé.

— ¿Y qué dice?

— Pues eso es lo que no entiendo — otro mordisco a la pizza.

— ¿Y me crees experto en idiomas o algo? Porque no entiendo...

— No, a ver. Es que yo traduje mi currículum al inglés y claro, no sé si es que puse algo que no debía, por si lo podías revisar. Y, además, ayudarme a responderle bien a esta gente, en inglés, diciendo que no hablo danés etc.

— ¿Es danés? Joder... Pues como para pronunciarlo.

— Eso dice el traductor.

— Siempre puedes ignorarlo y ya está. Total, es en danés, qué coño harías tú en Dinamarca.

— Es la primera oferta de empleo que me contestan desde hace tiempo, ya tengo curiosidad.

- Nunca cambiarás, la curiosidad mató al *cat*, por si no lo sabías.
- Y los *cats* tienen siete vidas — le saqué la lengua.
- No entiendo el interés, pero con lo pesada que eres... Primero, ¿por qué no me pediste de primera que yo te hiciera tu currículum en inglés?
- Por no hacerte perder el tiempo.
- Oh my God... Perdón, Oh, Dios mío... Pero si lo estoy perdiendo más ahora.
- Solo quiero que lo revises y me ayudes a hacerlo bien.
- Eso lo hago en nada. Pero primero vamos a ver si entendemos este...
- No se entiende, parece indio cuando te lo traduce. Además, no entiendo que me contesten de un sitio de por allí, creo que no envié mi currículum a ningún país nórdico, no soy tan tonta.
- Déjame dudarlo... De todas formas, puede que los currículums sean visibles para todos, por eso lo consiguieron.
- Sí, puede ser, no lo había pensado. Pero yo no hablo danés para que me respondan en ese idioma.
- Espérate, traduzcamos mejor del danés al inglés antes que al español, que se pierde menos y lo puede entender. Pero antes déjame ver tu currículum...
- se lo puse en el móvil y comenzó a leer.

Mientras comíamos, él leía... De repente, se atragantó. Vi a mi amigo morado y casi me da algo. Me levanté, golpeando su espalda mientras él tosía e intentaba respirar hasta que el trozo de pizza salió volando.

- ¡Joder! — eso siempre lo decía en español, decía que le sonaba mejor las palabrotas en su idioma, aunque se las sabía en el otro también.

— ¿Estás bien? Mierda, me asustaste.

— ¿Que yo te asusté? Casi me muero del susto yo — le salió un gallo que ni el cantante de Eurovisión y, de repente, estalló en carcajadas — . Ay, que me da... Si es que eres la polla, no cambies nunca.

Me senté y lo miré reír, no entendía nada. Pero ya que estaba bien y se divertía después del susto, seguí comiendo.

— Tú a lo tuyo, eh, no te preocupes, que ya como yo mientras...

— Experiencia como camarera de barra y de salón... *Really?* — volvió a soltar una carcajada, se limpiaba las lágrimas y todo.

— Bueno, solo inflé un poco el currículum...

— Un poco dice... Eres la puta ama — rio — . Prácticas en peluquería y estética... *For God...* Digo, por Dios, espero que no se te haya ocurrido aspirar a un empleo en un salón de belleza, porque ahí sí que la puedes liar. Aunque no sé si más que con una bandeja — otra carcajada.

— Todo el mundo exagera algo — me defendí, quitándole importancia, era verdad. Sobre todo para los currículums extranjeros. Porque ¿qué empresa de miles de kilómetros iba a llamar a las que yo ponía como referencia en mi país? Pues ninguna, así que inflar la experiencia profesional era lo normal, ¿no?

— Sí, mi amor. Todo el mundo exagera algo, pero es que lo tuyo ya es exagerado. ¿C1 de inglés? ¿Pero tú sabes lo que es eso?

— Pues el nivel básico, ¿no?

— Joder... — rio — No, hija, el básico es el A. El C es un... Cómo te lo digo... ¿Experto?

— Oh mierda.

— Y tan mierda — rio — . Pero no pasa nada, yo te hago un currículum en condiciones y ya está. Solo ten cuidado dónde lo mandas para no recibir ofertas que no sirven. Y todas las que no entiendas, pues las desechas y ya.

— Vale... Pero es que yo a esta oferta creo que no mandé...

— Y, conociéndote, no te quedarás tranquila hasta averiguarlo... A ver qué dice el mensaje en danés... Aja... Sí... Ya, claro....

— Claro que sí — resoplé con ironía.

— A ver, o no se han creído tu currículum o no sé qué hay raro aquí, pero lo único que piden es a alguien español con experiencia en bares para un puesto en un pueblo danés con afluencia de turismo español. Que no es necesario el idioma local, que te formarías allí mismo con un profesor titulado.

— ¿Y ya está?

— Pues sí... Seguramente tú misma enviaste el currículum.

— Puede ser, solo que como me respondieron en danés...

— Puede ser un error. Con contestarles en inglés y decirles que no tienes mucha idea del idioma, solo lo básico, que fue un error... Poco más. Ya te dirán si siguen interesados o no. Te lo dejo aquí preparado para que les respondas en inglés, lo harás también en español y te hago un currículum en inglés de verdad y sin mentir.

— Pero ínflalo un poco...

John me miró mal, pero supe que lo iba a hacer porque me miró unos segundos y yo tenía mi cara de “por favor, te necesito” y eso siempre funcionaba.

— Solo un poco.

— Si es que te quiero.

— Y mientras cuéntame, ¿qué es esto de irte a trabajar al extranjero? Ahí, a la aventura, ¿estás loca o qué?

— ¿Por qué no? Llevo meses esperando que me salga algo aquí y nada — me encogí de hombros — . Pues fuera.

— Pero la gente que se va fuera...

— No, mucha gente se va a la aventura. Pues como yo. Llevando algo de dinero y, además, no me iré si no tengo alojamiento gratis o facilidades.

— Así no suena tan mal... También te vendrá bien cambiar de aires.

— Eso explícaselo a mi madre — puse los ojos en blanco.

— ¿Está con la depresión? — rio.

— Drama nivel Dios — dije con segundas intenciones, él la conocía bien.

— Me lo imagino — rio.

Después de terminar de comer y de prepararme un buen currículum en inglés que de inflado tenía poco y así me las iba a ver negra para encontrar un trabajo fuera, me escribió un mensaje y contestamos a la empresa que se había puesto en contacto conmigo, explicándoles el error sobre mi currículum, aunque solo en lo del conocimiento de los idiomas, no dejé que John aclarara que no era camarera, así que pedí disculpas solo por eso y poco más, tampoco iba a decirles que yo no me había inscrito a una oferta en ese país.

Esperábamos que la respuesta tardara, pero no fue así. Apenas había puesto el café en la mesa para que John se lo tomara antes de irse cuando me llegó un

email de ellos. La respuesta, esa vez, en español, lo cual nos sorprendió aún más.

“Buenas tardes, señorita Ramos.

Entendemos sus explicaciones, pero queríamos confirmarle que, por nuestra parte, la oferta de empleo sigue en pie.

Disculparnos, ante todo, por nuestro error al enviar el email en danés.

Más abajo, le explicamos los requisitos, los cuales cumple viendo su currículum y las condiciones del contrato que le ofrecemos.

Esperamos su respuesta pronto.

Muchas gracias y que tenga un buen día.”

John y yo nos quedamos mirándonos, ambos con el ceño fruncido.

— ¿Es muy extraño todo esto o solo me lo parece a mí?

— A mí también — dijo él con voz de detective — . Sigamos leyendo.

Miramos las condiciones del contrato y todo era demasiado perfecto. Tendría alojamiento gratis, un profesor que me enseñaría el idioma, un periodo de prueba de un mes en el que cobraría me quedara o no. Me pagaban el desplazamiento hasta el destino y...

— Pues el sueldo es bueno — miré a John.

— Demasiado bueno y no lo entiendo. Habrá gente por allí que esté más preparada que tú, y ya no digo por la bandeja solo, sino por los idiomas, para que se fijen precisamente en tu currículum, en alguien español, vamos.

— Porque quieren a un español.

- Como si no hubiera camareros españoles en Dinamarca...
- No sé, pero...
- ¿Vas a aceptar? — preguntó como escandalizado — Así, sin nada más. Joder, Carla, que te recuerdo que eres tan camarera como buena peluquera.
- Eso es lo de menos, ya aprenderé.
- Lo de menos, dice. ¡Pero si eso lo es todo en la jodida oferta, Carla!
- John... — le advertí.
- Está bien, haz lo que quieras. De todas formas lo harás.
- ¿Y por qué no? Si todo es tal como lo dicen y parece legal, suena bien.
- No sé, será porque lo único imprescindible es que seas camarera y no tienes ni puta idea.
- Que eso es algo sin importancia, verás que le cojo el truquillo rápido.
- Claro que sí... — dijo con ironía.
- No sé por qué te preocupas tanto porque, además, cuando ya lean que el currículum es falso, tampoco me van a escribir más.
- Pues eso espero, porque si te eligen... Al final te cogen y te sacan los órganos para venderlos o vete tú a saber y ¡es todo una tapadera!
- Era más dramático que mi madre, que ya era mucho decir.
- Yo voy a esperar unos días más, a ver si me sale otra cosa — suspiré.
- Mejor, sí.

— Pero si no...

— Ay, Dios, que te me vas a la aventura. Estás *crazy*, pero loca de remate.

— Si la vida me puso esto por delante, por algo será — volví a encogerme de hombros, yo confiaba en que todo ocurría por una razón.

— Pues espero que no sea para que te rapten, te maten y te descuarticen.

— ¿No eres un poco exagerado?

— Eso espero, *love*, eso espero...

Mi amigo era un desconfiado, pero a mí esa oferta tenía algo que me llamaba la atención. Y no sabría explicar por qué, era como si fuera un imán que me hacía unirme a ella.

De todas formas hice lo que le dije a mi mejor amigo, esperé unos días mientras seguí echando currículums en todas las ofertas en las que se pedía solo un nivel básico de inglés. John tenía razón, no podía mentir en eso, me traerían problemas cuando, al llegar al lugar, vieran que había mentido.

Y no iba a arriesgarme, si es que tenía que salir del país, a verme a miles de kilómetros con una mano delante y otra detrás y coger un vuelo rápido de vuelta a mi país.

Yo era un poco loca, pero no una inconsciente. Si aceptaba algo lejos, sería porque de verdad era una buena oferta.

Esperé toda la semana y nada. En España ni del Telepizza me respondían. En el extranjero aún menos y me estaba comenzando a desesperar de verdad.

Mi madre había cambiado su actitud, ya todo era “no te vayas, con mi sueldo estaremos bien...” “Además, no tienes ni idea de servir a la gente, mucho menos de llevar una bandeja, Carla”. La misma retahíla un día y otro, no sabía cuál de las dos prefería. Si esa o la de insistirme en que buscara trabajo.

Pero el domingo todo cambió. Y todo fue por un comentario que hizo. Soltó un “no estás preparada para vivir sola y, menos aún, lejos. Así que olvida de una vez el irte fuera”.

Eso, para mí, no era más que un reto. No había cosa que más me jodiera que el que no me creyera capaz de algo y ella lo sabía. Aun así, sabiendo el efecto que tenía en mí y suponiendo que ella no quería que me fuera de su lado... Metió la pata hasta el fondo.

Sin pensarlo ni un segundo más, cogí mi portátil y le escribí a la empresa danesa diciéndoles que estaba interesada en el trabajo.

Dos días después, volaba con destino a Dinamarca.

Ni me lo pensé, porque si lo hubiera hecho, el miedo se habría apoderado de mí. Como ocurrió cuando me levanté del asiento del avión una vez que aterrizó en tierras danesas.

¿En qué me había metido?

Capítulo 3

Mientras salía del avión y esperaba para recoger mi equipaje, recordaba los llantos de mi madre cuando le dije que tenía una oferta en el extranjero y que había decidido aceptarla. Pensé que le iba a dar algo... Entre ese momento y la despedida en el aeropuerto... Para qué contaros.

Entre los dramas de mi madre y los de mi amigo en el momento de la despedida... Él solo me decía que, por favor, volviera entera y con todos mis órganos en su sitio. Exagerado no era el hombre...

Pero la decisión estaba tomada. Con la empresa todo quedó aclarado, las condiciones eran muy buenas y yo no iba a perder una oportunidad así. La vida me había puesto eso por delante y yo no iba a desaprovecharlo. Me mandaron rápidamente el billete de avión y me tranquilizaron con que alguien de la empresa estaría esperándome fuera para desplazarnos hasta el lugar donde pasaría, al menos, un mes, el mes de prueba.

Con mis maletas ya a cuestas, salí para buscar a quien me estaba esperando a la salida. Veía a la gente abrazándose, algunos con cartelitos con el nombre de la persona a la que esperaban. Los leí todos por si el mío estaba escrito en alguno, pero no, nadie estaba esperándome así.

Seguía caminando lentamente mientras miraba de un lado a otro y, entonces, un chico alto y algo desaliñado, con barba de varios días, con las manos en los bolsillos de sus vaqueros, se acercó a mí. Y yo miré para todos lados, si ese era el hombre que mandaba a la empresa a buscarme, miedo me estaba dando ver adónde me llevaban de verdad. A ver si al final iba a tener razón John y me estaba metiendo en una red de prostitución o de tráfico de órganos o... No sabía si había algo peor que imaginar. Iba a salir corriendo.

— ¿Señorita Ramos? — preguntó muy serio y muy bien pronunciado, además.

— Sí, soy yo — era guapo, muy guapo, quizás si se aseaba y se arreglaba un poco más... Pero joder, cómo intimidaba. Eso era un armario empotrado, como se decía en mi ciudad... Normal la fama de los vikingos de seres gigantescos viendo en lo que habían evolucionado.

Dios, es la primera vez que te hablo yo en vez de mi madre, por favor, haz que me relaje porque estoy acojonada.

Dejé mis pensamientos a un lado mientras observé cómo me miraba de arriba abajo, me había escaneado completamente. Volvió sus ojos a los míos y me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera.

Bueno, muy amigable no era el hombre. Al menos tuvo la caballerosidad de ayudarme con las maletas.

Salimos y casi me convierto en un pajarito, joder, qué frío. Caminamos hasta el parking del aeropuerto, paró delante de un coche medio destartado, lo abrió y metió las maletas dentro. Señaló la puerta del copiloto para que entrara y él se sentó delante del volante. Coche en marcha y en el más absoluto silencio. Al menos la chatarra esa tenía calefactor, que falta nos iba a hacer, porque con el chaquetón básico que yo llevaba, no iba a aguantar mucho sin terminar en hipotermia.

Me mordí el labio después de suspirar, parecía que iba a ser un viaje de lo más cómodo y divertido... Ahí la ironía.

Perdí la cuenta del tiempo que llevábamos en la carretera. Había llegado temprano esa mañana y...

— Joder, qué hambre — suspiré, intentando decirlo para mí misma, pero soltándolo en voz alta sin poderlo evitar. Total, qué más daba, seguro que ese ni me entendía. Como no hablaba...

Unos minutos después, estábamos parados en un área de servicio. Me hizo señas para que me bajara del coche y entramos en el restaurante. Rápido, porque menudo frío, así que agradecí el calor del interior. Dejé el abrigo en la

silla, me senté a la mesa, cogí la carta y... Bien, no entendía nada.

El hombre terrorífico me miró unos segundos, resopló y se levantó para ir hacia la barra. Volvió un rato después con unos bocadillos y unos refrescos en una bandeja. Me puso lo mío delante y empezó a comer.

Y yo no iba a esperar tampoco, estaba que me comía lo que me pusieran por delante, mi estómago rugía ya y todo.

Él comía y me miraba, pero no decía ni una palabra. Y mudo no era, ya lo había comprobado antes.

— Pues nada, aquí estamos... — hablaba más bien para mí misma, él levantó las cejas y le dio otro mordisco al bocadillo — El viaje fue largo, muy pesado. Y ya podían darte, al menos, un café gratis en el avión, pero ni eso. Así que imagina el hambre que tengo — yo, nerviosa, podía hablar y hablar sin parar — . Gracias por el bocadillo y ahora, si me disculpas — me levanté cuando terminé — , tengo que ir al baño — se levantó rápidamente y yo le hice señas con la mano, como pude, para explicarle que iba a vaciar mi vejiga — . Volveré — y seguía con mis manos en mi idioma de signos, pero pareció entenderlo y se sentó de nuevo, mirando cómo iba hacia el baño.

Cuando hice mis necesidades, activé internet ya que podía usar mi tarifa en cualquier país europeo y les mandé un mensaje a mi amigo y a mi madre para que supieran que estaba bien.

Salí del baño y ahí estaba él, en la puerta, con mi abrigo en la mano. Pero bueno, ¿me había seguido? ¿No se fiaba de mí? Porque la desconfiada, en ese momento, debía de ser yo. Aunque la verdad es que por más intimidante y extraño que fuera todo, no me sentía insegura estando con él.

Otra vez ese movimiento con la cabeza para que lo siguiera. Al coche que íbamos de nuevo, rumbo a lo desconocido.

Ya en el coche, cogí el móvil y llamé a mi madre para que se quedara tranquila. Porque parecía ser que un mensaje no era suficiente para ella por la

respuesta que me había dado.

— Ay, hija — dijo nada más coger la llamada — . Dime que estás bien, que llegaste bien, que todo está bien y...

— Estoy bien, mamá — sonreí — . Me recogieron en el aeropuerto y vamos de camino, ya te llamo cuando llegue, pero no te preocupes, que todo está bien — no iba a contarle nada más porque solo lograría preocuparla.

— ¿De verdad? Llámame las veces que sea. Cuando llegues, cuando conozcas a tus jefes, cuando veas dónde te alojarás. Por Dios, me tendrás en un sinvivir hasta entonces. No tenías que haberte ido, pero siempre a lo loco, Carla, siempre a lo loco...

— Tenía que intentarlo, mamá. Además, es un mes de prueba, si no estoy a gusto, pues vuelvo y no pasa nada.

— Pues espero que no lo estés y que vuelvas pronto.

— ¡Mamá! — reí — Cuando pueda te llamo por videollamada para que veas que estoy bien, ¿vale?

— Está bien... Pero tenías que estar aquí, ya habría salido algo...

Puse los ojos en blanco, qué pesada era.

— Te quiero, mamá, no te preocupes y hablamos luego.

— Y yo a ti, hija, no me dejes esperando. Adiós.

Miré a mi acompañante y él seguía igual, recto, conduciendo, sin quitar ojo a la carretera... Qué hombre más antipático, por favor. Eso sí, tenía un bonito perfil también, una mandíbula muy marcada, su nariz recta y con su pelo rubio... Tenía que ser más guapo de lo que me imaginaba, solo que parecía ser que no se preocupaba mucho por su aspecto.

Cogí la llamada cuando me sonó el móvil.

— A mí no me digas un solo *I'm OK*, ¿crees que con eso me quedaré tranquilo? Porque me tienes *crazy* desde que te fuiste, so' loca.

— Hi John — me reí.

— Hi John... No me vale un mensaje, ya me puedes ir contando todo.

— Es que aún no llegué adonde sea que tenga que llegar.

— Para *kill you*, te juro que para matarte. ¿Pero cómo se te ocurre aceptar la oferta sin ni siquiera mirar dónde es el *job*?

— Pues en alguna parte de Dinamarca, ¿qué más da? Aquí hace un fío horrible todo el año, sea donde sea...

— Se te va la head, *love*... De verdad que se te va la cabeza... ¿De verdad estás bien?

— Deseando llegar donde sea, había alguien esperándome en el aeropuerto, vamos en coche y paramos a comer hace unos minutos, ya otra vez de camino.

— Entonces el trato bien...

— Muy bien, sí — carraspeé porque me salió el comentario irónico total.

— Uy... Ya me decía mi *heart* que aquí pasaba algo y mi corazón nunca se equivoca.

— Pues esta vez sí, de verdad que todo está bien.

— Carla...

— Es solo que el hombre que me esperaba...

— Ay, ¡no me digas que te hizo algo!

— ¡No! ¿Quieres dejar el drama? — resoplé — Solo que me esperaba a alguien... — miré de reojo a mi acompañante — Más profesional.

— ¿Qué quieres decir con eso? Espera... ¿Está a tu lado?

— Sí, pero, al parecer, no entiende nada de lo que digo.

— Normal...

— Eso pensé yo, así que aquí llevamos unas pocas de horas juntos y sin hablar — suspiré.

— A lo mejor es mudo — me lo imaginé frunciendo el ceño.

— No, porque pronunció mi nombre, donde paramos a comer supongo que habló en danés para pedir la comida en la barra. Con quien no habla es conmigo.

— Sabrá que tú ni idea de danés y él de español.

— Por eso... Qué aburrimiento.

— ¿Y eso es lo que te hace sentir incómoda?

— No... Es solo que es algo... Extraño.

— ¿Extraño en qué sentido? — la preocupación de nuevo en la voz.

— Desaliñado, no sé... Y te juro que parece un gigante. Una aquí, con su metro sesenta parece un bebé a su lado — reí.

— Si no te da buena espina, ¿para qué demonios te has montado con él?
— medio me gritó.

— Porque no me siento insegura.

— Como una cabra, pero *crazy* total. Mira, Carla, yo te mando dinero ahora mismo y tú te tiras del coche, esperando salir ilesa y te vuelves en el primer vuelo que haya disponible. ¡Si es que no tenía que haberte dejado ir! Tu madre y yo teníamos que haberte encadenado.

— Eres un exagerado, como ella. Estoy bien, solo que este hombre no habla y tiene aspecto de vagabundo, pero nada más — yo hablando con la confianza de que el pobre no entendía nada, de vez en cuando miraba de reojo y él seguía con la vista fija en la carretera, ni un movimiento de cabeza para mirarme a mí — . Pero no me hace sentir insegura, así que estate tranquilo. Te llamaré cuando llegue por videollamada también.

— Vale, pero no me falles que me tendrás en ascuas. Estoy *worry* por ti.

— ¿Que estás qué?

— Preocupado, *darling*, preocupado...

— No lo estés. Y, además, al menos es guapo, así que mirarlo no es desagradable — reí.

— Descendiente vikingo, ¿qué esperabas? — bromeó mi amigo — Espero tu llamada.

— En un rato. Besos.

— *Kisses*.

Colgué y sonreí, miré a mi acompañante y seguía ahí, a lo suyo. Me acomodé mejor y apoyé la cabeza en la ventanilla. No me había parado a mirar el paisaje y la verdad es que merecía la pena. Era todo tan diferente a mi país... Las carreteras, la arquitectura, el ambiente en sí.

Un par de horas más tarde, llegamos hasta un pequeño pueblo y el chico paró el coche delante de lo que parecía ser un ¿Motel? Eso decía el cartel, pero a mí no me daba la impresión de que llegara a tanto. Salió del coche y al ver que sacaba mis maletas del maletero, salí también del vehículo.

Me acerqué a su lado y agarré mi equipaje.

— Bienvenida a Dinamarca, señorita Ramos. Espero que la estancia en este país vikingo sea de su agrado, aunque solo sea durante un mes, porque le aseguro que alguien como usted — me miró de nuevo de arriba abajo, como juzgándome — no va a aguantar en este pueblo mucho más tiempo, si es que no se va antes.

Me quedé con la boca abierta mientras lo vi desaparecer por la puerta del motel, motel o lo que fuera, con una de mis maletas.

Ese tío se había quedado conmigo todo el tiempo, entendía mi idioma. Joder, parecía nativo. Y yo ¡soltando todo lo que se me pasaba por la cabeza pensando que no me entendía!

Y, además, era un estúpido de mucho cuidado. ¿Pero quién se creía que era para hablarme así?

Me puse como la grana, pero iba a ponerme morada, tenía ganas de explotar porque ¿quién se creía que era?

Si pensaba que podía tratarme así, es que no me conocía.

Entré por donde lo hizo, dispuesta a decirle cuatro verdades a la cara. Pero, como siempre, la vida volvió a jugármela.

Entré en una especie de recibidor pequeño y ahí estaba el neandertal, detrás del mostrador. Había una mujer mayor sentada y me miró con una sonrisa.

— ¿Carla? — sonrió.

Hice lo que pude, disimulé una sonrisa cuando, en verdad, de lo único que tenía ganas es de poner a ese vikingo en su sitio. Capullo...

— Hola... — me acerqué y dejé mi maleta al lado de la otra, donde la había dejado él.

— Estaba deseando conocerte — la mujer salió de detrás de la recepción y me dio dos besos — . Bienvenida a este humilde pueblo. Espero que te sientas a gusto con nosotros y te quedes mucho tiempo aquí.

— Gracias... — miré al neandertal, estaba revisando su móvil y nos ignoraba.

— Yo soy Carmen. Española, como tú. Y ya conoces a Erik — dijo mirando al ceorro con el que había venido en el coche.

— Se puede decir que sí — dije con ironía.

Carmen me miró con las cejas enarcadas y una sonrisa torcida apareció en su rostro.

— ¿Te comportaste, Erik? — preguntó, sin mirarlo.

— Como un caballero — dijo este, tan tranquilo.

— Sí, sobre todo como eso... — resoplé, qué ganas tenía de decirle cuatro cosas.

La anciana soltó una carcajada, como si no le sorprendiera en absoluto. O eso, o yo le hacía mucha gracia.

— Últimamente no entiende de modales, pero no se lo tomes en cuenta, mal de amores — dijo, cuchicheando, la anciana.

— Abuela... — le advirtió él.

Lo que me faltaba, ahora resultaba que era su nieto y si, como imaginaba, ella

era la dueña de aquello... Ay, señor...

— Bah... — ella hizo un gesto despectivo con la mano — Como si la chica no se fuera a enterar en cualquier momento. Con tu cara de amargado y esas pintas de desecho que me traes últimamente, tampoco hay que ser muy lista para descubrirlo.

La mujer, que aún no sabía si era realmente quien me había contratado, me caía bien desde ese momento.

— Sí, parezco un vagabundo, eso me han dicho — me miró, de mala gana, además.

¿Pero qué le había hecho yo a ese hombre para caerle tan mal?

— Pues creo que os vais a llevar muy bien, sí señor — rio la mujer.

— ¿Es usted quien me contrató? — le pregunté a Carmen.

— No me hables de usted que me hace sentir más vieja de lo que soy — rio — Digamos que sí. La empresa, que es el pequeño restaurante que tenemos aquí al lado y este motel es familiar, yo me encargaba de todo, pero con lo mayor que estoy, ya lo hace Erik. Él es el dueño de todo esto, pero yo sigo tomando muchas decisiones, no me jubilaré hasta que me muera — me guiñó un ojo — . Así seguiré siendo un dolor de cabeza para este ceporro — rio, refiriéndose a su nieto, el cual nos ignoraba por completo — . Y ahora ven conmigo, te voy a enseñar dónde trabajarás.

— Abuela, no deberías de moverte mucho...

— Estoy vieja, pero aún no estoy inválida — le soltó — . Tú lleva mientras las cosas de Carla a su habitación que yo me encargo de enseñarle todo.

Y eso es lo que hizo. Se agarró a mi brazo y caminamos lentamente hasta entrar en lo que ella llamaba restaurante. Yo diría, más bien, que era como un bar pequeño, pero tenía una pinta acogedora.

Decorado al más estilo nórdico, era realmente precioso.

Una puerta comunicaba el motel con el restaurante, el cual usaban tanto quienes se hospedaban en él como gente de fuera, lo cual estaba muy bien.

— Sus padres murieron cuando era muy pequeño y se quedó conmigo. Es un buen chico, pero últimamente... — negó con la cabeza — Se le pasará, todo es cuestión de tiempo. Pero ahora vamos a lo importante, a que sepas qué se espera de ti en este lugar...

Ser camarera, ni más ni menos. Y es que, como sabéis, por más que había explicado que había sido un error, que no sabía inglés, no había dicho nada de que no supiera llevar una simple bandeja, aunque John me hubiera intentado convencer una y otra vez de que eso no lo usara y que con lo de limpiadora era más que suficiente. Para mí no lo era, yo seguía con la confianza de que aprendería rápido y de que de esa pequeña mentira no se enteraría nadie.

— No parece muy difícil — sonreí.

— No lo es. Además, aunque al principio el idioma sea un problema, Sally, tu compañera, se encargará de apuntar los pedidos y tú de llevarlos hasta que puedas hacerlo todo sola, una vez que los entiendas.

— Eso sí me preocupa, el idioma.

— No tienes que preocuparte por eso, desde mañana tendrás un profesor para enseñarte lo básico. Cuando yo me vine a este país, al enamorarme de mi difunto esposo, no sabía decir ni hola en danés. Pero una termina hablando rápidamente si le pone interés. Así que verás cómo no te resultará difícil.

— ¿Llevas mucho aquí? — le pregunté cuando volvíamos de vuelta a la recepción del motel.

— Pues más de cincuenta años, cariño.

— Toda la vida — dije impresionada — . Y no ha olvidado el español.

— En familia, con mi hija, siempre lo he hablado. Además, por más que no lo hables, tu lengua materna no se pierde nunca, porque piensas en ella.

Sonreí, me encantaba esa mujer, me caía muy bien y me hacía pensar que podía pasar el periodo de prueba si la tenía de mi lado y, al parecer, yo le caía también bien, lo cual me alegraba.

— Dentro de un rato abriremos el restaurante, la gente, entre semana, no suele venir mucho, pero esperamos hacer algunos cambios y poder levantar un poco el negocio. Ya te lo iré contando... Ahora, creo que será mejor que vayas a tu habitación, que te duches, que te relajes y que bajes a cenar cuando quieras, esperaremos para hacerlo contigo.

— No quiero ser un incordio, a la hora que cenen, yo estaré aquí.

— Tranquila, te aseguro que no serás un incordio.

— Déjame dudar — dijo su nieto, apareciendo.

Fui a soltarle una fresca cuando su abuela habló antes.

— Erik, corazón, ¿te importa dejar a un lado tu amargura de hombre abandonado y despechado y acompañar a nuestra nueva empleada a su habitación? ¿Y ser amable, por favor? — lo dijo como con retintín y sonaba, también a “como no lo hagas, te voy a dar dos galletas de las que duelen.”

— Si no hay más remedio... — resopló él.

Me hizo lo que parecía ser su gesto típico con la cabeza de sígueme y puse los ojos en blanco.

— Tranquila, no muerde — rio su abuela.

— Pero puede que yo sí — reí, guiñándole un ojo.

— Pues eso espero, hija, eso espero... — dijo ella por lo bajito, miré hacia atrás, extrañada por esa frase, pero ella sonreía como un angelito, como si no hubiera dicho nada.

Seguí al ceporro del nieto hasta la habitación, en la planta baja, me esperaba en la puerta, ya abierta.

— El baño está ahí — señaló la puerta de enfrente.

— ¿Se comparte?

— Sí, conmigo. En esta planta están tu habitación y la mía, al menos por el momento — ¿por el momento?

— ¿Y tu abuela dónde...?

— Ya te irás enterando de las cosas, no necesitas saber tanto... Por el momento — fue a marcharse pero, con toda la mala leche que venía acumulando desde hacía bastante tiempo, lo agarré del brazo y lo hice pararse.

No sé cómo, porque eso no era un brazo normal, eso era puro músculo, si se paraba era porque quería, no porque yo ejerciera la mínima fuerza sobre un bicharraco como ese.

— Oye... — levanté la cabeza lo más que pude, con ese hombre iba a tener tortícolis — ¿Qué es lo que te pasa conmigo? ¿Qué te hice para que me trates así? ¿Para que seas tan desagradable?

Me miró a los ojos unos segundos antes de volver a mirarme de nuevo de arriba abajo, como con ¿odio? ¿Desprecio?

— Venir aquí, eso es lo que hiciste.

— Yo no he obligado a nadie para que me dieran esta oportunidad — le dije con rabia.

— Ya... Pero a mí sí me obligaron y créeme, si fuera por mí, no habrías venido.

— Muy bien. Pero lo que tengas por dentro págalo con quien sea, no conmigo, no pinto nada en todo esto — suspiré, relajándome — . Yo solo quiero intentarlo y no fallar con esta oportunidad que me ha dado tu abuela.

Erik me miró, pero esta vez de una manera diferente. Me quedé observando sus ojos por primera vez, ni cuenta me había dado de que eran verdes, un verde precioso. Y esa mirada... Escondía mucho más dolor que rabia.

— No durarás aquí, Carla, no te ilusiones con ello — dijo, usando mi nombre por primera vez.

— ¿Por qué no?

— Porque no eres la primera que lo intenta.

Y con esa frase, se marchó y me dejó allí, con mil preguntas por hacerle y, sobre todo, con una sensación rara en el cuerpo. Porque me daba la impresión de que ese hombre no era lo que yo imaginaba, sino alguien herido de verdad y eso ya me hacía verlo de otra manera.

Cerré la puerta, des hice una de las maletas y fui a darme una ducha. No tardé mucho en bajar, justo después de hablar con mi madre y con John para explicarles que todo estaba bien. Apenas había aparecido nadie esa noche para cenar en el restaurante, la cosa estaba tranquila, Sally, la otra camarera, se encargaba sola de los pedidos y la cocinera, una señora mayor llamada Helen, tampoco necesitaba ayuda.

Me senté con ellas y con Carmen a cenar cuando ya el bar se quedó vacío, el par de clientes que había ya se habían marchado. Empezamos a comer sin esperar a que Erik apareciera. Y menos mal, porque no lo hizo. Por más que

yo miraba alrededor, no lo veía. Su abuela parecía no darle importancia, al parecer, últimamente cenaba solo en su habitación.

— Ya se le pasará la depresión por amor — suspiraba la anciana, que aunque intentara no darle importancia, se notaba que también estaba preocupada por su nieto.

Yo acababa de llegar, no conocía a ninguno ni su historia, pero había algo en ese hombre que me intrigaba. Quería saber el porqué de su amargura. Y, sobre todo, por qué volcaba todo su dolor, su rabia y su desconfianza conmigo.

Y conociéndome, con lo que me gustaba un reto, nunca fui capaz de rechazar uno, iba a conseguir enterarme de qué escondía. Aunque tuviera que interrogar a su abuela durante el próximo mes.

Lo fácil sería dejar que se hundiera en su depresión si es lo que quería, pero tenía algo... Algo que me llamaba. Había algo en mi mente que me decía que tenía que acercarme a él.

Y aunque no tenía sentido ninguno, al menos iba a intentar saber qué le había hecho tanto daño para dejarlo así.

Amargado...

Capítulo 4

Primer día de trabajo, llevaba como una hora y ya pensaba en coger las maletas y volverme a España.

Primera metedura de pata, la primera bandeja con los cafés que tenía que llevar a una mesa. La bandeja voló, como bien podéis imaginar. Erik, que era quien estaba detrás de la barra, puso los ojos blanco, resopló y, por el tono de su voz, estaba claro que me estaba poniendo a parir en danés.

Yo siempre había pensado, por lo que escuchaba en televisión, que no había nada como los insultos españoles, sonaban bien fuertes. Además, los extranjeros eran lo primero que aprendían y siempre que tenían que insultar, pues lo hacían en mi idioma.

Pero escuchando lo que escuchaba... Porque insultos estaba soltando aunque no tuviera idea del idioma y os puedo asegurar que en danés daban hasta miedo.

— Fueron los nervios — dije, orgullosa, para defenderme.

Pero tres bandejas después, eso no colaba, la verdad. Yo sabía que era torpe, pero estaba llegando ya a unos niveles extremos. No era capaz de aguantar esa bandeja sin que el Parkinson se apoderara de mí. Tendría esa enfermedad de mayor, seguramente, porque no era normal. Y hasta me preocupaba la cosa, que no era algo fácil para quien la padecía.

— Ven aquí — Erik, tras el último desastre, salió de detrás de la barra, me cogió del brazo y me sacó del bar por la puerta que comunicaba al motel.

— Déjame, so' bruto, me haces daño.

Aflojó el agarre en mi brazo pero no dejó de tirar de mí.

— Dime una cosa y dime la verdad... ¿Alguna vez has trabajado en esto? Porque una cosa son los nervios y otra es ¡que no tienes ni puta idea de coger una bandeja!

Yo sabía que era mala, pero joder, qué rápido se había dado cuenta.

— Pues claro que trabajé de...

— Mira, Carla, a mí no intentes engañarme — dijo tan serio, como intimidante, que debería de darme hasta miedo — . Aguanto de todo en la vida menos que la gente intente verme la cara de tonto, ¿te ha quedado claro?

Yo me quedé mirándolo, ese día parecía igual de desaliñado, pero se le veía más guapo. No sé, tenía algo... Y olía muy bien.

No es que el día anterior oliera mal, pero es que ese día... Me llamaba la atención su perfume.

— ¿Me estás escuchando? — preguntó, irritado.

Centré de nuevo mi atención en su mirada. De verdad, parecía que estaba a punto de estallar como una olla a presión. El ceño fruncido como un vikingo, intimidante... Esa postura...

Y a mí, lo único que se me ocurrió por culpa de los nervios, en vez de ponerme a hablar sin control, fue reírme a carcajadas. Empecé y os juro que no pude parar de hacerlo. Me doblé sobre mi cintura, con la mano en ella porque ya hasta me dolía de tanto reírme.

— Ay, que no puedo — dije entre risas, mientras me incorporaba y me limpiaba las lágrimas de los ojos — . Ay, que me da.

Su cara había cambiado por completo. Del enfado más absoluto al desconcierto. Y era lógico, si la que no hacía nada normal era yo, que mi jefe me estaba echando la bronca y yo, en vez de disculparme, de decirle que no volvería a pasar o todo lo típico, me había puesto a reírme. De esa me echaba,

seguro.

— ¿¿Se puede saber qué es lo que te hace tanta gracia?! — gritó, o lo intentó, porque tampoco se iba a poner a pegar voces allí, se veía que modales con sus clientes tenía, aunque conmigo no.

— Tú — solté y volví a soltar una carcajada.

— ¿Te hago gracia? — preguntó, descolocado.

— No lo puedo evitar... Me pones nerviosa y... — a reírme otra vez. Por Dios... Invoqué al Dios de mi madre. Haz que pare, pensé.

— Me alegro de ponerte nerviosa, porque que esté a punto de mandarte ya de vuelta a tu país, es algo que no deberías de tomarte a risa.

Ahí sí que se me cortó. Yo sabía, desde el principio, que todo eso era una locura y que no tenía idea de trabajar como camarera. Pero de verdad que tenía la confianza de que tan difícil no podía ser y que lo que ocurrió ese día cuando lo intenté en el restaurante con mi madre fue algo puntual.

No podía ser tan complicado servir una bandeja llena de vasos y platos, vaya. Pero, al parecer, mi amigo John y mi madre tenían razón, no tenía que haber mentido en eso porque, sencillamente, no servía para eso.

— Si es tu decisión... — dije con seriedad, sabía que eso podía pasar y no había tardado ni una hora en ocurrir.

— No, la decisión no es suya — Carmen apareció y se acercó a nosotros — . Buenos días — sonrió al saludarme — . Hola, cazurro — miró a su nieto de muy mala manera.

— Buenos días, dulce y cariñosa abuela — dijo él con ironía, pero con el cariño en su voz.

— Seré dulce el día que mi nieto esté de vuelta. Quién eres ahora no me gusta

— soltó sin morderse la lengua y dejando una mirada de sorpresa y de tristeza en él.

— No empieces con lo mismo — resopló él — . Además, es un tema privado — me miró, dejando claro que no era algo de lo que hablar delante de mí.

— No es tan privado cuando todo el pueblo ve cómo de amargado estás. Pero sí, dejemos el tema, a ver si se te pasa ya la tontería. Ahora dime, ¿qué está pasando aquí? ¿Qué es eso de que la mandas de vuelta a su país? — con el ceño fruncido, tan bajita que era y con la cabeza bien alta mirando al gigante de su nieto... Ella daba más miedo que él, os lo puedo asegurar.

— Que todas las bandejas que ha cogido con el desayuno, bandejas que han ido al suelo — dijo Erik, con rabia.

— Eso puede ser por los nervios del primer día — su abuela con tranquilidad.

— Nos mintió en el currículum y aun así quisiste contratarla, ¿cómo sabes que no nos mintió en eso también? Porque te aseguro que no tiene ni idea de cómo llevar una bandeja. Y si no sabe hacer eso, no sabe hablar danés y no sirve para nada, ¿me puedes explicar qué hace aquí? — la verdad es que yo me preguntaría lo mismo. Vamos, que lo hacía.

— Porque yo la quise contratar y quiero que tenga la oportunidad, al menos, del primer mes — soltó ella sin inmutarse por el tono de su nieto.

— ¿Me vas a poner en la situación de decirte que soy el dueño de todo esto y que si decido echarla, no me puedes detener, abuela?

— No. Porque por más que quisieras, no lo harías. Por más que esté todo ya a tu nombre, sabes que mientras yo siga viva, y te aseguro que tardaré en morirme por más vieja que esté, yo seguiré tomando decisiones. Así que deja la bravuconería y el tema en mis manos.

— No podemos permitirnos pagar un sueldo de más, ¿te lo recuerdo?

— insistió él.

Yo hice el amago de girarme y quitarme de en medio, porque no creía que tuviera que estar en esa conversación, pero su abuela me agarró del brazo y me dijo con la mirada que me quedara quietecita. Yo me quería ir, a mí todo eso me ponía nerviosa. Sabía que había mentido, además, tenía que decirlo. Mis ganas de trabajar en algo, aunque fuera tan lejos, me estaban haciendo sentir mal porque, además, como bien había dicho, parecía ser que el tema económico no estaba bien y no podían permitirse tener a una persona contratada que solo les diera problemas y no beneficios.

— Yo... — comencé.

— Tú te callas — me advirtió su abuela — . Erik, el tema está zanjado para ti. Sigue en el restaurante con Sally que los dos podéis solos.

— Como si no te lo hubiera dicho más de una vez, pero ni caso me haces...

— Que yo me encargo de Carla — siguió, ignorándolo de nuevo.

Erik nos miró a las dos y resopló.

— Haz lo que quieras — suspiró antes de irse.

— Lo hago siempre, mi niño — sonrió ella, todo dulzura.

— Carmen, yo...

— Tranquila — me sonrió — . Vamos a tomarnos un buen café y hablamos tranquilamente.

Me agarró del brazo y tiró de mí hasta el restaurante.

— Pero... ¿Nos lo va a servir el neandertal? Joder — resoplé cuando me di cuenta de que me había referido así a él, delante de ella.

Carmen soltó una buena carcajada.

— Sí, ese mismo nos tendrá que preparar el café. Lo servirá Sally, tranquila.

— Tranquila no, que lo mismo me escupe en él o le echa cianuro — bromeé mientras nos sentábamos, viendo que con ella podía hacerlo. Era de mi tierra, conocía mi humor bien.

— No creo que llegue a tanto, pero si te sabe un poco a almendra amarga, escúpelo, por si acaso — rio.

— No sé por qué le caigo tan mal... — suspiré.

Su abuela le pidió a Sally el café, suponía y me miró, sonriendo con dulzura, como solía hacer.

— No le caes mal. Está hastiado, dolido y lo paga contigo.

— ¿Y por qué conmigo?

— No te preocupes por eso, es algo bueno que lo haga.

— ¿Bueno? — ahora sí que no entendía nada.

— Sí... Pero vamos al tema que nos interesa. No tienes idea de servir, ¿verdad? — rio.

— Carmen, yo...

— Ay, cariño. No te preocupes que no te voy a poner en el primer avión de vuelta a casa, puedes ser sincera.

— No, no tengo idea. Solo lo intenté una vez y la que lie fue peor que lo que hice aquí — reconocí tras suspirar pesadamente.

— ¿Peor? — le divertía el tema.

— Mucho peor... Todo el contenido de la bandeja acabó encima del vestido de la madrina de la boda — dije atormentada, recordando lo mal que lo hice en ese momento.

La anciana reía sin parar y negaba con la cabeza.

— No sé por qué, pero me lo creo — dijo entre risas.

— Supongo que se nota que no sirvo para esto.

— Bueno, tampoco te han dado la oportunidad de aprender.

— ¿No ha sido suficiente con la segunda oportunidad de hoy?

Miró a la barra, a su nieto, quien servía los cafés para nosotras, ya que allí no había mucha más gente.

— Supongo que sí — sonrió — . Pero si eso no es lo tuyo, pues encontraremos otra cosa.

— Carmen, yo quise intentarlo. Sabía que no servía para esto y de verdad que no sabes cuánto siento el haber mentado en mi currículum. Solo quería trabajar, pensé que podría lograrlo, que no sería tan difícil, que nadie se daría cuenta, no lo sé. Pero la verdad es que soy patética, llevar una bandeja no es lo mío. De verdad, lo siento, nunca quise engañar a nadie, solo quería...

— Trabajar. Tranquila, te entiendo — Sally nos dejó en la mesa el desayuno. Entre el café, las tostadas, los croissants con queso y jamón de york... Me iba a poner las pilas.

— Creo que lo mejor será que me vuelva a casa.

— No — negó inmediatamente con la cabeza — . Tú estarás aquí, al menos el mes que ya firmamos por ambas partes.

— Pero si no sirvo...

— Encontraremos algo para lo que sirvas. Además, ¿qué es eso de no servir? Las cosas se aprenden con práctica, tú tendrás este mes para practicar. Lo harás, con servir y con estudiar el idioma, cuando acabe el mes, ya decidiremos las dos partes si seguimos con el contrato o no.

— No, Carmen, no tienes que hacer algo así.

— Me gustas, Carla y sé que podrás ayudarnos mucho. Servir no será lo tuyo, pero si en realidad te fijas... — señaló a su alrededor — ¿No ves que no necesitamos una camarera? Con Sally es más que suficiente.

— ¿Entonces por qué...?

— ¿Por qué respondí a tu oferta? Fácil. Quiero un aire nuevo. Quiero levantar este negocio porque se nos está yendo a pique. Creo que nadie como una mujer de mi tierra para traer ideas nuevas — sonrió.

— Me estás dando esa oportunidad por pena.

— Piensa lo que quieras, pero el mes de prueba lo pasarás aquí. Vas a estudiar danés, te vas a defender y si no aprendes a llevar una bandeja, aprenderás a estar detrás de la barra, como él — señaló a su nieto — . Como si te pongo de relaciones públicas o atendiendo el motel. O todo a la vez — rio — . Yo te busqué porque necesito a alguien como tú y no puedes decirme ahora que no.

— Se suponía que era porque necesitabas a alguien español por la afluencia de ellos en este lugar. Déjame decirte que no vi ninguno aún — reí.

— Bueno... Una pequeña mentirijilla, como la tuya — me guiñó un ojo — . Pero sí es cierto que necesito darle a esto un aire nuevo y me diste buena sensación. Por eso mi insistencia, nada más. Quizás tu foto, vi algo en ti, no sabría explicarlo. Como si me recordaras a mí cuando era joven, pero yo ya no tengo la fuerza para poder sacar esto adelante, ni ideas...

Le di un par de sorbos a mi café y la miré.

— Lo único que he hecho en la vida es cuidar niños, trabajar en bazares chinos o de dependienta en tiendas de ropa, limpiar casas... Y no creo que eso te sirva aquí.

— Tranquila, la limpiadora suele ponerse mala, así que mira, ya sé qué puedes hacer con seguridad — rio.

— ¿Por qué todo esto, Carmen?

Me observó unos segundos antes de hablar.

— No necesitas saber tanto, solo es un mes, date la oportunidad. A lo mejor aprendes y todo esto te gusta, ¿quién sabe? Si no es así, en un mes vuelves a tu país y sin problemas por ninguna de las dos partes.

Lo pensé. Entendía lo que decía y era para agradecerse. Me estaba echando un cable, eso sin duda. Pero después de lo que había dicho su nieto...

— Bueno, ¿qué me dices? — sonrió la anciana.

— Con una condición.

— Si la condición es sobre el neandertal... Verlo lo vas a tener que ver — rio, bromeando.

— Eso lo tengo asumido — resoplé, bromeando también — . No, la condición es que estoy aquí ese mes para aprender, tengo techo y comida, no quiero dinero. No quiero un sueldo.

— Pero es tu trabajo.

— Esa es mi condición — no me iba a bajar del burro, demasiado estaba haciendo esa mujer por mí como para darme un sueldo por formarme.

— Está bien — suspiró unos segundos después — . Entonces, ¿trato hecho?

— Durante un mes — sonreí.

Y la sonrisa que me regaló fue radiante.

No entendía muy bien por qué me estaba dando semejante oportunidad, en realidad ella no ganaba nada. Porque por más que pudiera darle un aire fresco a todo aquello... ¿Qué iba a conseguir?

Pero accedí, acepté la oferta.

Miré al chico que estaba detrás de la barra. Seguía a lo suyo. Aunque no tuviera ningún café que servir, hacía algo, aunque fuera ordenar los vasos. Fue entonces cuando me di cuenta de que era como decía, las cosas no iban bien y había que levantar ese lugar. Había que hacer que fuera un sitio más visitado. El pueblo, por lo poco que vi el día anterior, era pequeño, pero se podía conseguir, seguro.

Y después de la oportunidad que me habían dado, no iba a fallarles. Iba a darlo todo, ya fuera para conseguir levantar ese lugar, para buscar clientes, para limpiar, para lo que fuera.

Aprendería el idioma y, al menos, estaría ese mes lejos de casa, viviendo algo diferente y aprendiendo muchas cosas nuevas.

Tampoco era mala idea.

Capítulo 5

¡Era una idea pésima!

Habían pasado un par de días o tres y yo estaba hasta el mismísimo coño. Y esta vez no lo pongo con asteriscos, sino ahí, con las letras bien puestas. Porque de verdad, ese hombre me sacaba de quicio.

Si intentaba enseñarme cómo funcionaba la máquina de café, se desquiciaba porque... ¡Uy! Una vez saqué el cacharro ese con más fuerza de la necesaria y se lo eché encima. ¡Que tampoco era para tanto!

Y, para colmo, era esa persona titulada y cualificada que me estaba enseñando el idioma por las tardes. Así que ya os podéis imaginar la cara que se me quedó cuando me enteré de que sería él. La misma que él cuando lo supiera en su día, imaginaba.

Y de tanto sacarme de mis casillas, aún no había aprendido a decir bien ni el “Hola”. Es que me ponía nerviosa, no tenía paciencia ninguna. Él creía que me podía decir “estas cuatro páginas las lees y mañana las tienes que saber de memoria”. Ahí, miles de definiciones sin ni siquiera interactuar conmigo.

Pues no, las cosas no funcionaban así, ¿qué mierda de profesor era ese?

Y a mí que nunca me había gustado estudiar, os podéis imaginar si, además, me dejaban haciéndolo sola y no había nadie conmigo. Pues no estudiaba, simple.

La cuestión es que quería matarlo, ya no tenía ni ganas de ayudarlo a salir de ese estado de depresión, sino de hundirlo aún más dándole una buena patada para tirarlo de una vez al pozo a ver si allí se quedaba a gusto.

Qué cazurro, capullo y tocapelotas era.

Sábado por la noche, al día siguiente cerrarían el restaurante y tampoco había nadie que se hospedara en el motel, así que podía dormir al día siguiente hasta tarde. Habíamos acordado que los domingos los tendría libres, pero yo estaba dispuesta a ayudar si hacía falta. Pero esa semana agradecí el no tener que hacer nada al día siguiente, necesitaba el descanso porque no había parado en los últimos días. Además de mis clases y de intentar aprender danés con el pésimo profesor de paciencia cero, ayudaba en lo que podía, aunque fuera limpiando, fregando, cocinando para los demás por la noche para que ellos no tuvieran que hacerlo.

Solo sería un mes lo que estaría ahí, porque tenía claro que yo no era el perfil que ellos necesitaban y que yo tampoco aguantaría en un pueblo como ese, tan lejos de mi hogar para no sentir que era fructífera en algo. Así que ese mes haría todo lo que pudiera, porque era mi forma de agradecerle a Carmen lo bien que se comportaba conmigo. De algo me serviría esa oportunidad, una nueva experiencia siempre es bienvenida en la vida, de todo se aprende.

Esa noche, después de cenar con Carmen porque Erik tampoco apareció, no lo había hecho nunca desde que yo estaba allí, me abrigué todo lo que pude y salí a dar un paseo. Que aún ni tiempo había tenido de salir a ver nada de ese pueblo y aunque de noche tampoco es que fuera a ver sus encantos, me vendría bien pasear.

Caminé un poco, sumida en mis pensamientos. Siempre intentando controlar por dónde iba para no perderme. La verdad es que eran bonitas esas calles y parecía ser más grande de lo que yo imaginaba.

Me senté en un banco de una pequeña plazoleta con una fuentecita en el centro y suspiré. Aquel lugar era extraño para mí, pero se sentía bien. No sabría explicar la sensación, solo que no me daba ansiedad por estar sola y tan lejos de mi hogar.

Pensé en esos días que llevaba allí, en la locura que había hecho y en cómo pudo irse al traste nada más llegar por mi mentirijilla. Pero Carmen me había dado una oportunidad y aunque aún no entendía qué sentido tenía ese viaje

para mí, lo descubriría.

Quizás la vida solo me hizo dar ese paso para demostrarme a mí misma que me debía de abrir al mundo, que todo era mucho más que una ciudad. Tal vez era para demostrarme que las limitaciones me las ponía yo misma y que tenía que trabajar duro si quería conseguir algo de verdad.

No estuve mucho tiempo, el frío era exagerado, no me extrañaba que cualquier día nevara.

Volví al motel algo más rápido, ya tenía el frío metido en el cuerpo. Entré por la puerta del motel e iba rápidamente hacia mi habitación cuando la voz de Erik me paró.

— ¿Carla?

Me giré y lo miré, estaba en la puerta que comunicaba con el restaurante, mirándome, extrañado.

— Hola... — ¿qué le iba a decir? Tampoco es que nos lleváramos muy bien.

— ¿De dónde vienes?

De donde no te importa. Eso tenía que haberle contestado, pero a una le habían enseñado educación. Y tampoco lo preguntó de malas maneras, así que le respondí con la verdad.

— Necesitaba tomar un poco el aire.

— ¿Con este frío?

— Bueno... No he salido de aquí desde que llegué — me encogí de hombros — , también me ha gustado ver un poquito del pueblo, aunque sea de noche — sonreí.

Erik se quedó mirándome, pero de una manera diferente. Como si me viera

por primera vez o algo así, como si algo fuera diferente en él esa noche.

— Estás temblando, quítate la ropa y ven junto al fuego — me ordenó.

Eso de quítate la ropa...

— ¿Fuego? — carraspeé, parando mis pensamientos.

— Sígueme y ya.

Me quité el abrigo, el gorro, los guantes y los dejé en el perchero que había en la recepción. Frotando mis manos, lo seguí por el restaurante. Fuimos a la parte de atrás, abrió una puerta por donde lo había visto entrar y salir algunas veces, pero no sabía qué era.

Me hizo un gesto con la mano para que entrara y vaya... Era un pequeño despacho, tenía una mesa de escritorio con su silla, un par de ellas enfrente, un pequeño sofá con una mesita baja y una chimenea a la que me acerqué rápidamente.

Erik salió de la estancia y volvió unos minutos después con un par de tazas en las manos.

— Toma, te vendrá bien — me ofreció una y sonreí al ver que era chocolate caliente.

— Gracias... — me alejé de la chimenea y me senté en el sofá que estaba justo enfrente. Él se quedó allí, de pie donde yo había estado antes y me miraba con curiosidad.

— ¿No te dio miedo?

— ¿Miedo? — pregunté sin entender a qué se refería.

— De salir sola por la calle a estas horas.

— Ah, no — sonreí, extrañada por poder hablar con él sin acritud o malos rollos — . De hecho es algo que siempre he hecho.

— ¿Cómo es eso?

— Me gusta la noche y, algunas veces, cuando me agobiaba en casa o me sentía mal por lo que fuera, caminar por el barrio cuando la ciudad duerme, iluminada con la luz de las farolas... No sé, me relajaba.

— ¿Vives sola? — elevé las cejas ante la pregunta, eso sí que era muy personal — Lo siento, no tenía que...

— Tranquilo — dije rápidamente, para una vez que estaba comportándose más que cortésmente y que lo veía de verdad con ganas de hablar, no iba a ser yo la borde, no me estaba faltando al respeto. Si su actitud fuera siempre así, lo preferiría al neandertal que solía ser conmigo — . Vivo con mi madre, siempre he vivido con ella.

— ¿Y tú? ¿Siempre has vivido aquí? — ahí sí me arriesgaba a que me mandara bien lejos por ser yo la que quería saber algo más. Pero no lo hizo, cogió una de las sillas y se sentó frente a mí, dándole la espalda a la chimenea.

— Aquí no, siempre en la casa familiar.

— Ah... — como se quedó callado, no quise preguntar más.

— Es donde vive mi abuela. Está de obras, por eso estoy aquí mientras, pero a ella no hay quien la saque de allí por más que le explique que no es bueno vivir aspirando polvo hasta que terminen, pero es algo cabezota — primera vez que lo vi sonriendo y joder, algo ocurrió dentro de mí en ese momento, no quería que dejara de sonreír.

— Lo de cabezota lo comprobé — reí.

— Como para no — rio él.

Ay, Dios, si verlo sonreír me hizo sentir extraña, verlo reír ya...

Me quedé mirándolo como una tonta y cuando me di cuenta de que él me miraba, intrigado, me levanté rápidamente.

— Creo que es mejor que me vaya — me acababa de poner bastante nerviosa. Muy nerviosa...

— ¿Estás bien? — la preocupación, de nuevo, en su voz.

— Sí — afirmé rápidamente con la cabeza — . Pero es que estoy cansada, necesito dormir y como me tome el chocolate entero me desvelo y ya... — me callé o iba a hablar sin control — . Gracias, me sentó bien.

— De nada...

Fui hacia la puerta y me giré antes de marcharme.

— Buenas noches, Erik — dije usando su nombre.

— Que descanses, Carla — dijo amablemente, con otra actitud.

Y eso fue lo que me puso nerviosa, ese cambio en él. Y tal vez no tenía que ocurrir. Solamente, con los días, estaba dejando de ser el ogro que quería aparentar porque se encontraba mejor y ese ratito con él era como una tregua.

Eso esperaba, porque conociendo a su abuela y viendo cómo él actuaba con la gente, sabía que era buena persona, pero estaba dañado y yo me había convertido en su diana.

Y aunque no se lo tenía en cuenta, sí me resultaba extraño que, de repente, bajara esa muralla que había puesto entre los dos.

Pero sonreí de camino a mi habitación, porque ese hombre con el que había hablado esa noche sí me gustaba.

Me gustaba en el sentido de buena persona, no malpenséis...

Capítulo 6

Olvidad lo dicho, podéis malpensar todo lo que queráis...

Y es que al día siguiente, cuando me encontré con él, algo diferente ocurrió en mí. Un cosquilleo, algo distinto...

Para mi sorpresa, estaba sentado en la mesa donde solíamos comer con Carmen, con el desayuno ya preparado.

— Buenos días, dormilona — sonrió la anciana — . ¿Dormiste bien?

— Sí — sonreí — . Buenos días... A los dos — es que estaba más que extrañada.

— ¿Un café? — me preguntó él, de muy buen humor.

— Sí, gracias... — vi cómo se levantaba y yo tomé asiento con el ceño fruncido. Miré a Carmen — ¿Qué le has hecho? ¿Le echaste algo en la comida o la bebida?

— Pues no — rio esta — . No sé, hoy se despertó de mejor humor, a ver si es verdad y vuelve a ser el de siempre.

— Tampoco podría creerme que era el alma de la fiesta — reí.

— Pues lo era — suspiró la anciana, apenada — . Por eso ese cambio que dio... Pero estoy segura de que mi nieto, el que se esconde en esa capa de amargura, irá saliendo de nuevo, aunque sea poco a poco, pero saldrá.

— Por lo poco que sé, una mujer, ¿no? — casi susurré, no fuera a escucharme Erik.

— Mal de amores, hija. Lo hizo pedazos y me lo convirtió en esto — suspiró Carmen con amargura — . Pero es un hombre fuerte, aprenderá y saldrá de esa pequeña depresión.

— Hoy al menos no se le ve así.

— No, hoy tiene algo — me sonrió con picardía — . Y estoy segura de que irá a más.

— Pues eso es bueno — sonreí con timidez, porque por la mirada que me echaba esa mujer, me daba la impresión de que yo tenía algo que ver con el pequeño gran cambio de su nieto y las cosas no eran así. Entre nosotros solo había habido una pequeña tregua que no sabía cuánto tiempo duraría porque ni siquiera fue pactada. Y un chocolate caliente.

Nada más.

Erik apareció con mi café y aunque seguía serio, estaba diferente. No conversaba con nosotras, él solo escuchaba. A veces notaba que me miraba y me ponía muy nerviosa.

— ¿Qué tienes pensado hacer hoy? — le preguntó su abuela.

— Cuentas y más cuentas. Quiero pasarme por la casa también y ver cómo va la obra.

— ¿Y tú? — me preguntó Carmen, mirándome.

— ¿Yo? Pues no sé... — me había cogido por sorpresa — Anoche di un paseo por el pueblo, hoy haré lo mismo. No lo conozco aún.

— Nuestra casa está a las afueras del pueblo, ¿sabes? Así que como Erik tiene que ir y tú quieres ver el pueblo, pues listo, os vais los dos juntos y ya.

No era el mejor plan para mí porque por más tregua que hubiéramos tenido, tampoco es que fuéramos amigos. Y yo prefería hacerlo sola. Sobre todo

porque con la mirada que ese hombre tenía en ese momento sobre mí, como a la espera de mi respuesta, ya volvía a ponerme nerviosa.

— Yo es que creo que molestaría — carraspeé — . Él querrá hacer sus cosas solo y...

— A mí no me importa — dijo él, encogiéndose de hombros, para mi sorpresa — . Mientras no te dé por hablar mucho...

La puntilla la tenía que meter, ¿no? Lo miré de mala manera.

— Pues listo, no hay más que hablar. Me encantaría que conocieras la casa y las reformas que le estamos haciendo, ya está todo casi terminado. Y a mí me cuesta más ir y venir, demasiado que lo hago una vez al día. Vamos a aprovechar el buen humor de mi nieto para que haga de anfitrión educado por una vez en la vida — Carmen se divertía, a mí no me estaba haciendo demasiada gracia y como él no hablaba, solo me miraba mientras tomaba su café, tampoco sabía qué era lo que pensaba. Si yo no era más que un fastidio y su abuela se lo había pedido antes de mi llegada, si estaba fingiendo en ese momento y una vez solos volvería a ser como era conmigo siempre, un neandertal o... No, era imposible que de verdad le apeteciera pasar tiempo conmigo.

Lo que ocurrió la noche anterior fue una raya en el agua, vio que venía de noche, con frío y fue una muestra de amabilidad. Pero estaba segura de que volvería a ponerse esa coraza que siempre tenía cuando de mí se trataba.

— Por mí está bien — él se encogió de hombros, sin darle importancia ninguna.

Yo lo miré y pestañeé varias veces, me habían cambiado a ese hombre, no era el mismo. A lo mejor era el chocolate de la noche anterior el que tenía algo extraño añadido.

— Pues si no hay más remedio... — sonreí, intentando no sonar borde, pero por la mirada de Erik supe que había entendido que no estaba muy conforme,

lo que lo hizo sonreír de medio lado. Con una mirada algo extraña...

Desde luego, hombre extraño donde lo hubiera.

No hay que ser muy listos para entender que yo no era precisamente experta en estos especímenes, los hombres. Pero si, además, me tocaba alguno bipolar, ya andaba completamente perdida.

Y ese hombre, además de su depresión, debía de drogarse. Había pasado de no soportarme a “tolerarme”, a charlar conmigo y ¿ahora estaba bromeando?

Y ahí estaba yo, un rato después con el estómago vacío porque no había sido capaz de comer nada, caminando a su lado mientras observaba... No voy a mentir, debería de estar mirando el pueblo, las bonitas y tranquilas calles, cada detalle...

¿Tenía una cicatriz en el cuello?

Bueno... Eso es lo que yo estaba mirando. De reojo, claro, porque tampoco iba a ir en plan descarada... Por eso mismo había notado la cicatriz, porque no lo miraba fijamente (ahí la ironía).

Él caminaba con sus manos en los bolsillos. Recto, enorme, su pelo revuelto, su barba más incipiente.

Pues estaba guapo. Pero guapo guapo...

Carraspeé, obligándome mentalmente a centrarme en lo que debería. Sobre todo porque estuve a punto de matarme cuando no vi el bordillo que había que bajar. Si no llega a ser por esos brazos musculosos y cálidos y...

Joder, ¿qué me estaba pasando?

— Estoy bien — dije separándome rápidamente de él. Me había entrado el siroco. Para quien no sepa lo que es, podría explicarlo como unos nervios horribles que me entraban cuando alguien me gustaba más de la cuenta. Y

eso no podía estar pasándome precisamente a mí con Don Neandertal. Que no, joder.

— Siempre andas como despistada, ¿no? Se te caen las bandejas, te caes tú...

— intentó sonar serio, no reír, pero no pudo evitarlo.

— Sí, es algo así como un “patosismo” crónico — dije con ironía.

— ¿Un qué? — bueno, al menos se divertía, no me estaba gruñendo.

— El síndrome del patoso — seguí caminando, esa vez mirando a la acera porque no tenía ganas de matarme todavía.

— ¿Eso existe?

— Claro que sí — la ironía seguía en mi voz, pero parecía ser que a él le hacía gracia — . O eso o son síntomas leves de mi futura enfermedad.

— ¿De qué estás hablando? — preguntó muy serio.

— Tengo la sospecha de que tendré Parkinson.

— No bromees con eso — ahí sí que salió quien yo conocía, el hombre serio y borde.

— No estoy bromeando. Siempre se me cae todo de las manos, es inevitable. Siempre pienso que sufriré eso de mayor. Porque es un temblor que me que entra y que me cuesta controlar.

— Lo que te cuesta controlar es la lengua — resopló.

— Sí, eso también. Intento mantenerla quietecita, pero oye, ella va a lo suyo... Ya me callo — suspiré cuando me di cuenta de que estaba hablando cosas sin sentido por el estado nervioso en el que me encontraba.

— ¿Y siempre hace lo que quiere? — preguntó un rato después.

— ¿Quién? — pregunté desubicada.

Me miró y me sonrió con picardía.

— Tu lengua, claro.

¿Estaba coqueteando conmigo? No, ni me respondáis porque solo me pondréis peor.

Lo más seguro es que solo se estuviera riendo de mí. Y ya me valía yo solita para soltarle una fresca...

Pestañeeé, no sé cuánto tiempo más tarde, con un inmenso dolor de cabeza.

— Cariño, ¿estás bien?

¿Carmen? Abrí los ojos como pude y los cerré, levanté la mano y me toqué la frente. Joder, qué dolor...

— Mierda... Duele — gruñí.

— Normal — escuché resoplar al neandertal de turno.

Conseguí abrir los ojos y lo miré. ¿Qué hacían todos en mi habitación?

— ¿Qué me has hecho, pedazo de burro?

— ¡¿Yo?! Fuiste tú la que por no estar en lo que debería estar, se comió la farola — gruñó.

¿Farola? ¿Qué farola?

— ¿Qué es esto? — me notaba algo extraño en la frente y dolía horriblemente.

— Te han tenido que coger un par de puntos — me dijo Carmen mientras impedía que me tocara al herida. No me lo podía creer — . Estabas inconsciente, casi ni te enteraste.

— Cosas del “patosismo” — rio su nieto.

— ¿El qué? — preguntó ella, extrañada.

— Ni caso — suspiré — . La herida la tendré yo, pero nada comparado con la pedrá’ que tiene este desde el día en que nació. ¿Se le cayó a la enfermera o qué?

La anciana rio a carcajadas.

— Parece que está bien — dijo Erik seriamente, lo miré y él me miraba con fijeza. Sin bromear. Demasiado serio.

— Sí, lo estoy. Pero duele...

— Hora de otro calmante entonces — Carmen carraspeó tras mirarnos a los dos. Me dio una pastilla y me acercó un vaso con un poco de agua mientras yo me incorporaba para sentarme en mi cama.

Me lo tomé y me tomó algunos segundos más darme cuenta de la situación.

— ¿Ya anocheció? — por la ventana podía ver que sí, antes ni cuenta me había dado de que las luces estaban encendidas.

— Sí, con el calmante que te inyectó el doctor has dormido casi todo el día.

— Oh... — pues sí que tenía que haber sido duro el golpe — ¿Puedo...?

Me moví, intentando levantarme.

— No, mejor te quedas en la cama — me riñó Carmen.

— Necesito ir al baño — y pronto o me lo haría encima.

— Erik, ayúdala.

Ay, no, Erik no. Ese hombre ya me había puesto demasiado nerviosa el poco tiempo que estuve con él.

Pero si Carmen lo decía, Erik sí.

Con sus enormes manos y esos brazos de infarto, cuando me senté en la cama, me ayudó a levantarme. No importaba si me quejaba y decía que estaba bien, él no iba a dejarme ir sola hasta el baño.

— Suficiente, ¿no? — resoplé, irónica, cuando me dejó justo al lado del váter.

— Si te mareas o lo que sea...

— Gracias, pero estoy bien — le hice un gesto de la mano para echarlo.

— Hazlo rápido y me avisas para que te ayude a volver a la cama — me dio la espalda y se dirigió a la puerta — . Ah — se giró de nuevo — . No se te ocurra mirarte al espejo.

— ¿Por qué no? — fruncí el ceño.

— Se ve feo, no tengo ganas de que te desmayes de nuevo — dijo con fastidio.

— No me desmayaría por algo así — gruñí.

— Ya, “patosismo”, ¿recuerdas? — puso los ojos en blanco y cerró la puerta — Venga, te espero aquí.

Resoplé, subí la tapadera de váter, me bajé los pantalones, me senté y...

— ¿Sigues ahí? — pregunté, casi chillando.

— Sí...

Pues a ver quién iba a vaciar la vejiga entonces.

Minutos me costó relajarme para poder hacerlo, os lo juro. Cada vez que lo iba a conseguir, el señor Neandertal hablaba: “¿Estás bien?” “Carla, habla o echo la puerta abajo”.

Después de gritarle un “Que estoy bien, coño, déjame mear” porque me había sacado de mis casillas, conseguí hacerlo mientras él soltaba una carcajada.

Pantalones de nuevo en su sitio y tocaba lavarse las manos y, por supuesto, pasarme por el arco del triunfo lo que dijera él de si debía, o no, mirarme en el espejo. Un golpe con una farola, un par de puntos, tendría algo de sangre, un poco de hinchazón, eso morado o amarillento y poco más, ¿a quién iba a asustarle?

Muy decidida yo, me acerqué al lavabo, levanté la mirada hacia el espejo y...

¡Ay, señor!

No sé si grité, no sé si gemí, solo sé que desde entonces, no recordaba nada más...

Capítulo 7

— ¿Se puede saber qué haces aquí? — pegué un salto cuando el gruñido de Erik me tomó por sorpresa.

— Intentar no morir de un infarto con tus sustos — dije, desquiciada, al girarme.

Llevaba un par de días o algo más tumbada en mi cama. Al parecer, me desmayé en el baño después de mirarme cómo me había destrozado la cara. Le había temido al espejo hasta la noche anterior, cuando Carmen me aseguró que podía mirarme con tranquilidad, que ya solo se notaban los puntos y la herida algo amoratada, pero poco más.

Con miedo, miré. Y suspiré de alivio. Me quedaría una “bonita” cicatriz. El regalo del Karma por mirar con fascinación la que él tenía en el cuello. Ahora estaríamos a la par.

En definitiva, que entre un golpe y otro no me habían dejado moverme de la cama hasta ese momento en el que Carmen no tuvo más remedio que dejarme sola porque yo fingí hacerme la dormida para que se marchara a su casa y yo medio me escapé. Me aseo un poco, me vestí porque Sally me había cambiado de ropa y fui hacia el restaurante. Necesitaba estirar las piernas y comer algo. Me gruñía el estómago.

— ¿Es que siempre tienes que aparecer así? — me hizo perder la paciencia.

— Eres tú la que aparece — me miró unos segundos — . Vete a la cama.

— Estoy hasta el coño de la cama — me salió del alma.

Se mordió el labio, supuse que para no reírse.

— Aún no estás recuperada del todo.

— Estoy bien y mañana estaré trabajando, no aguanto en ese colchón un día más — me giré de nuevo y fui hasta la cocina. Abrí el frigorífico y miré... Y miré... Pues nada, a mirar en los armarios. Abrí un par de ellos y ahí sí, los ojos se me iluminaron al ver los pasteles. Cogí un par de ellos, abrí la cámara frigorífica, una lata de refresco de cola y ya estaba feliz — . Hasta mañana — salí de la cocina, pasando por su lado, rozándolo, ocupaba casi todo el espacio de la puerta.

— ¿En serio te vas a comer eso? — me siguió.

— Pues claro — no había nada mejor que chocolate con cola. Quien no haya comido eso en su vida, no sabe lo que se pierde — . Hasta mañana — insistí, porque seguía detrás de mí.

— No, de hasta mañana nada — me agarró del brazo y me paró, me giré a mirarlo mientras ponía los ojos en blanco — . Mañana te quedas en la cama y allí estarás hasta que estés bien.

— Claro que sí — le di unos toquecitos en la mano, en plan “sí, sí, lo que tú digas... Yo haré lo que me dé la gana” e intenté que me soltara, pero no lo hacía — ¿Me dejas irme?

— ¿Adónde vas?

Ay, Diosito de mi madre, qué paciencia había que tener con ese hombre. De verdad, prefería al neandertal gruñón que al atosigador controlador.

— A comerme mi chocolate en paz. Si es que me dejas...

— ¿A tu cuarto?

— No, al tuyo — dije con ironía, al ver cómo sonreía de medio lado, con picardía, me arrepentí de haberlo dicho. Ya estaba con las bromas otra vez — . Pues claro que a mi cuarto — aclaré — , ¿dónde más si no?

— ¿No decías que estabas harta de tu cama?

— No por ello voy a dormir en la tuya — dije muy digna, frunciendo el ceño.

Erik rio y negó con la cabeza.

— Ven, anda, la chimenea está encendida.

— No hace fal...

— Carla, te vendrá bien el calor de allí, hace mucho frío hoy. Voy por algo de beber y ahora te acompaño — me señaló el camino para que fuera hacia allí. Suspiré, igual que me sacaba de quicio, al final conseguía, al parecer, lo que quería.

Me senté en el sofá de la vez anterior, dejé los pasteles y la lata ya abierta en la mesa pequeña y no tardé en hincarle el diente a uno de esos dulces de chocolate. Gemí... No había nada mejor en el mundo que el chocolate.

— En realidad sí que hay algo mejor — rio Erik y se sentó a mi lado.

Casi me atraganto imaginando a qué se estaba refiriendo. ¿Por qué no podía mantener mis pensamientos para mí?

Lo miré cuando escuché cómo abría su lata de refresco y enarqué las cejas al ver el refresco de cola y una bandeja con más pasteles.

— Supongo que habrá que probarlo — se encogió de hombros.

Cogió un pastel, lo masticó y se lo tragó bajo mi atenta mirada. Le dio un sorbo al refresco y me quedé observando cómo degustaba la diferencia de sabores.

— ¿Y bien?

— Está... Bueno — lo dijo extrañado y asombrado, me hizo sonreír con suficiencia.

— Lo sé, llevo toda la vida comiéndolo.

— ¿Sí? — se acomodó en el sofá, dejando su espalda apoyada.

— Pues sí — yo hice lo mismo, me puse de lado y subí mis piernas. El ambiente allí, con la chimenea encendida, era muy agradable — . Desde pequeña, es una costumbre que tengo con mi madre.

— ¿De comer esto?

— Sí — dije con la boca llena, tragué y sonreí con vergüenza — . Cuando alguna de las dos estaba triste o agobiada, la otra preparaba la mesa con todo lo que hubiera de chocolate y con los refrescos. Y nos sentábamos allí, en silencio, hasta que quien fuera pudiera contar qué le ocurría.

— ¿Y tu padre?

— No sé, nunca lo conocí — me encogí de hombros y sonreí al ver la tristeza en su rostro — . Tranquilo, solo fui un polvo de una noche — bromeé — . La verdad es que no puedes notar la ausencia de lo que no conoces.

— Mejor, porque es duro... — la tristeza en su voz, recordando a sus padres suponía — Pero dime — carraspeó — , ¿ayudaba la terapia con tu madre?

Me quedé pensando en ello unos segundos mientras me comía otro pastel.

— Pues creo que no. Porque al final acabábamos las dos llorando, con un kilo de más y las siguientes semanas a dieta para perderlo — resoplé — . Lo que me va a tocar hacer ahora — gemí.

— En todo caso recuperarías lo que has perdido estos días. Apenas has querido comer.

— No me apetecía, solo dormir. Me habéis hartado a calmantes — me ofreció un pastel de los que trajo y lo miré con desconfianza — . ¿No habrá un calmante por ahí escondido, no?

Erik soltó una carcajada.

— Te aseguro que no — dijo riendo.

Cogí el pastel y mordí solo un poco, saboreando bien por si, en vez de dentro, había espolvoreado el interior de la cápsula o algo, pero no, lo blanco de arriba era coco. Qué alivio...

— ¿De dónde sacas esas ideas? — preguntó divertido, pero yo sabía de más que a mi comida o bebida le habían añadido los calmantes que no quise tomarme por propia voluntad. Lo miré con las cejas enarcadas — . Fue cosa de mi abuela — carraspeó.

— Ya... — sonreí y me acomodé un poco más, me dio un escalofrío, por el cansancio supuse — Suficiente chocolate por hoy.

Erik se me quedó mirando unos segundos, se levantó y cogió una manta que había encima de una silla, me tapó con ella y volvió a sentarse. Apoyé la cabeza cómodamente y lo miré, sonriendo, agradecida.

— ¿Por qué? — le pregunté.

Me miró sin comprender.

— ¿Por qué, qué?

— ¿Por qué ese cambio conmigo?

Erik suspiró pesadamente y me miró fijamente a los ojos.

— Me comporté como un bruto desde el primer momento y lo sé. Lo siento...

— La verdad es que fuiste bastante estúpido — reí.

— ¿Solo bastante? — rio — He sido todo un ogro y no lo merecías.

— Dame ese pastel — señalé al que estaba cubierto de chocolate blanco, lo cogió, me lo dio, lo mordí y hablé con la boca llena, haciéndolo reír

— Olvidado — le guiñé un ojo — . ¿Eso significa que te caigo bien? — seguí bromeando.

— Tal vez un poco... — me siguió el rollo.

— Hombre, eso es mucho teniendo en cuenta que me aguantas aquí sin quererlo. Después de cómo mentí en mi currículum... La verdad es que yo habría actuado aún peor.

— A ver, ¿qué habrías hecho? — se le había ido la tristeza y sonaba divertido.

— Mandarte de vuelta a tu país pero con una patada en el culo de regalo.

— Qué bruta eres — dijo cuando pudo hablar tras soltar una carcajada.

— Pero es verdad. No digas que no pensaste en dármela — le saqué la lengua.

— No pensé precisamente en eso...

El comentario me sonó diferente, pero como no podía fiarme de mi mente enferma, la cual, además, llevaba dos buenos golpes, no iba a hacerle caso. Seguro que su intención no era referirse a eso.

— ¿Tienes calor? — sonrió, torcidamente, esa sonrisa que ya me había demostrado alguna que otra vez, picarona, bromista... Y me gustaba verla. Lo hacía más guapo de lo que era.

— No, estoy bien, ¿por qué? — pregunté extrañada.

— Por nada, solo te pusiste roja...

— Pues no sé por qué — mentí .

Erik rio y cogió otro pastel, se lo comió y se quedó en silencio. Yo hice lo mismo. No me sentía incómoda, al contrario, me sentía a gusto estando cerca de él.

— No sé qué te habrá contado mi abuela sobre mí...

— No mucho, que tus padres fallecieron cuando eras niño, lo cual siento mucho. Y que alguien te hizo daño. Que por eso te comportabas así — dije con tacto, porque era la verdad.

— Sí, me hizo mucho daño...

Suspiró y se masajeó las sienes.

— No tienes que hablar de ello, Erik.

— ¿No es para eso la terapia? — me guiñó un ojo.

— Creo que con que hayamos enterrado el hacha de guerra, ya la terapia de chocolate funcionó. Para la otra terapia tal vez nos haga falta algo más fuerte. Creo que emborracharnos — reí.

— Lo haremos — rio — . Antes de que te vayas — no sé por qué ese comentario me hizo sentirme algo triste — . ¿Tienes ganas de volver a casa?

— Sí, claro, tengo ganas de dar algunos abrazos — sonreí.

— ¿Algún chico?

— Sí, a John — sonreí plenamente al hablar de mi amigo — . Es el mejor amigo del mundo y una diva de primera. Llevo toda la vida aguantándolo y no sé cómo... Porque es mi peluquero particular, que si no — resoplé — . Y a mi madre, hablo a diario con ella, la noto triste. Lo pasó mal cuando me vine,

nunca nos separamos así.

— ¿Y nadie más?

— No — negué con la cabeza — . Son las dos únicas personas de mi vida. La única familia que tengo. No necesito a nadie más. Aunque me hubiera gustado tener una abuela como la tuya — le guiñé un ojo.

— ¿Y tus abuelos?

— Mi madre eligió tenerme aún sin el apoyo de ellos. Estamos solas.

Miré por la ventana, la verdad es que la echaba de menos.

— ¿Te arrepientes de haber venido?

Miré a Erik de nuevo.

— No — dije con firmeza — . Bueno, no tuve un buen comienzo, aun ni conozco el pueblo, todavía no aprendí demasiado del idioma porque el profesor es algo malo — reí — . Pero es una nueva experiencia. Creo que las cosas pasan por algo, aunque ahora no lo entienda.

— Crees en el destino entonces.

— Sí y no. No creo que esté escrito, nosotros lo creamos. Pero para llegar a lo que deseamos, aunque sea inconscientemente, la vida te pone en situaciones que te ayudarán a aprender. Con el tiempo es cuando dices: ahora lo entiendo, por esto pasó esto. O por esto no funcionó lo otro — me encogí de hombros — . Nosotros mismos hacemos que las cosas no funcionen o que sí lo hagan para poder llegar a lo que de verdad deseamos.

— Es un pensamiento extraño. ¿Quieres decir que yo sufrí esa decepción por algo bueno?

— ¿Por qué no? Tal vez no era ella la mujer para ti. Tal vez solo tenía un

tiempo determinado en tu vida para enseñarte algo. Tal vez ese pozo en el que te sientes lo necesitas para después salir con más fuerza al mundo y para reconocer lo que es otro tipo de amor.

— Eres una romántica — rio.

— ¿Yo? Para nada — reí — . Los hombres no son para mí. Estoy mejor sola.

— ¿Mala suerte con ellos?

— Aprendizajes — le guiñé un ojo.

— Tal vez te prepararon para cuando llegue tu príncipe azul — bromeó.

— ¿Príncipe azul? Yo no quiero eso, vamos, que huyo de él si aparece — puse cara de espanto.

— ¿No es eso lo que todas queréis? ¿El hombre perfecto?

— Lo quiero tan perfecto como lo soy yo. Es decir, nada. No busco el amor, pero si me llegara, solo pediría un hombre real. Los príncipes, al final, destiñen.

— Como las princesas... — el dolor de nuevo en sus ojos.

— Sí, como las princesas.

Nos quedamos en silencio y yo volví a mirar por la ventana. Las luces que iluminaban la calle en esa noche de frío.

— ¿Crees que nevará antes de que me vaya? — pregunté unos minutos después.

— Lo raro es que no lo haya hecho ya. ¿Por qué? ¿Te gusta la nieve?

— No lo sé, nunca la vi.

— ¿Nunca? — preguntó sorprendido.

— No, cerca de mi tierra nueva, pero aún no tuve la oportunidad de ir. Y me gustaría verla. Tocarla, sentirla... — suspiré y cerré los ojos, me sentía cansada y me dolía un poco la cabeza, hice un gesto de dolor y gemí.

— Carla... — abrí los ojos y lo miré — Vamos a la cama, te duele y necesitas descansar.

— Sí... ¿Pero te importa si me quedo aquí? De verdad que hoy no aguanto más esa cama — resoplé.

— Aquí no estarás muy cómoda.

— Estaré bien — sonreí — . Porfi... — puse cara de pena.

— Está bien — puso los ojos en blanco — . Pero espera un momento — volvió unos minutos después con otra manta y un par de cojines, se arrodilló en el suelo y me ayudó a colocarlos — . Así está mejor.

— Gracias... — el corazón me iba a mil por hora por tenerlo tan cerca.

Levantó una mano y acarició la herida de mi frente.

— No se notará cuando te quiten los puntos, ya verás — miraba la zona que tocaba con los dedos. Mi cuerpo tembló por la cercanía, ¿pero qué me pasaba? Ese hombre tenía algo, pero no había sentido nada así hasta ese momento.

— Me dejas más tranquila, así podré seguir soñando con que tendré una bonita cara para mi príncipe azul — reí, nerviosa. Y mierda, no tenía que haber soltado eso.

La mirada de Erik se clavó en la mía.

— Tal vez, en el fondo, es lo que quieres, Carla — negué con la cabeza — . Ojalá y lo encuentres, lo mereces — se acercó a mí y me dio un beso al lado de la herida. Se levantó y me colocó bien las mantas — . Buenas noches.

— Buenas noches...

Suspiré y cerré los ojos cuando se marchó. ¿Qué había sido todo eso? Porque había sido real, no producto de los golpes en mi cabeza.

No solo había una tregua entre nosotros, ni solo una disculpa. Sino que se había abierto un poco a mí. Y, no sabría explicar por qué, pero significaba mucho para mí.

El tema de tenerlo tan cerca ya era otra cosa...

No solo me ponía nerviosa, sino que joder, ¡me había excitado! Me mordí el labio para evitar gemir mientras cerraba las piernas. El corazón me iba a mil y mis zonas íntimas... Os lo podéis imaginar.

No era la primera vez que notaba atracción para con él, pero esa vez fue especial. Esa vez fue más intensa y no podría decir si eso era bueno o malo.

Mientras pudiera mantenerlo para mí y que él no notara nada, todo estaría bien. Pero tampoco podía mantener las distancias. Me gustaba hablar con él, tenerlo cerca. Cuando no era un neandertal, claro. Incluso en esos momentos, para qué mentir. Me enfadaba, me sacaba de mis casillas, me desafiaba, me ponía al límite, me...

¿Me estaba enamorando de ese hombre?

No podía ser, era solo que yo aún no estaba bien. ¿Atracción? Sí, cómo no, casi desde el principio, aún debajo de ese aspecto desaliñado que aún seguía manteniendo.

¿Simpatía? Sí, ahora sí, se la había merecido ya.

Pero ¿hablar de palabras mayores? No, por ahí sí que no pasaba ya. Estaba confundida, solo eso. Y que hacía mucho que no me tocaba nadie, me podría haber ilusionado con el primero que se me hubiera cruzado en el camino.

Cerré los ojos, dispuesta a dormir más tranquila con ese pensamiento, aunque sabía, de más, que todas esas excusas solo estaban enmascarando una posible realidad.

Y no era otra que yo sintiera por ese neandertal más que lo que debía.

Mierda... Me estaba enamorando de él.

Capítulo 8

Y lo pasé mal los siguientes días. Su actitud había cambiado conmigo, estaba relajado, sonreía, ya no se desquiciaba tanto. Incluso se convirtió en el mejor profesor que tuve jamás.

¿El problema? Que era yo la que no podía concentrarse teniéndolo cerca. Menos aún ese día, cuando lo vi y casi no lo reconocí. Con su pelo aún despeinado, pero su barba fuera, dejando su cara despejada. Ese día casi me hace falta un babero.

— Carla...

Pestañeeé varias veces hasta que logré centrarme. Miré a Carmen.

— ¿Sí?

Ella me miraba, divertida. Y no era para menos, me había quedado parada y mirándolo como una tonta.

— ¿Te ocurre algo? — preguntó la anciana, sonriendo de medio lado, como su nieto. Nunca me había fijado, hasta ese momento, en que tenían la misma sonrisa torcida y pícara.

— No — negué rápidamente. Esa mañana había bajado a desayunar un poco más tarde porque el doctor vino a quitarme los puntos, así que imaginé que ellos ya habían desayunado. Pero no, me estaban esperando. Me senté a la mesa e hice un sonido extraño como agradecimiento a Erik por servirme el café, pero es que no quería mirarlo o se me iba a caer la mandíbula a los pies. Pero una cosa era saber lo que no tenía que hacer y otra hacerme caso a mí misma, así que lo miré. Madre mía... Sabía que era guapo, pero eso ya...

— Él es Erik — rio su abuela — . O se va pareciendo más a mi nieto — le dio

un apretón a él en la mano. Este puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

— Abuela, no empieces. Y, por cierto — me miró — . Te ha quedado muy bien la cicatriz, en nada ni se te notará.

— Gracias...

— Ay, hijo, es que tenía tantas ganas de volver a verte — dijo emocionada, volviendo otra vez a lo suyo. Otra exagerada, como mi madre, se llevarían bien.

— Lo has hecho cada día — resopló él — . Dejemos el tema — gruñó.

— Este sí es Erik, ¿ves? — miré a Carmen, haciéndola reír de nuevo.

Ese hombre guapísimo me miró con ganas de estrangularme, pero yo sonreí al ver al neandertal de nuevo de vuelta.

— Dejando a un lado las bromas, ¿estáis bien? — notaba que había preocupación en ellos.

Erik suspiró.

— Estuve intentando varias cosas, pero sin resultado. Al menos, no lo que yo esperaba.

— Tranquilo, lo lograremos — su abuela dándole ánimos.

— ¿Sobre el negocio? — pregunté.

Recordé, en ese momento, que se suponía que Carmen quería darle un aire nuevo a todo. Pero entre mis accidentes y que esos días lo que me había dedicado era a estudiar danés y a ayudar en todo lo que pudiera. Lavando baños, fregando platos... Ya fuera hacer la colada, intentaba ayudar en lo que podía y ni siquiera había pensado en lo que de verdad necesitaban. Ese aire fresco que ella me dijo en su día.

— No cubrimos ni los gastos — me explicó Carmen — . No es que estemos en la ruina, tenemos, ambos, un buen dinero ahorrado y otro invertido que nos mantendrá de por vida. Pero este negocio era la ilusión de mi hija. Ella y yo lo construimos y lo sacamos adelante y es algo que no nos gustaría ver decaer. Siempre decía que le gustaría ver a su hijo aquí, manejando todo esto y consiguiendo que fuera un lugar de éxito. Si era la vida que quería, claro... — sonrió su abuela y lo miró con tristeza — Jamás te conté nada de eso — dijo al ver la tristeza en los ojos de Erik — porque no hacía falta. Tú, sin estar influenciado por los deseos de tu madre, siempre has amado este lugar. Y eso es lo que yo quería.

— Entonces no me lo habrías dicho si...

— No — lo cortó ella — . Si algún día hubieras elegido tener otro tipo de vida, me habría llevado el deseo de tu madre a la tumba. Porque igual que ese era su deseo, por encima de todo estaría el que fueras feliz. Aquí o donde fuera — dijo emocionada.

Su nieto le dio un apretón en la mano, la miró con lágrimas en los ojos. Lágrimas que no dejó caer.

— Gracias — dijo con emoción en la voz, haciendo sonreír a la anciana.

— Nada que agradecerme, cariño. Pero a lo mejor es momento de que los dos entendamos que este negocio ya no da más de sí — suspiró con pena.

— ¿Por qué pensáis eso? — pregunté, mi ceño fruncido. No pensaba lo mismo.

— Llevas aquí, ¿cuánto? ¿Dos semanas? — preguntó Carmen.

— Sí...

— Entonces sabrás por qué. Casi nadie viene. El motel se ocupa ¿tres veces al año alguna que otra habitación? Y el restaurante... La gente tampoco es que haga cola para comer aquí.

— Sé que la cosa está mal, ¿pero de verdad vais a tirar la toalla? — miré a Erik. No me podía creer que él hiciera algo así.

— No hay mucho más que se pueda hacer, Carla — dijo mirándome a los ojos.

— Creo que os equivocáis. Creo que este lugar se puede salvar. Además — miré a Carmen — , me he despistado de mis deberes, he estado descentrada. Pero, si mal no recuerdo, ¿no me querías aquí para darle un nuevo aire a esto?

— Sí, claro, pero no creo que vaya a funcionar — suspiró ella, pesarosa.

Pues ahora sí que había dicho lo que no debía, ya me había retado.

— Si vuestra decisión es daros por vencidos, yo no podré cambiarla. Pero si me dais la oportunidad, quizás aún podamos hacer algo.

— No creo que mucho más, Carla.

— Erik — lo reocriminé — . Seguro que se puede. Me quedan dos semanas aquí. Después de todo lo que habéis hecho por mí sin tener por qué, dejad que, al menos, os lo devuelva de alguna manera. Solo os pido dos semanas y que me dejéis intentar estudiar si podemos levantar el negocio.

Los dos me miraron fijamente, Carmen con una sonrisa enorme en su anciano rostro.

— Puede que todavía tengamos una oportunidad — dijo sonriéndome.

— No os puedo asegurar nada, pero, al menos, os debo el intentarlo. Dadme otra oportunidad y yo prometo no fallaros esta vez. Un voto de confianza. Por favor...

Los ojos de Erik brillaron de una forma diferente.

— ¿Qué piensas, abuela?

— ¿Y tú? — preguntó ella, por primera vez dejaba la primera respuesta para él.

— Que de perdidos, al río — me miró y sonrió — . No perdemos nada.

— Pues entonces... — miré a Carmen — Demuestra a estos daneses lo que es capaz de hacer una mujer española — su abuela me guiñó un ojo y yo sonreí.

No sabía exactamente qué podía hacer para ayudarlos, pero después de haberme acogido ese tiempo, no iba a dejarlos en la estacada. Sobre todo cuando se suponía que mi única función allí era, además de aprender el idioma y ayudar en lo que supiera, intentar cambiar el estilo del negocio.

Nunca había trabajado en nada de marketing, pero tenía alguna que otra idea de cómo podía empezar a hacer algo.

Me bebí el café rápidamente y me levanté de la silla.

— ¿Adónde vas? — preguntó Erik.

— Se me acaba de ocurrir algo y tengo mucho que hacer.

— Carla... — me gruñó cuando fui a marcharme.

— Deja al hombre de neandertal escondido de nuevo y confía un poco en mí — sonreí y me marché. Tenía un par de llamadas que hacer, algunas cosas que consultar y mucho que intentar para que ese lugar se convirtiera en lo que hacía mucho no era. Incluso en más.

Me pasé todo el día mirando por internet, hablando con mi amigo John y explicándole lo que pasaba y lo que quería. Me explicó algunas ideas sobre marketing y comencé a anotar y a estudiar qué podía poner en práctica.

Estaba en el despacho de Erik, me había instalado allí y no había quien me sacara. Sally me trajo la comida, el café con unos pasteles y hasta la cena.

Miré hacia la puerta cuando llamaron y vi cómo Erik entraba. No lo había visto en todo el día, yo me encerré allí y ya. Quería concentrarme en lo que tenía que hacer.

— Deberías dejarlo por hoy, es tarde — entró, con las manos en sus bolsillos.

Miré el reloj y me quedé alucinada. No imaginaba que podía ser tan tarde, había perdido la noción del tiempo. Dejé caer mi cabeza en la silla y suspiré.

— Ni cuenta de la hora me di... ¿Qué haces levantado?

— Quería enseñarte algo — sonrió.

Sí, en ese momento no me vendría nada mal que me enseñara ese algo, pensé con mi mente calenturienta.

— ¿También tu mente va por libre? — su sonrisa picarona en el rostro, sabía de más qué era lo que se me había pasado por la cabeza.

— El “patosismo” también es mental — dije con ironía, haciéndolo reír.

— Vamos — movió la cabeza, como solía hacer para que lo siguiera.

— ¿Adónde?

— Tú ven y ya. Tranquila, estaré pendiente a ti y volverás entera — rio.

— Eso déjame dudarlo — bromeé — . Me levanté de la silla y me desperecé. Joder, me dolía todo de tantas horas ahí sentada.

Lo seguí hasta el recibidor del motel y cogió, del perchero, mi abrigo. Me lo dio, se puso el suyo.

— ¿Vamos a salir?

— Sí.

— ¿A esta hora?

— Merecerá la pena — sonrió.

Cogió mis guantes, me los dio y mientras me los ponía, me colocó el gorro.

— Creo que con eso será suficiente — me miraba como si fuera un niño pequeño que me iba a dar un regalo — . Vamos...

Lo seguí y me paré justo en la puerta del motel cuando la abrió. Y ahí me quedé con la boca abierta.

— ¿Eso es nieve? — lo miré, con los ojos abiertos de par en par.

— Hace un rato que comenzó a nevar. Supuse que estabas tan ensimismada en tus cosas que ni cuenta te diste.

— Ay, ¡qué bonito!

Los copos de nieve cayendo... Nunca había visto nada tan bonito. La calle comenzaba a cubrirse. Salí, quitándome los guantes y tirándolos al suelo, solo tenía ganas de tocarla.

— Pues sí que está fría — reí.

Erik rio y negó con la cabeza. Yo me sentí en ese momento como si fuera una niña pequeña, alucinando con la nieve. Me levanté y miré al cielo, dejando que los copos que caían rozaran mi cara.

— ¿Crees que seguirá nevando? — le pregunté, mirándolo. Él estaba frente a mí, con sus manos en los bolsillos y una sonrisa en su rostro.

— Parece ser que lo hará toda la semana. Lo raro era que no lo hubiera hecho ya.

— Así que podré hacer un muñeco de nieve — toqué las palmas, emocionada.

— Era verdad que nunca habías visto la nieve — pestañeó varias veces, como si no me hubiera creído.

— Claro que era verdad, ¿por qué iba a mentir? — fruncí el ceño y al ver cómo elevaba las cejas, resoplé — Lo del currículum fue por desesperación, nada más. Y una mentirijilla sin importancia — me defendí. Me agaché de nuevo, cogí un poco de nieve con mis manos y me levanté, enarcando una ceja.

— Ni se te ocurra — me advirtió, en tono neandertal.

Negué con la cabeza, tenía que saber que a mí eso me sonaba a un reto. Y los retos para mí...

— Nunca me retes, neandertal — le tiré la bola de nieve.

Mira que yo tenía puntería cero, lo normal en alguien tan patosa como yo. Pues nada, ese día, por primera vez en mi vida, tuve que acertar de lleno. La bola fue a estrellarse en ese bonito rostro.

Apreté mis labios para no soltar una carcajada, porque la escena era cómica. La bola de nieve resbalando por su cara hasta ir a parar al suelo. Él abrió los ojos y esa manera de mirarme...

Mejor sería huir.

— No, de verdad que no te quise dar en la cara — empecé a caminar para atrás al imaginar sus intenciones — . Erik cogió aire y, lentamente, se agachó. Cuando se levantó, lo que tenía en la mano dándole forma de bola no era normal, imaginad con las manos que tenía ese hombre... Me daba con eso y con lo poca cosa que era yo, me tumbaba, cao — Erik... — soné suplicante, pero es que me estaba dando miedo.

— No haber empezado — empezó a moverse, a caminar hacia mí.

— Pero lo mío ha sido una bolita de nada. Lo tuyo... Joder, que con eso me matas, pedazo de bruto.

Levantó la mano y la bola fue directamente a mi hombro. Dios, pues sí que dolía.

— Esta me la pagas — me agaché de nuevo.

— Agradece que no te diera en la cara porque soy considerado y no quiero darte en la herida.

— No, si aún voy a tener que agradecerte que seas tan considerado — el sarcasmo en mi voz y yo ya de pie, formando la bola de nieve más grande que podía.

— Eso entre otras muchas otras cosas — rio.

— Mira, neandertal, si lo que quieres es guerra... Guerra vas a tener — lancé la bola, con la idea de darle de nuevo en la cabeza. Pero esa vez sí era yo con mi mala puntería y mi “patosismo”. La quise lanzar tan fuerte, que me resbalé y, no sé cómo, la bola terminó estrellándose en toda su entrepierna.

— Joder — gruñó, con las manos ahí.

Ahí sí que no pude evitarlo, me reí a carcajadas. Hasta que una segunda bola que no vi venir se estrelló en mi toda mi cara.

Eso era la guerra viva. Comenzamos a tirarnos bolas de nieve mientras reíamos y corríamos uno detrás del otro. Me dolía el costado de tanto reírme y del ejercicio. Así que terminé tumbada en el césped nevado que había frente al motel e intenté que mi respiración se normalizara.

Erik hizo lo mismo y se tumbó a mi lado.

— Hacía años que no disfrutaba de la nieve así — su respiración entrecortada

también.

Giré la cabeza y lo miré. Él hizo lo mismo.

— Pues debe de ser bonito vivir en un sitio así.

— ¿Con este frío? Yo querría poder disfrutar de la playa y del calor.

— También es bonito, pero como llevo toda la vida viviendo en una ciudad con costa...

— ¿Te aburres?

— Como tú de esto, supongo.

— No me aburro, pero sí me gustaría poder viajar más y disfrutar del sol.

— ¿Por qué no lo haces?

— He estado demasiado pendiente a intentar sacar a flote este lugar. Es muy importante para mí. Aunque creo que ya...

— No crees nada porque no tienes ni idea de la cantidad de ideas que tengo en la cabeza. Desde mañana esto comenzará a subir, solo dame estas dos semanas que me quedan aquí y verás que podemos conseguirlo.

— No pasa nada si no, Carla...

— Erik, no te lo puedo asegurar, pero creo que podremos conseguirlo. Solo confía un poco en mí — miró hacia el cielo en ese momento, vi su pecho hincharse al coger aire — . Ese es el problema, ¿no? Que no confías en mí... — me miró de nuevo y suspiré — Sé que te mentí, os mentí a tu abuela y a ti, pero no pensé que... No soy una mentirosa, Erik.

— No es por ti. Es algo mío, me cuesta confiar en la gente.

Lo observé y entendí el por qué. Lo iba conociendo. Lo que significaban sus

miradas, sus gestos, sus diferentes sonrisas.

— ¿Por ella? — susurré.

Erik se quedó en silencio.

— Mejor que volvamos, ¿no crees? Vas a resfriarte al final y no tengo ganas de que te pases enferma lo que te queda aquí.

Se levantó rápidamente y me dio la mano para ayudarme cuando me senté. Acepté su ayuda y nos quedamos unos segundos mirándonos a los ojos.

La noche, la nieve, un chico guapísimo que me hacía sentir cosas de más... El escenario perfecto para acabar en un beso.

Erik levantó las manos y me colocó bien el gorro.

— Vamos — hizo su gesto de la cabeza para que lo siguiera, se giró y comenzó a caminar.

Suspiré. Menudos pajaritos tenía yo en la cabeza. Al final iba a resultar que sí esperaba a mi príncipe azul y me había creído que Erik podía ser. Pero nada más que eso, una ilusión. Yo parecía divertirme, caerle ya bien, pero nada más. Lo demás... Esas sonrisas y comentarios con segundas intenciones solo eran imaginaciones de mi mente. Estaba claro que él no sentía la misma atracción hacia mí que yo sentía por él.

Era lo que había.

Lo seguí, algo rezagaba, sumida en mis pensamientos. Le sonreí cuando se paró en la puerta de mi habitación.

— Ha llegado usted sana y salva — bromeó.

— Algo increíble — intenté sonreír, pero no me salió. Abrí la puerta de mi dormitorio e iba a entrar cuando él me agarró del brazo y me paró.

— ¿Estás bien?

— Sí, claro.

— ¿Y por qué esa cara?

— La que me dio mi madre al nacer — puse los ojos en blanco — . Buenas noches, Erik.

— Buenas noches...

Entré y cerré la puerta. Apoyé mi espalda en ella y suspiré. Era una tonta. Él había sufrido una decepción no hacía mucho y a mí no me veía ni como mujer. Así que tenía que sacarme a ese hombre de la cabeza.

Sería difícil mientras siguiera allí, pero cuando volviera a casa se me pasaría.

Me daba tristeza pensar en eso, en que no lo vería más... Pero el tiempo y la distancia me harían olvidarme de ese encaprichamiento tonto que sentía. Porque seguro que solo era eso. Esas ideas de amor y demás, bah, tonterías de una loca que en el fondo era más romántica de lo que quería admitir.

Pegué un salto y me separé de la puerta cuando llamaron. Menudo susto. Abrí, sabiendo que era Erik, se le habría olvidado decirme algo.

Me quedé mirándolo, allí plantado, con el pelo más revuelto que unos segundos antes, debería de haberse pasado las manos por el pelo como hacía cuando estaba nervioso.

— ¿Estás bien? — esa vez fui yo quien le pregunté al verlo tan serio. La mandíbula apretada, como si luchara contra algo — ¿Erik?

Él negó con la cabeza y dio un paso hacia mí. No dejaba de mirarme a los ojos y ya me estaba hasta asustando. Caminé un poco hacia atrás y él entró en la habitación.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

— Deberías decirme que me vaya — dijo muy serio.

— Joder, deja de asustarme. ¿Eres un asesino en serie o algo así? ¿Quieres mis órganos? Porque si no es por eso, no sé por qué debería de pedirte que te fueras.

— Porque si no me lo pides, nos vamos a hacer daño los dos, Carla...

Enarqué las cejas, ¿pero de qué estaba hablando ahora el neandertal bipolar?

— En todo caso me lo harías tú a mí porque a tu lado... — lo señalé, de arriba abajo, refiriéndome a lo enorme que era — Yo es que ni cosquillas te haría — reí, ya me estaba poniendo nerviosa. Más aún.

Me mordí el labio y me acerqué a él, acortando la poca distancia que había entre los dos. Levanté la cabeza y lo miré a los ojos. Me estaba preocupando de verdad. Y aunque él me viera solo como una amiga, además de un estorbo, él sí me importaba. Había sentido alguna conexión especial con él desde el principio y quería, sobre todo, verlo bien.

— ¿Qué te pasa? — le pregunté, susurrando.

— Tú — dijo con rabia — . Tú eres lo que me pasa.

— ¿Yo? — abrí los ojos de par en par — ¿Pero qué hice yo ahora para que estés así de enfadado conmigo?

— No es contigo, joder — se pasó las manos por el pelo, frustrado, y se lo dejó peor de lo que lo tenía. Siempre que lo veía hacer eso, me daban ganas de hacérselo a mí también.

— Yo no entiendo nada...

Erik me agarró por la cintura y me pegó por completo a él, dejándome sin aliento al notar su erección. Acercó su cara a la mía y me besó. Con rudeza, con deseo. ¿Me había golpeado en la nieve también y estaba soñando?

Me agarré a sus brazos porque me temblaban las piernas, su lengua no me daba tregua. Separó nuestras bocas y me había dejado los labios completamente magullados.

— ¿Lo entiendes ahora? — preguntó con la voz ronca.

Pues vamos a ver... La verdad es que era cuando menos entendía, para qué mentir.

— Creo que sí...

— Bien...

— Creo que me golpeé la cabeza en la nieve y estoy en una especie de sueño.

Erik soltó una carcajada, me miró, aún riendo y negando con la cabeza.

— Volverías loco al Santo Job.

— Ay, no, otro como mi madre no — gemí — . Bastante tengo con su Dios. Que se pasa el día...

Erik me calló, poniendo un dedo sobre mis labios. Se puso serio de nuevo, suspiró y dejó caer su frente sobre la mía.

— Dime que me vaya, Carla... — sonaba a súplica.

— ¿Por qué?

— Porque nos podemos hacer daño — separó su frente de la mía y me miró a los ojos con tristeza — . Yo te puedo hacer daño a ti también. Y no lo soportaría.

¿A mí también? ¿Era él quien había provocado su última ruptura por algo que hizo?

Lo miré a los ojos y vi el miedo en ellos. Era un hombre herido y tenía miedo. ¿Pero miedo de hacerme daño? Yo no creía que él pudiera hacerme nada malo.

Levanté una mano y la puse en su cara, acariciando su mejilla. Vi cómo cerró los ojos y cogió aire.

— ¿Por qué me pides que sea yo quien te diga que te vayas?

Abrió los ojos y me miró.

— Porque yo no quiero hacerlo — dijo en un susurro y como si le causara dolor reconocerlo.

— Cierra la puerta, Erik — noté que iba a soltarme, no lo había entendido — . Por dentro.

No tardó ni dos segundos en cerrarla de un puntapié y en devorarme la boca de nuevo. Me hizo retroceder hasta que ambos caímos en la cama mientras nuestras bocas seguían unidas. Nuestros dientes mordiendo los labios del otro, los dos desesperados por beber del otro. Cogió mi labio inferior con sus dientes y tiró un poco.

— Lo vamos a pasar mal — ¿me lo estaba advirtiéndome?

— ¿Va a ser un mal polvo? — pregunté como preocupada.

— Espero que no — rio — . Tengo las expectativas altas contigo.

— Vaya, eso es no hacerme sentir presionada — bufé, irónica.

— Lo vamos a pasar mal después, Carla.

Estábamos los dos de lado, frente uno al otro.

— ¿No puedes, simplemente, pensar en el ahora? Dejemos el mañana para entonces.

Me dio un beso en los labios, uno dulce.

— Pero que conste que te lo advertí...

— Que sí, pesado. ¿Pero podemos centrarnos en lo que estábamos? ¿O ya te arrepentiste?

Se lo pensó unos segundos antes de responder.

— Dejemos el arrepentimiento para mañana — gimió antes de volver a besarme.

Enterré las manos en su pelo mientras nos besábamos, era la primera vez que se lo tocaba y me excitaba muchísimo.

Erik no dejaba de tocarme, con sus manos por dentro de mi camisa, acariciando mi piel. Por encima de mi vaquero, agarrando mi trasero, pegándose a él para que sintiera su erección. Gemía cada vez que movía sus caderas, empujándolas contra mí.

— Me estorba todo — gruñó, y el pedazo de bruto no tuvo otra mejor idea que la de romper mi camisa, ¿para qué iba a pararse a quitar botón por botón?

Y fue ahí cuando los dos nos desesperamos. Cuando se quedó mirando mi piel y acarició mis pechos, la zona que el sujetador dejaba libre.

No tardé en desabrocharlo para que me lo quitara. A mí, en ese momento, me daba igual lo que él pensara de mi cuerpo, aunque un poco de inseguridad era normal que tuviera. Pero como me tenía, al límite, yo solo lo necesitaba dentro de mí.

Pero antes quitarle la ropa, desnudarnos los dos por completo y sentir eso de piel con piel. Y cuando ocurrió, la sensación fue más que maravillosa.

Erik se puso encima de mí, sobre sus rodillas, una a cada lado de mis caderas y se quedó observando mi cuerpo. Yo no era una modelo, tenía un cuerpo de lo más normal. Y me avergonzaba un poco ese examen minucioso sobre mi cuerpo, suspiré, incómoda y cerré los ojos.

Se agachó, apoyándose sobre sus codos, su cara al nivel de la mía.

— Mírame — abrí los ojos y mantuve su mirada como pude — . ¿Te hago sentir incómoda?

Negué inmediatamente ante la preocupación en su voz.

— No, es... Inseguridad en mí misma — reconocí.

Se tumbó a mi lado y me miró, con el ceño fruncido.

— ¿Cómo es eso? — preguntó.

— Bueno, nos pasa a todas, supongo — ¿eso no era más que obvio para todos?

— Nunca he tenido la impresión de que fueras una mujer con inseguridades.

— Erik... Todas las tenemos — me reí, porque me hacía gracia. Tan enorme, intentando entender algo que yo veía como normal y lógico y a él parecía extrañarle más que haberle dicho que vi un OVNI.

— Supongo que sí... Pero mírame — me cogió por la cintura y me movió hasta ponerme de lado y pegar, de nuevo, nuestros cuerpos — . Me encanta lo que vi, si te miraba era por eso — dijo con seguridad — . Solo te estaba admirando.

— Gracias... — fuera cierto o no, era lo que necesitaba oír.

— Es la verdad, Carla — acarició mi espalda, mi trasero. Me hizo tumbarme de nuevo sobre mi espalda y se puso sobre mí — . Y si no crees en mi palabra, tendré que demostrártelo de otra forma.

— ¿Y cuál forma es esa?

Mejor no haber preguntado. Erik volvió a devorar mi boca y cuando la dejó libre, fue para bajar por mi cuello, por mis pechos, por mi estómago... No dejó un centímetro de piel por tocar, por lamer. Joder, estaba a punto de estallar en mil pedazos. Bajó hasta mis pies, mis piernas y terminó con un beso íntimo entre ellas que casi me hizo morir de placer. Subió de nuevo hasta mis labios, besándome, con mi sabor en ellos.

— Puedes dudar de lo que quieras de mí, menos sobre que te deseo — dijo con fiereza — . Desde el día en que te vi, desde el momento en que esos ojos negros de esa morena me miraron...

No podía creer lo que me estaba diciendo. Tenía que ser producto de la pasión, pero no me importaba, estaba bajo su hechizo en ese momento.

Yo no podía hablar, solo podía mirarlo a los ojos mientras su miembro se refregaba con mi clítoris. Lo necesitaba dentro ya.

— Espera — rio. Se levantó y buscó entre su ropa, que estaba en el suelo. Se puso el preservativo y volvió conmigo.

Y entró en mí, con un solo movimiento de sus caderas, haciéndome gritar. Hacía mucho tiempo que yo no...

Salió algo más lento y volvió a entrar. Levanté las manos, agarré su nuca y lo acerqué a mí. Quería besarlo, necesitaba hacerlo mientras nuestros cuerpos estaban unidos, beberme sus gemidos, gemir en su boca...

Me moví con él, buscando el placer, sabiendo que estaba a punto de tocar el cielo.

— Como sigas moviéndote así — dijo con la voz estrangulada — , no voy a aguantar.

Ni yo tampoco, pensé, así que me moví más rápido mientras sus manos se hundían en mis nalgas y estallé. Llegué al clímax como nunca lo había hecho, arrastrándolo a él conmigo.

Salió de mí y se tumbó a mi lado. Estábamos los dos exhaustos. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y él me tapó rápidamente. Estuvimos así, en silencio, unos minutos. Él seguía acariciando mi espalda después de apoyarme sobre su pecho.

— Erik... Gracias — mi voz sonaba somnolienta, el sueño se estaba apoderando de mí.

Y me pareció escuchar algo así como “No, gracias a ti”, pero mi mente ya estaba casi dormida. Noté su beso en mi frente y me dejé llevar por los sueños.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, cuando desperté, Erik ya no estaba allí. Y si no fuera por lo que sentía en mi zona íntima, habría pensado que todo había sido producto de mi imaginación. Pero no, él había estado en esa cama conmigo, las sábanas olían a él.

Y eso os lo asegura una que tenía la cabeza enterrada en la almohada donde había dormido él mientras aspiraba, como un adicto con su droga.

Yo era otra enferma. Enferma de amor. Parecía una quinceañera, era patética.

Me levanté riendo por mis pensamientos, cogí mi ropa, me di una ducha y bajé para desayunar. Pero Erik no estaba allí, solo Carmen.

— Buenos días — sonreí, intentando que no se me notara la decepción que sentía por no verlo.

— Buenos días para mí, parece que no tan buenos para ti, ¿decepcionada por verme? — sonrió, con esa sonrisa pícaro típica de su nieto.

— No, por Dios — me estaba pareciendo a mi madre con tanto nombrar a ese señor — . Siempre es un placer verte — le di un beso en la mejilla y me senté.

— Erik no quiso desayunar con nosotras — dijo ella como sin darle importancia, pero yo ya iba conociendo a esa mujer y notaba el retintín casi oculto en su voz.

— Lo raro es que quisiera — dije bromeando.

— Bueno... Últimamente lo estaba haciendo. Pero él decía que hoy tenía mucho trabajo y que no podía entretenerse.

— Es un hombre ocupado.

Lo que era un gilipollas. Pero un gilipollas de primera. En el nivel de los gilipollas, porque hay niveles, él era el nivel supremo. Algo así como ¡el Dios de los gilipollas!

Es lo que tenía ganas de decir. Pero claro, no podía soltarle eso a su abuela. Que aunque me daría la razón, pero no me apetecía explicarle todo lo que sentía y el porqué.

Que la noche anterior me había acostado con su nieto. Que había sido la mejor noche de sexo de toda mi vida y que aunque no me había prometido amor eterno, ni siquiera me había dicho que eso fuera más que un simple polvo... Pero joder, al menos aparentar normalidad, ¿no? Al menos sentarse a desayunar y mirarme a la cara ya que había desaparecido de mi cama sin despedirse.

Gilipollas. Era un maldito gilipollas.

Y eso estuve pensando toda esa semana. Que era un imbécil.

Apenas le había visto el pelo. Si lo había hecho, era de refilón. No me podía creer que se estuviera comportando así conmigo.

Que le dieran mucho por el... Respiré, no podía hablar como un camionero, como solía reñirme mi madre. Pero era lo que me nacía. Yo intenté centrarme en lo mío y ya está. Estaba claro que para él todo había sido sexo de una noche, un calentón y ya.

Tanta palabrería, tanto “comerme la oreja” para llevarme donde quería. Y yo, como estaba enganchada a ese hombre, caí. Era gilipollas. Más gilipollas que él, si es que eso era posible.

Esa semana hice muchos avances, como él no aparecía, consultaba con Carmen todo lo que tenía preparado para la semana siguiente, la última que estaría allí. Íbamos a hacer como una especie de inauguración el siguiente viernes, el fin de semana anterior a mi marcha. Y sabía, con todo lo que

estaba preparando, que cuando me fuera, ese lugar renacería, como un Ave Fénix. Y habría valido la pena todo lo que había trabajado esa semana.

El domingo seguí trabajando. Tenía tanto que preparar. Y con tal de no verlo, me ponía a hacer lo que fuese. Aunque tampoco hacía falta, ya se encargaba él de mantenerse alejado de mí.

Aún con la pena que me estaba dando cómo se comportaba conmigo, estaba muy ilusionada con todo lo que les tenía preparados. Sabía que mi trabajo tendría sus frutos y se lo merecían. Trabajaban muy duro por mantener ese lugar a flote por el cariño, por eso que los unía a ese negocio. El amor a una madre y a una hija. Y eso era de admirar.

Los días los pasaba entretenida, pero las noches eran otra cosa. No había querido cambiar las sábanas de mi cama porque aún me olían a él. Así de patética era.

Al menos me reía a ratos, cuando dejaba de llorar por la tristeza o cuando John, cuando hablábamos por Skype, insultaba a Erik y lo ponía de vuelta y media. Si no fuera por mi amigo...

— ¿Estás nerviosa? — me preguntó esa noche.

Era ya jueves. Al día siguiente se inauguraría el restaurante con todas las comidas nuevas. Había cambiado también algo de la decoración, con un toque español. Había llenado el pueblo de publicidad... Me había partido los cuernos, la verdad, pero tenía fe en que esa noche y a partir de ahí, ese sitio siempre estaría lleno.

Lo que más me había costado era el tema de la cocinera... Como aún no dominaba el idioma, os podéis imaginar.

— Un poco — bufé, ya había llorado por Erik, así que tocaba centrarnos en otro tema y John lo sabía hacer bien — . Al final Helen le ha cogido el rollo a la tortilla de patatas y a la paella y ha superado a mi madre, ¡pero nunca le digas esto! — reí.

— Tranquila, no tengo ganas de que se escape y se pierda por esas tierras como la hija — puso los ojos en blanco, bromeando — . No te *worry* nada.

— Cómo para no preocuparme... La comida está lista. De algo me tenía que servir tener una madre cocinera, he cambiado todo el menú. Dejando lo típico de ellos, claro, que son muy suyos. Pero unas tapitas y alguna que otra comida española les dará sabor.

— A ver si aprenden *to eat* — rio John.

— Oh, si comer, comen bien, te lo digo yo que engordé un par de kilos.

— No lo digas tan *happy* que después llorarás cuando no entres en la ropa — bufó, cómo me conocía — . Y dudo que sea por lo que comen ellos, más bien porque llevas noches con los pastelitos de chocolate y el refresco de cola — bufó de nuevo — En fin... ¿Y lo del motel?

— Ah, eso sí que ha sido un cambio — cogí otro pastel de chocolate. Sí, todas las noches tenía terapia, qué le íbamos a hacer, hasta que me sacara a ese neandertal de la cabeza.

— Solo te quedan tres días para eso.

— ¿Qué? — pestañeé, ya me había perdido en la conversación.

— Nada... — sonrió John — Cuéntame lo del motel.

— Ya te dije que eso ha sido lo peor. No solo los cambios en decoración, sino el añadirlo en todos los buscadores y demás. Tomar fotos del pueblo, darle buena publicidad. Pero con la pista de esquí que tienen cerca, he conseguido el contrato que te dije con la empresa de autocares que se encargaría de llevar y traer a quienes se hospeden cuando la pista esté abierta. Para lo otro... Bueno, ya sabes, buscando siempre el atractivo. Es un pueblo pequeño, pero con muchas cosas para ver, la verdad. Y, sobre todo, es perfecto para relajarse unos días. Si vienes, lo entenderás.

— No creo que vaya. Y tú menos que vuelvas — rio.

— No, yo tampoco... — suspiré, mejor otro pastel.

— Oye, *sad* no. Triste no, no. Venga, sígueme contando. ¿Qué es lo que queda para mañana?

Para el día siguiente no quedaba nada. Solo preparar la paella y emplatar la comida. Por lo demás... Todo listo.

Carmen había estado al tanto de todo. Había dado el visto bueno ya que su nieto no aparecía. Pero lo único que ella no sabía es que gracias a la ayuda de un amigo de John con la publicidad en la web, el motel tenía, el próximo mes, todas las habitaciones reservadas. Y ella no se enteraría de eso hasta el día que me marchara, sería otra manera de darle las gracias.

Ya quedaba poco, me despedí de John cuando me dolió el estómago de todo lo que me había metido por el cuerpo y me acosté a dormir. Al día siguiente vería si todo salía tan bien como yo esperaba.

Y, al día siguiente también, vería a Erik. Porque en un momento como ese, sí que no podía mantenerse escondido.

Capítulo 10

Viernes, inauguración del restaurante. Media mañana, estaba que me subía por las paredes.

Me había levantado temprano y me había puesto a preparar lo que faltaba en la cocina. Helen no tardó mucho en llegar y se puso con la paella. Estaba todo casi listo, ese día se abriría más tarde, nada de desayunos.

Subí, me duché y me vestí. Un pantalón negro, una camisa blanca, un pañuelo en el cuello, un poco de maquillaje... En realidad algo más de lo normal porque con lo pálida que estaba con los nervios... Pero ni el maquillaje podía mejorar eso, al parecer. Mi larga, morena y rizada melena suelta, solamente con el flequillo cogido con unas horquillas.

Quitando mi cara, yo me veía divina de la muerte, para qué os voy a mentir.

Bajé y allí estaba Carmen, vestida como una reina y con una sonrisa de oreja a oreja. Yo no podía sonreír, por más confianza que tenía en que todo saldría bien, los nervios me comían.

me preguntó, preocupada. Si ya os dije que tenía cara de muerta. Casper a mi lado y nadie sabría decir quién de los dos era el fantasma.

sonreí.

Si yo confío, la que parece que necesita hacerlo eres tú. Esto quedó precioso, ¿a quién no le va a gustar el toque español?

El toque español me costó un dineral, la verdad. Bueno, a mí no, a ellos. Porque hacer que me enviaran algunas cosas típicas de adorno además de la comida para que estuvieran a tiempo fue un dinero extra. Pero Carmen no

escatimó. Como ella decía, confiaba mucho en mí.

Y, según ella, su nieto también, porque cuando le intentaba decir o explicar o comentar, él solo decía que lo que yo decidiera, estaba bien.

Sonaba a “no hay mucho más que perder, que haga lo que quiera”. ¿No pensáis lo mismo?

Lo que os decía, estaba nerviosa. Y más aún cuando levanté la mirada y después de no sé cuántos días después, en los que ni siquiera lo había oído en la habitación de al lado, ni me lo había encontrado en la ducha ni nada, estaba él.

El Dios de los gilipollas.

Me entró de todo por el cuerpo al verlo. No sabía si las ganas de volver a tocarlo superaban a las de querer matarlo por ser tan frío conmigo después de esa noche que habíamos pasado.

Joder, que no me había prometido nada, lo sé. Pero tampoco tenía que comportarse así. Yo estuve con él porque quise, no iba a reprocharle si para él solo había sido un polvo de una noche.

Pero su actitud sí me había hecho daño, más que el que me hubiera venido de frente y me hubiera dicho “una noche de sexo, nada más”. O un “pensé que era más pero no, no me gustaste en la cama”. Yo qué sé, ¡pero algo! Por muy poco caballeroso que pudiera sonar lo que fuera, al menos tendría una razón para su comportamiento.

Se acercó a nosotras. Con su postura típica. Las manos en los bolsillos. Llevaba un vaquero, una camisa negra y su pelo, por primera vez, peinado. No parecía el mismo. Estaba aún más guapo, si es que eso era posible.

me saludó, con cortesía.

Gilipollas... Tuve ganas de responderle. Pero me callé y preferí no abrir mi

boca, le hice un gesto de asentimiento con la cabeza a modo de saludo y ya.

Su abuela carraspeó, supongo que la tensión entre los dos era evidente, el aire se podía cortar con un cuchillo.

rio su abuela, mirándonos a uno y al otro.

pregunté mirando a Carmen.

tocó las palmas, emocionada.

suspiré.

La haya o no, mi niña, ya todo esto que has hecho es demasiado. Lo has intentado, te has dejado la vida en ello, es más que suficiente.

Nada es suficiente para agradecerte el apoyo que me diste desde que vine.

Algún día entenderás las cosas. Soy yo quien te tiene que agradecer. Pero no es ahora el momento. ¿Nos da tiempo a un café rápido antes de que probemos suerte?

dijo el neandertal.

lo dije en voz alta, no lo pude evitar, pero por la forma en que me había mirado, estaba segura de que me envenenaría si pudiera.

Su abuela soltó una carcajada y negó con la cabeza.

. No siendo consciente. Se lo haría él antes, créeme.

estaba segura de que ella sabía más de la cuenta, no se le escapaba una.

. Solo que él no es lo que parece.

Lo miré mientras nos preparaba el café.

un tono de voz amargo, no podía decirlo de otra manera.

me guiñó un ojo.

Supongo que sí...

Y tenía razón. Como yo misma le había dicho a su nieto un día, todo ocurría por algún motivo. Y, tardara más o menos en verlo, en algún momento le encontraría sentido.

Café en vena ya, llegó el momento de ver si el pueblo decidía darle, de nuevo, una oportunidad al restaurante.

Quince minutos más tarde, tenía el ánimo por los suelos. Estábamos Carmen y yo, sentadas en una de las mesas mientras nos sumíamos en nuestros pensamientos. Erik detrás de la barra, móvil en mano.

me dijo con dulzura.

Miré a esa anciana a la que tanto cariño le había cogido y me dieron ganas de llorar.

No entiendo. Pensé que la gente... Yo no quería fallaros.

No nos fallaste. A ninguno de los dos, créeme. La gente de aquí es muy diferente a nosotros, solo eso. Hemos hecho todo lo que hemos podido, pero si no ha funcionado, no importa.

y para mí lo era también, me había involucrado tanto que sentía ese sitio como mío.

. Y me alegraría siempre que fuera feliz. Esté aquí o no. Entendía lo que ella decía. Pero aun así...

Me sentía decepcionada cuando, de repente, todo cambió.

Un par de parejas entraron en el local y se sentaron a la mesa. Y a partir de ahí, aquello se llenó. A todo el que iba entrando, le dábamos un cóctel de bienvenida y yo no me podía creer que una hora después, no hubiera sitio en ese lugar. Incluso alguna gente preguntó si se podía hacer reserva de mesas para días posteriores.

Almuerzo, merienda, cena... No paramos en todo el día. Aquello estaba a rebosar y la gente salió encantada. El restaurante tenía más reservas de lo que podía haber soñado. Incluso para celebraciones de cumpleaños y diversas fiestas.

¡Estaba alucinando!

Incluso había terminado el día con sevillanas mientras intentaba enseñar a bailar a quienes no querían irse.

Había sido más que un éxito y yo no me lo podía creer.

me abracé a Carmen cuando cerramos el restaurante, tenía ganas de llorar.

reía ella.

Estábamos agotadas, sentadas mientras seguíamos sin podernos creer lo que había ocurrido. Erik apareció con una taza de chocolate caliente para cada una y se sentó con nosotras.

¿Viste, Erik? Si es que sabía que ella lo lograría.

Erik no decía nada, solo me miraba. Serio. Como era él. Me levanté, fui a por la agenda y se las entregué cuando me senté de nuevo.

preguntó Carmen.

Vuestra nueva agenda para el motel. Si la abres, verás que tenéis reservas a partir de la semana que viene. Creo que os hará falta un poco más de personal

para atender a toda la gente que contrató los servicios.

le mostró la agenda y Erik miró página por página.

No sé ni qué decir, Carla, no sé cómo agradecerte...

le dejaba claro que todo ese esfuerzo era por ella y no por él. Vi algo en sus ojos, podría decir que dolor por mis palabras, pero solo eran imaginaciones mías. Era lo que quería ver, porque yo no le importaba nada, ya me lo había demostrado.

dijo con sinceridad, se levantó y nos dejó solas.

sonrió la abuela, ignorando la escena tensa entre los dos.

¿No irás a casa hoy, no? Es muy tarde...

No, me quedaré en la habitación de Erik, él dormirá en la casa.

. Entonces deja que te acompañe.

Me levanté y la ayudé, me despedí de ella en la puerta de la habitación y entré en la mía. Caí en la cama, agotada. Había sido todo mejor de lo que imaginaba. Cerré los ojos, dejándome llevar por la alegría de haberlo conseguido. Lo había hecho por los dos, lo merecían. Dejando a un lado lo de Erik conmigo, era un gran hombre que luchaba por aquello en lo que creía o quería de verdad. Y ese negocio era su vida. Era su sueño.

Y yo también lo había hecho por él.

Llamaron a la puerta. Me costó levantarme de la cama, me dolía todo el cuerpo. Pero imaginaba que era Carmen, necesitaría algo.

Abrí la puerta con una sonrisa, la cual se me borró cuando lo vi a él, frente a mí, con el pelo completamente alborotado y con su cara de neandertal. No sabía si estaba solo serio, enfadado, frustrado...

Podía decirse que había salvado su negocio, al menos que le había dado una nueva oportunidad para sacarlo adelante, ¿y por qué esa cara?

¿Puedo pasar?

No.

dijo, pero no me hizo ni puto caso. Entró, haciéndome retroceder y cerró la puerta.

¿Qué haces aquí?

. Dime que no hiciste todo eso también por mí.

pregunté haciéndome la tonta, pero sabía bien a qué se refería.

Lo que has hecho, salvar el negocio de mi madre. Dime que no fue también por mí.

Me usaste y me has tratado como una mierda esta última semana. ¿Qué quieres ahora? ¿Que te levante el ego de nuevo? Porque no lo entiendo, Erik.

preguntó, con los ojos abiertos de par en par.

Me reí, porque es que no entendía cómo no podía ver el daño que me había hecho.

¿Qué más quieres que piense? Fue solo una noche, no es que estuviera esperando que me prometieras nada. Pero después de eso... Ni me has mirado a la cara. ¿Qué demonios debería de pensar?

. Me tuve que alejar de ti, sí, pero no por lo que piensas.

escupí.

No debería de haber pasado lo del otro día. Y no debería de estar aquí ahora.

. Nunca debió de ocurrir nada entre nosotros. Porque no somos nada. Solo un simple polvo. Sexo, nada más.

Su cara pasó a convertirse en piedra, me atrajo hacia él, pegando mi cuerpo al suyo.

gruñó.

Y la devoró. Mi lengua. Mi boca. Me devoró por completo.

Me agarró de las nalgas, levantándome en peso, entrelacé mis piernas alrededor de su cintura, mis manos en su pelo y devorándolo a la vez. No tenía que estar haciendo eso, no tenía que caer de nuevo. En dos días me iría y lo que estaba haciendo solo podía hacerme más daño.

Pero yo, en ese momento, ya no podía ni pensar. Solo sentirlo. Solo desear que me siguiera besando. No quería que me soltara, no quería separarme de él. Aun sabiendo que solo era sexo, necesitaba tenerlo cerca.

Me dejó en el suelo y me despojó de la ropa mientras yo hacía lo mismo con él. Y volvió a cogerme en peso después de ponerse el preservativo. Me apoyó contra la puerta de la habitación y me penetró, fuerte, sin pausa.

gruñó.

gemí.

No supe si mi respuesta le agradó o no, solo que comenzó a embestirme más fuerte, hasta que ambos terminamos estallando en mil pedazos. Me dejó sobre la cama y se tumbó a mi lado.

dije cuando me relajé. Para que lo hiciera de madrugada, cuando yo dormía, prefería hacerlo ya.

Así me daba tiempo a mí a maldecirme por haber caído de nuevo en lo mismo. Aunque esa vez tenía bien claro que solo era eso, sexo puntual. Nada más para él.

cogió la sábana, el nórdico y nos tapó a los dos.

Pero...

Me cogió, hizo que pusiera mi cabeza en su pecho y suspiró.

me pidió.

¿Contigo aquí?

dijo con seguridad.

Ya... En un rato se te pasa, como la otra vez...

Se quedó en silencio y yo estaba demasiado cansada. Cerré los ojos, quizás, cuanto antes me durmiera, antes se marcharía. Porque estaba segura de que lo haría.

Ya me arrepentiría al día siguiente de haber caído de nuevo, de haberme dejado llevar. Ahora solo quería descansar. Y rezar, de nuevo al Dios de mi madre, por levantarme al día siguiente fuerte y que su rechazo no me hiciera tanto daño como el de la vez anterior.

Pero, como siempre, la vida me tenía una sorpresa preparada.

Capítulo 11

Pestañeé varias veces antes de abrir los ojos por completo al notar que seguía en la misma postura que la noche anterior.

dijo una voz que conocía muy bien, sonaba somnoliento.

Levanté la cabeza y lo miré, alucinada.

¿Qué haces aquí?

Erik rio y, como siempre, me iba a derretir con su risa.

Te dije que quería estar aquí. ¿Querías que me fuera?

. No tienes que hacer esto, Erik, las cosas están claras entre nosotros. Me voy pasado mañana y...

Y me gustaría que pasases los dos días que te quedan conmigo.

. No, no estoy soñando.

. Sé que te irás y quiero pasar el tiempo que te queda aquí contigo.

¿Por qué?

¿Acaso importa? Volverás a tu vida, yo a la mía. Quiero que nos queden buenos recuerdos a los dos.

Si es por lo de estos días, no tienes que compensarme, Erik.

Deja de pensar, Carla. No lo hice bien, lo sé. Pero no es por lo que piensas.

No tengo derecho a pedirte nada, pero lo hago. Porque quiero estar contigo el poco tiempo que te queda aquí.

suspiré.

Entierra el hacha de guerra, solo son dos días.

Uno, porque hoy tenemos mucho trabajo.

Pues dos noches y un día, pásalos conmigo.

Cerré los ojos. Lo pasaré mal, eso era lo que pensaba. Porque yo sí tenía sentimientos por él. Y todo eso no hacía más que alimentar falsas esperanzas en mi corazón, aunque mi cabeza supiera muy bien lo que ocurría.

Por favor, danos ese tiempo a los dos.

Afirmé con la cabeza. No supe por qué lo hice, pero no podía negarme. Porque yo también deseaba pasar lo poco que me quedaba en aquel pueblecito con él. Cogió mi cara entre sus manos y me dio un beso dulce. Sensual...

Erik...

Es temprano, nos da tiempo.

gemí entre sus labios, el beso más profundo.

Lo haremos juntos, así ahorraremos tiempo.

No creo que...

Pero ya no pude decir nada más. Ya sus manos estaban sobre mis pechos, acariciando mi espalda, mi trasero, mi sexo... Todos mis pensamientos volaron de mi mente. Ya solo me importaba estar con él.

Terminamos juntos en la ducha y haciéndolo de nuevo. Era como una adicción para mí. Cuando bajamos a desayunar, lo hicimos juntos. Los dos en silencio, pero su abuela no era tonta. Además, había dormido en la habitación de al lado.

sonrió, con esa sonrisa torcida.

él se acercó a darle un beso y fue a preparar los cafés.

le pregunté al ver que me miraba con esa sonrisa aún en el rostro.

Sí, ¿y tú?

carraspeé. Sabía de más que sabía todo.

Y por si no fuera así, ya Erik se encargó de hacérselo saber. Me puso el café y una infusión al lado.

le pregunté.

Has tosido esta noche, con esto te sentirás mejor, no llegarás a resfriarte.

Lo dijo tan natural... Yo me puse roja como la grana, iba a matarlo. ¿No se podía cortar un poco?

maldito ceporro, que estaba su abuela.

preguntó con inocencia.

rio Carmen.

me defendí, porque él y yo no éramos nada.

me advirtió Erik.

gemí.

Lo sabe desde el primer día.

sonrió la anciana, pícara.

. Tengo que trabajar, nos vemos.

le dije mirando a Carmen.

La anciana soltó una carcajada y yo los dejé allí. No estaba para comerme mucho la cabeza. Era mi último día de trabajo. Quería dejarles listas algunas cosas más. Al día siguiente prepararía el equipaje y ya el lunes volvería a casa.

Y a poco de irme, ese hombre iba a volverme loca. Bipolar, eso es lo que era, no se entendía ni él a sí mismo.

Cuando terminé mi jornada laboral lo hice con una mezcla de sensaciones. Alegría porque todo iba sobre ruedas, el restaurante volvía a estar lleno y la gente pedía alojamiento en el motel. Y, por otra parte, tristeza. Se había acabado, no volvería a trabajar más en ese lugar. Ni con ellos. Y se habían convertido en una parte importante de mi vida.

Estaba abrazada a Erik. Después de cenar, nos quedamos en su despacho y después de acabar juntos, con la pasión apoderándose de nuestros cuerpos, nos quedamos ahí, tumbados en el pequeño sofá, disfrutando del silencio.

Mañana quiero enseñarte algo.

pregunté.

. Para lo pequeña que eres, tienes fuerza.

No soy pequeña, eres tú el gigante, yo soy normal.

Lo de normal lo dudo.

lo miré, con el ceño fruncido.

me colocó encima de su cuerpo, su miembro, de nuevo, preparado.

bufé, más que nada porque como se había comportado la otra vez. Y, además, yo me iba en poco más de un día.

Erik se me quedó mirando a los ojos, serio. Ni pestañeaba. Levantó una mano y me retiró el pelo de la cara. Con la otra en mi nuca, me hizo unir su boca a la suya.

Era un beso dulce, de esos con sentimiento. Aunque yo sabía que no era más que una percepción mía. Entre nosotros no había mucho más que esos pocos momentos en los que nuestros cuerpos se unían.

Y así terminamos esa noche, exhaustos por el día que habíamos tenido, por el cansancio, aún, del día anterior y, al menos yo, por la pena de saber que en unas horas me marcharía de allí.

Y no volvería a verlo más.

Capítulo 12

A la mañana siguiente, después de desayunar en el restaurante con Carmen, Erik y yo marchamos hacia su casa. Estaba un poco apartada del pueblo, pero se podía ir perfectamente caminando. Además, esa vez sí estaba pendiente a cada rincón, quería grabarlo todo en mi memoria para no olvidarlo nunca.

La casa era más grande de lo que pensaba. Típica arquitectura nórdica, un jardín enorme alrededor y todo vallado.

caminábamos por el jardín hacia la puerta de entrada.

La construyó mi abuelo, pero ya necesitaba algunos cambios. Y modernizarla un poco.

Me reí al ver la chatarra de coche aparcada en el porche de la casa.

reí.

Mientras dure... Esa lata tendré. Era el coche de mi madre.

entramos en la casa y era para alucinar, ese hombre y su abuela tenían muy buen gusto para la decoración.

. Tanto que no he sido nunca capaz de irme de aquí.

lo agarré de la mano y lo paré, no me gustaba el tono en el que lo había dicho.

Él entrelazó nuestros dedos y me llevó a la cocina, me sirvió un refresco y me hizo sentarme a la mesa mientras él sacaba algunos pasteles de chocolate, lo que me hizo reír.

. Los echo de menos a los dos, pero con mi madre era diferente. La relación que había entre nosotros. Era especial.

Debió de ser muy duro.

Lo fue. Aún lo es, pero el dolor se adormece, por explicarlo de alguna forma.

¿Y a qué te refieres con lo de quedarte aquí?

He perdido oportunidades fuera. Buenas oportunidades sobre mi profesión, sobre inversiones... Al principio lo intenté, pero me gusta vivir aquí, me gusta ese lugar en el que trabajo. Me llena más que todo lo que hay fuera de este pueblo.

Te entiendo.

comentario irónico con guiño de ojo incluido.

Cogí un pastel, me lo metí en la boca y lo saboreé antes de responder.

Me estás hablando de ella, ¿verdad?

se levantó, evadiendo el tema.

y sí, pensaba en él y en mí. Porque lo que yo sentía por él no era recíproco. Para él podía ser una amiga con derecho durante unas horas, nada más.

Pensé que no había nadie en tu vida.

Y no lo había. Ni lo hay. Pero los sentimientos están ahí por mi parte.

Me observó unos segundos.

Afortunado él, Carla.

dije intentando sonar alegre y olvidar lo serios que nos habíamos puesto los

dos.

Erik me pasó un brazo por los hombros y caminamos, mirando cada estancia. Cada detalle. La verdad es que todo había quedado precioso.

Pero lo que más me gustó, fue el jardín trasero.

me lamí los labios con solo pensarlo.

gimió Erik.

¿El qué?

Lo que acabas de hacer.

¿Era un reto? Pues ahí iba yo a hacerlo otra vez. Y el gemido de Erik esa vez fue sobre mi boca, mientras me devoraba como si no pudiera contenerse.

La primera vez que veía su casa y terminamos en su cama, sudorosos y habiendo tocado el cielo.

preguntó mientras acariciaba mi espalda.

grité emocionada.

Y pasamos el día allí, en ese lugar tan especial que siempre estaría en mis recuerdos.

Carmen llegó por la tarde y como hacía buen tiempo, tomamos el café en el porche.

Sin decirme nada, me puso un portafolios por delante.

¿Qué es esto?

sonrió Carmen.

Me quedé en blanco, ni siquiera había pensado ni llegado a imaginar que ellos quisieran hacerme un contrato de verdad.

Pero si no soy camarera.

No, pero el contrato no es para eso. Te quiero como relaciones públicas. Quiero que te quedes aquí.

Miré a Erik, pero él no decía nada. ¿También era cosa de él? Porque ella hablaba en singular.

le advirtió su abuela.

Pero Erik siguió sin decir nada. Se mantenía en silencio. Para mí estaba muy claro, no quería que me quedara.

Carmen, yo...

resopló.

Tengo el vuelo para mañana, mi madre me espera. Estoy deseando verla...

dijo emocionada.

me emocioné también.

Yo también les había cogido cariño, más del que debía. Pero la persona que me importaba no me quería de la misma forma. Y por eso mismo me iba a marchar. Yo no soportaría estar allí, ser un simple entretenimiento y nada más.

Erik mantenía la mirada perdida, la única tensión que notaba era la de su mandíbula apretada, pero poco más. Suspiré, maldita suerte la mía. No quería saber nada de los hombres y para uno que encuentro y del que me enamoro como nunca lo había hecho de nadie, yo no significo demasiado para él.

Había pensado que quizás podía quedarme y probar, pero eso me haría daño. Estar cerca de él de esa forma sería solo alimentar falsas ilusiones. Y no estaba dispuesta a hacerle más daño a mi corazón, que ya iba a sufrir bastante en el momento en que desapareciera de sus vidas.

Le dije a Carmen que me lo pensaría, así se quedó más tranquila. Pero la respuesta yo sabía, de más, cuál era.

Merendamos con ella y volvimos al motel. Era mi última noche allí, a la mañana siguiente apenas tendría tiempo de preparar las maletas para coger el avión que me llevaría de vuelta a mi verdadera vida.

Erik subió algo de cena a la habitación y lo notaba callado. Yo tampoco tenía ánimos para hablar porque temía ponerme a llorar y decirle lo que sentía por él. Me parecía injusto hacerlo sabiendo que él no sentía lo mismo por mí. Podía presionarlo, me sentiría como una carga. Y el amor no se podía basar en eso.

El amor tenía que darse sin pedirlo, las migajas eran para los pajaritos en el parque, no para un ser humano por más que amara a la otra persona.

Tumbados en la cama, seguíamos en silencio. Los dos de lado, mirando al otro. Erik acariciaba mi brazo distraídamente, bajó la vista hasta él, observando cómo sus dedos acariciaban mi piel.

me callé, ¿qué iba a decirle? ¿Por favor, pídemme que me quede?

Erik levantó la mirada de nuevo. No lograba descifrar lo que decía con la mirada. Era uno de sus poderes, el saber ocultar bien sus emociones bajo ese manto de frialdad. Y, al parecer, era muy complicado que bajara sus defensas y mostrara lo que de verdad sentía o pensaba.

Dejó mi brazo para acariciar mi cara. Cerré los ojos, rezando mentalmente por no llorar. Porque solo tenía ganas de eso. Cuando embarcara al día siguiente, ya no volvería a verlo nunca más.

Acercó su cara a la mía y me dio un dulce y largo beso. Y otro. Y otro más... Y esa vez, estar con él fue muy diferente.

La forma en la que me acariciaba, los besos que me daba. No había desesperación como las demás. Había calma, era como si se hubiera quedado a un lado lo sexual y todo el acto fuera más sentimental.

Al menos eso era lo que yo sentía. Quizás por mis ganas de que eso fuera cierto. Que me estuviera haciendo el amor por una vez porque sintiera por mí más de lo que imaginaba.

Mientras nuestros cuerpos temblaban por haber llegado al éxtasis, Erik se dejó caer sobre mí, con su frente pegada a la mía, hasta darme un beso en la frente y tumbarse a mi lado, llevándome con él para que me apoyara sobre su pecho.

susurró.

intenté bromear, no quería ni podría con una conversación seria en ese momento si quería mantener la calma.

Después de cómo te traté...

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos.

. Tengo mucho que agradeceros por haberme dado la oportunidad.

¿Pensarás en la oferta de mi abuela?

La de su abuela, no la de él... Mierda.

. Como bien dijiste el primer día, puede que este no sea el lugar para mí.

Él tragó saliva y afirmó con la cabeza. Me tumbó sobre mi espalda y se puso sobre mí. Y me besó. Pero no era dulce. El beso era amargo, duro, como si estuviera sacando la rabia fuera. No sabía contra qué o contra quién, solo me

adapté a él y dejé que volviera a adueñarse, de nuevo, de mi cuerpo. Hasta dejarme agotada y sumida en un profundo sueño.

Capítulo 13

A la mañana siguiente, aunque me desperté temprano, todo fueron prisas. Apenas tenía tiempo para nada, eso me pasaba por no haber preparado las maletas con tiempo.

No lo hice porque en el fondo no quería irme y guardaba ese poquito de esperanza de que él me pidiera que me quedase.

Pero no lo hizo, apenas me habló ese día. Y por lo que lo conocía, sabía que no estaba de muy buen humor.

Estaba abrazando a Carmen mientras Erik metía las maletas en ese cacharro viejo que me llevaría al aeropuerto.

Piénsalo, Carla. No me digas que sí por darme gusto. Prométeme que te pensarás el volver.

Carmen...

Sé lo que sientes por él. Y lo que él siente por ti. Por eso mismo te pido que te pienses el volver.

. Me enamoré, Carmen y no quiero sufrir.

¿Y por qué ibas a sufrir, mi niña? ¿Te sientes mal aquí, en este lugar?

. Pero no puedo estar cerca de alguien para quien no significo nada. Me destrozaría. Es mejor poner distancia de por medio.

Los ojos de Carmen se abrieron un poco, como por sorpresa y después vi la comprensión en ellos.

. Bueno, mi niña, espero que nos volvamos a ver pronto.

. Unas vacaciones aquí no me vendrán nunca mal.

Le di otro abrazo y me giré para marcharme.

suspiró la anciana.

Sonreí con tristeza, ojalá tuviera razón, pero cuando yo sintiera que podía estar cerca de él y no me hiciera daño no significar nada. Si volvía, sería el día que el amor que tenía por él ya no estuviera ahí.

Pasamos el camino en silencio, esa vez ni una parada hicimos, teníamos que llegar a tiempo para que pudiera facturar el equipaje.

Fue un viaje muy pesado y tenso, ninguno de los dos decía ni una sola palabra. Llegamos con el tiempo justo. Erik aparcó el coche en el estacionamiento y me acompañó dentro. Las maletas ya facturadas, solo tenía que pasar el control de seguridad y ahí sí se acababa todo mi viaje.

carraspeé, no sabía cómo decirle adiós.

Él estaba como el día que me recogió. Serio, con las manos en sus bolsillos, con esa cara de querer matar a alguien.

Carla...

había emoción en mi voz por el tono de la suya. Es como si fuera a pedirme que me quedara. Pero...

dijo más serio, si es que eso era posible.

Me mordí el labio, evitando llorar. Era una ingenua, no quería un príncipe azul en mi vida. Él no era precisamente eso. Pero había pensado que, tal vez, las historias de amor sí podían hacerse realidad.

Cuida mucho de tu abuela. Y de ti mismo. Adiós, Erik.

Adiós, Carla.

Se acabó. Ni historias de amor ni nada. Eso era la vida real, no una novela o una película romántica. Pasé el control de seguridad y me giré a mirarlo. Pero él ya no estaba. En ese momento las lágrimas cayeron por mis mejillas y lloré hasta el momento de embarcar.

Y hasta ese último momento estuve esperando escuchar su voz, verlo aparecer, no sé. ¿Podía ser más idiota? Como si él se arrepintiera en el último momento y se diera cuenta de que me amaba. Y corriera por el aeropuerto mientras los de seguridad lo perseguían y él gritaba: ¡Tengo que detener ese vuelo! ¡No puedo perder a la mujer de mi vida! Y claro, entonces todo cambiaría en ese momento, toda la gente que estuviera allí lo ayudaría a llegar hasta mí. Hasta evitar que el avión despegara y me pidiese matrimonio allí mismo mientras yo lloraba sin parar.

Resoplé cuando me abroché el cinturón de seguridad. Para no creer en el amor y huir siempre de los “príncipes azules”, bien que soñaba con que algún día, alguien me amara de verdad como para buscarme así, como si yo fuera la protagonista de una de esas películas.

No lo era y el avión despegó. Sin volverlo a ver más y sabiendo que, seguramente, jamás volvería a saber de él.

Su destino y el mío seguirían caminos muy diferentes.

Capítulo 14

Dos semanas después...

escuché la voz de John cuando mi madre le abrió la puerta.

resopló.

dijo mi amigo enfadado.

¿El qué?

Que para matarla, ¡que es para matarla!

cada vez estaban más cerca de mi habitación.

No veía la cara de ninguno de los dos, pero me las podía imaginar.

La de mi madre sería algo así como “Me tiene de los nervios, es que le va a pasar algo y ya no sé qué más hacer con ella, ¡me va a matar del disgusto! No puedo verla con esa pena”.

Y la de John sería algo así entre un ceño fruncido por el enfado y los ojos en blanco por la desesperación mientras pensaba “No te mato porque te quiero, pero ganas no me faltan.”

Y cuando entraron en la habitación, sin ni siquiera llamar a la puerta, vi que no me equivoqué. ¿Y mi madre por qué estaba tan arreglada?

Joder, ¡¿pero qué es todo esto?!

La cara de mi amigo pasó a ser de incredulidad total. Yo estaba hecha un

desastre, lo sabía y me daba igual. Y la habitación ya... Ni os podéis imaginar.

No sé cómo no estamos llena de bichos con semejante pocilga.

John subió la persiana, abrió la ventana y yo me tapé hasta la cabeza. No quería ver a nadie.

rugí.

me destapó por completo y lo miré con ganas de asesinarlo.

mi madre, curiosa. Nunca lo entendía, lo que era normal.

explicó él.

afirmó ella, apoyándolo.

me ordenó mi amigo.

me giré, pasaba de ellos.

Nada, tú te lo buscaste.

Puse los ojos en blanco, a mí amenazas poca, no iba a levantarme porque no me daba la gana. Claro que eso lo pensé hasta que el agua fría cayó sobre mi cuerpo, mojando la cama. Pegué un bote, salté de la cama y al intentar ponerme en pie, me resbalé con el agua y la hostia que me di contra el suelo dolía horrores.

el tono de voz de mi amigo era de suficiencia.

me quejé.

me cogió la mano y tiró de mí hasta ponerme de pie.

gruñí.

Dos semanas llevamos haciéndolo y mira. Apesta. Todo esto apesta. Te vas a la ducha now, darling. Porque si no lo haces, te juro que quien te bañará será moi.

refunfuñé.

Lo que me salga de las balls.

rio mi madre.

Miré al cielo pidiendo ayuda divina.

Obligada, no tuve más remedio que hacer lo que querían. Me duché porque sabía que John era bien capaz de cumplir sus amenazas y me fui a mi cuarto a vestirme. Un pijama y ya que no podía usar la cama empapada, pues al sofá.

resoplé al verlo hurgar en mi armario, me apreté más la toalla alrededor de mi cuerpo y a esperar a ver si se marchaba.

sacó un vestido negro ajustado y me lo dio.

No me voy a poner eso para tumbarme, de nuevo, en el sofá.

No vas a tumbarte allí. Te vistes y te callas, vamos a la peluquería a arreglar el desastre de pelo y de cara que tienes.

¿Qué parte de no quiero salir ni ver a nadie es la que no entiendes, John?
¿Necesitas que te lo diga en inglés?

Venga...

Joder, ¡que te den!

. Tienes cinco minutos para salir por esa puerta con ese vestido y te quiero

con unos tacones, ¿me has entendido?

Claro que sí...

advirtió antes de cerrarla.

Me dejé caer en una esquina de la cama. No tenía ganas de nada, pero más me valía hacerle caso. Cuanto antes lo hiciera, antes volvería a mi cuarto y a mi depresión.

Hacía dos semanas que había vuelto de mi locura danesa y no podía con la tristeza. Echaba de menos aquel lugar. Echaba de menos a Carmen. Pero, sobre todo, lo echaba de menos a él.

Olvidar a ese hombre no iba a resultarme nada fácil.

Así que me encerré en mi habitación y me dejé llevar por la pena. Alimentándome de refrescos de cola y de pasteles.

Seguía sin trabajo, ni siquiera había echado currículums, no me sentía con ganas. Aún podía aguantar un poco más, así que podía sumirme en mi pena si era lo que sentía.

Resoplé, qué mierda era el amor. Me levanté y me puse el vestido, los zapatos de tacón y salí del dormitorio.

se mofó John.

Vamos ya adonde sea que tengamos que ir. Pero cuando entre de nuevo por esa puerta, te juro que no volverás a verme durante unas cuantas semanas más.

nos hizo señas a mi madre y a mí.

preguntó ella, alucinada.

El nivel extremo es para la zombie viviente de tu hija. Que Dios nos dé paciencia.

suspiró mi madre, cogió su bolso y los seguí hasta la puerta.

Paciencia la que tenía yo con semejantes dos.

Desde luego que se lució. Tintes, mascarillas para el pelo, tratamientos faciales...

bufé.

Uno dice, si me has dejado casi sin reservas. Lo que tenías no son canas, darling, es que ni mi abuela tiene tanto pelo blanco como tú.

Para lo que me importa...

Una mierda me importaba, siendo clara. No es que estuviera esperando a que nadie se fijara en mí. No quería a nadie en mi vida. Nadie que no fuera él, ese hombre por el que estaba así. Y era triste reconocer que pudiera afectarme tanto, pero era la verdad.

Un príncipe no era, eso seguro, pero algún tipo de magia practicaba. Porque a mí me había dejado embrujada para mucho tiempo. Tal vez para toda la vida.

preguntó a mi madre, quien me miró y se puso a llorar.

Más que guapa, no pareciendo una mendiga.

Una mendiga... En ese momento me acordé de Erik, otra vez. De cuando lo conocí, de cómo estaba de hecho polvo por el desamor. Yo misma le había dicho que parecía un mendigo. Y ahora era yo quien lo parecía. Las ironías de la vida. Él por el desamor de una mujer. Yo por el suyo. Más que irónico, ¿no os parece?

Muy satisfecho con su trabajo, lo acompañamos al coche para que nos llevara

de vuelta a casa. Solo que parecía ser que no iba para ese lugar.

le advertí, esperando que solo se hubiera equivocado de salida en la autovía.

dijo con tranquilidad.

me iba a desesperar de verdad.

otra que hablaba de lo más tranquila del mundo. Es que eran tal para cual.

. ¡Que me quiero ir a casa!

cuchicheó mi madre, que iba sentada en el asiento del copiloto como si yo, que iba sentada atrás, no la estuviera escuchando.

rio John.

resoplé.

refunfuñó John.

Estaba a punto de arañarme la cara por la desesperación que sentía. Iba a abrir la puerta del coche y me iba a tirar. Como lo pensé en su día cuando iba con Erik. Solo que él no me daba miedo y esos dos seres de ahí delante me asustaban sobremanera.

Terminamos llegando a un sitio que yo conocía bastante bien. Era un restaurante que estaba a las afueras de la ciudad. Alguna que otra vez John me había invitado a comer allí. Le encantaba ese lugar y a mí también. Tenía unos jardines impresionantes que se usaban para celebraciones. Y por dentro, solo se podía acceder con reserva a uno de sus reservados.

gruñí antes de bajarme del coche.

aclaró mirando a mi madre, quién afirmó con la cabeza, sonriendo.

no me quitaba el cinturón de seguridad y ellos ya estaban bajándose del coche.

John abrió la puerta del coche por donde yo tenía que salir.

sonrió mi madre.

. Sal, ¡ahora!

No le salía el inglés, así que estaba bastante enfadado, por lo que me bajé rápidamente del coche, no tenía ganas de discutir con John porque eso solo me pondría peor. Y ya tenía bastante encima con mi mal de amores.

Entramos en el restaurante, John dio su nombre y nos acompañaron hasta el reservado. Al entrar, abrí los ojos de par en par.

No podía ser lo que estaba viendo.

gritó Carmen.

¿Años? Pero si habían pasado apenas dos semanas.

Así que imaginaos la sorpresa que me llevé cuando fue mi madre la que salió corriendo a abrazarla.

dijo Carmen, con la cara de mi madre entre sus manos y mirándola con cariño.

¿Pero qué demonios estaba pasando allí?

rio mi madre.

. Miré a John, volvió la cabeza para otro lado, evitando mi mirada.

Así que sabía algo... Lo iba a matar.

Mi niña, ¿no vas a darme un abrazo?

Abrió los brazos de par en par y yo fui hacia ella, llorando a lágrima viva. No podía creerme que la tuviera allí, tan cerca, de nuevo.

. Pero tus ojos no engañan. Lo estás pasando mal, ¿verdad?

pregunté, cambiando la conversación.

ordenó.

lloré y me limpié las lágrimas con rabia.

. Sentémonos. John, hola, guapo.

sonrió él.

¿Estos dos también se conocían? Ya podían empezar a explicarme qué era lo que estaba pasando allí. ¿Qué me estaban ocultando?

John sirvió una copa de vino para cada uno y me la bebí de un trago. Me iba a hacer falta.

suspiró mi madre.

me estaba pasando, pero es que odiaba las mentiras. Y tanto Dios para mentirle a su hija. Me estaba dando miedo saber sobre qué iba la cosa.

. Pero fue por tu bien.

lo señalé con el dedo, amenazándolo.

sonrió como si fuera una santa.

suspiré.

. Pero como dice John, todo fue por tu bien.

dije rellenando mi copa de vino, un poco solo porque John me la quitó.

me miró de mala manera y yo a él.

Conozco a tu madre de toda la vida. Era amiga de mi hija. Cuando se quedó embarazada de ti, estuve ahí para ella.

¿Eras tú?

sonrió Carmen.

la tristeza en la voz de mi madre.

deduje, mirando a Carmen.

. Tu madre y mi hija se conocieron cuando yo venía a veranear aquí. Se hicieron muy amigas, se mandaban cartas. Tenían una relación muy bonita que perduró con los años. Y yo le cogí mucho cariño. Y desde donde estaba, intenté ayudarla en lo que pude cuando tus abuelos le prohibieron tenerte.

Está bien... Puedo entender eso, pero...

, organizamos lo del trabajo.

no me lo podía creer.

explicó mi madre.

¡Pero si te hartaste de llorar y me pediste hasta la saciedad que no me fuera!

rio John.

resoplé.

me explicó.

Pero a ver, si me hablaron en danés. ¿Cómo sabías que iba a interesarme si quiera en traducirlo?

. Era un riesgo que teníamos que correr. Si no salía, pues enviábamos otros, nada más.

Me habéis engañado todo el tiempo. Me querías echar de casa, mamá, por Dios.

Era por tu bien, hija. No me gustaba la tristeza que veía y pensé que un poco de aire fresco te vendría bien. Y cuando Carmen me ofreció esa ayuda, pues le dije que sí. Sabía que podrías ayudarla, que lo conseguirías.

. Por ahora. Pero que sepáis que habéis perdido mi confianza.

John hizo un gesto con la mano, sin darle importancia.

Me bebí el poco vino que tenía en la copa y suspiré pesadamente.

¿Y para eso has venido, Carmen? Porque no hacía falta. Me podía haber quedado sin enterarme.

No, no vine para eso, mi niña. Pero me quedo más tranquila ahora que tienes una explicación. Además, el contrato que te di el último día lo hice porque quise, yo te quería allí, te sigo queriendo allí. Pero respeté tu decisión.

cogí la botella de vino de nuevo para rellenar mi copa y estaba dispuesta a estrellársela a John en la cabeza si no me dejaba beber lo que me diera la gana. Porque necesitaba alcohol. Y mucho.

No.

¿Entonces? ¿Para qué has venido?

He venido a por ti.

La botella de vino fue directamente al suelo y ni siquiera escuché el estruendo cuando se rompió. Lo único que escuchaba es esa frase una y otra vez en mi cabeza.

Porque quien la había dicho, era Erik.

Capítulo 15

He venido a por ti.

Ahí estaba él, llenando todo el espacio de la puerta, en todo su esplendor. Algo demacrado, con ojeras y con su pelo revuelto. Así que había estado nervioso, tocándose.

Con sus manos en los bolsillos. Debía de estar alucinando, él no podía ser real.

Erik...

carraspeó John, quien, conociéndolo, ya le habría dado un repaso completo.

siempre tan serio. Con razón me gustaba tanto verlo sonreír, ver cómo se le suavizaban las facciones.

El corazón me iba a mil por hora, me temblaba todo. A ver si en vez de haberle dado a John con la botella de vino, me di a mí misma, porque era capaz de eso y de más con el “patosismo” y me había quedado más tonta de lo que ya estaba.

rio John, quien intentaba moverme, pero yo me había quedado de piedra.

Solo podía mirarlo. Solo intentaba no llorar por verlo de nuevo. Porque no quería que supiera cómo de mal lo había estado pasando por echarlo de menos.

No quería que supiera que estaba enamorada de él.

no me lo podía creer.

rio John.

Tenía ganas de estamparle la botella en la cabeza. Lo haría si pudiera moverme y tuviera otra a mano.

. Al menos escúchalo, por favor.

Afirmé con la cabeza mientras intentaba que las lágrimas no cayeran por mis mejillas. Pero fue inútil. Ya resbalaban por ellas. Me las limpié, estaba temblando.

Carmen se levantó y me dio un beso en la cabeza.

me dijo al oído.

John y mi madre también se levantaron.

. Me llevo a estas dos preciosidades a cenar.

mi madre estaba emocionada, casi llorando también.

Yo solo movía la cabeza, no podía hacer nada más. Cuando nos dejaron solos, volví a mirarlo. Estaba triste y me dejaba que lo viera.

preguntó con inseguridad.

Asentí, no era capaz de articular sonido. Cerré los ojos cuando su perfume, al sentarse a mi lado, me invadió. Qué de recuerdos. Y cuánto dolor.

me preguntó, estaba nervioso, se le notaba. Supongo que me preguntó lo primero que se le vino a la mente.

Sin poderme creer que estás aquí.

dijo emocionado, me cogió la mano, pero yo retiré la mía como si me hubiera quemado y vi el dolor y la tristeza en sus ojos.

¿Qué haces aquí?

Ya te lo dije. Vine a por ti.

¿A por mí? Mira, Erik, bastante he tenido esta noche con enterarme de que todos me habéis engañado como para poder centrarme.

No, no te confundas. Yo no sabía nada de eso. Me enteré a los pocos días de que te marcharas. No tuve nada que ver.

Menos mal. Pero aun entiendo menos qué haces aquí.

¿Me das la oportunidad de explicártelo?

me daba a mí que lo iba a necesitar.

Erik llamó al camarero, pidió una botella de vino y que limpiaran el estropicio que yo había formado. El servicio rápido y eficaz, como siempre.

Con las copas ya servidas de vino, Erik me miró a los ojos.

Te dejé marchar y no quería hacerlo.

Fruncí el ceño.

Si es por el trabajo, encontraréis a alguien mejor que yo.

Deja el trabajo a un lado, Carla, esto es sobre nosotros.

dije con amargura, bebiendo de nuevo. Erik me quitó la copa para que parase.

¿Y para ti qué era lo que había?

No creo que importe. Pero no fue solo sexo como lo fui yo para ti.

. No vuelvas a decir eso jamás.

Es lo que pienso. Es lo que me demostraste, Erik.

Puedo ser un gilipollas.

me mofé, cortándolo, pero él me ignoró.

Pero jamás estuve contigo por ser un polvo fácil. Sabía que pensabas eso, pero imaginé que con el fin de semana que estuvimos juntos...

no es que le quisiera poner las cosas difíciles, es que yo no quería imaginar para después llevarme una decepción. Yo quería que me dijera las cosas claras y sin rodeos.

Cuando llegaste al pueblo estaba mal.

dije con ironía.

¿Puedes, por favor, mantener a tu lengua quieta mientras me explico?

accedí.

La quise mucho. O eso creo. Aunque a veces pienso que era solo una ilusión. Cuando llegaste, estaba roto. En el momento en que te vi, no sé qué me pasó.

Que te comportaste como el neandertal que eres.

resopló.

Lo siento, me salió del alma. Ya me callo.

Ella vino como tú. De otro país en busca de una oportunidad. Las cosas entre nosotros fueron a más y yo pensaba que tendríamos algo serio. Por eso comencé con las obras de la casa. Quería formar un hogar. Estaba ciego y no veía que ella odiaba todo aquello. Odiaba el pueblo, odiaba ese estilo de vida.

Lo único que quería era que acabara su contrato para salir corriendo. Y yo había sido solo un entretenimiento para ella. Me di cuenta el día que la vi preparando las maletas.

¿No sabías que se iba?

No. Le había pedido tantas veces que se quedara... Que di por sentado que lo haría. Se suponía que teníamos planes. Pero no era más que un pasatiempo para ella. En aquel momento me juré que no dejaría entrar a nadie más en mi corazón porque podía darle el poder de destruirme.

dije con tristeza.

Cuando la vi con las maletas hechas, me juré que jamás pediría a nadie que se quedase conmigo. No tengo derecho a ello. No puedo pedirle a nadie que cambie todo su mundo porque yo no quiero salir del mío.

¿Si amas a alguien no le pides que se quede contigo?

No. Si amas a alguien lo dejas libre para que elija. Y tú elegiste marcharte.

Erik me cogió la cara entre las manos y limpió mis lágrimas con sus pulgares.

¿Tan mal lo hice, Carla? ¿Tan mal lo hice como para que no te dieras cuenta de que me había enamorado de ti?

reí con amargura.

La primera vez que fui a buscarte a tu habitación es porque no pude mantenerme más tiempo lejos de ti. Lo intenté desde el primer momento. Intenté ser desagradable, intenté mostrarte al ogro en que me había convertido. Quise mostrarte la peor versión de mí para que te fueras. Porque había algo en ti que me daba miedo.

¿Miedo? ¿Miedo a qué, Erik?

A lo que pasó, miedo a enamorarme de ti y sufrir de nuevo.
lloraba a lágrima viva.

. Me fastidiabas, me sacabas de mis casillas, me volvías loco. Y te deseé desde el momento en que te vi. Y eso no me gustaba nada. Me hacías sentir vulnerable.

lloré.

. La primera noche que dormí contigo, salí corriendo, aterrado por todo lo que me habías hecho sentir. Te lo dije, te dije que te haría daño. Que yo no era ningún príncipe azul.

Desaparecí para ver si así se me quitaba el encaprichamiento que tenía contigo. Pero no ocurrió. No podía sacarte de mi mente y ahí fue cuando me di cuenta de que me había enamorado de ti. Mi abuela lo supo de antes, desde esas noches cuando estuviste en cama por el golpe que te diste y no me moví de tu lado. Incluso creo que desde el primer día.

¿Te quedaste conmigo?

No me podía ir, necesitaba estar cerca de ti.

no quería creer lo que me estaba diciendo.

El fin de semana que pasamos juntos fue el mejor de mi vida. Cuando mi abuela llegó con ese contrato, fui consciente de que había llegado el momento del adiós. Dijiste que te marcharías.

¿Por qué no me pediste que me quedara?

Porque fui un gilipollas. Porque no quería sufrir si me decías que no. Y al final he sufrido más que nunca estas dos malditas semanas.

¿Has estado mal?

. Menos mal que tengo una abuela que me dio un par de hostias y me hizo reaccionar.

reí entre lágrimas.

Erik seguía acariciando mi cara, sin dejar de mirarme a los ojos en ningún momento.

Ella sabía que estabas mal y no me lo dijo. Me enteré mientras volábamos y tuve ganas de matarla allí mismo. Lo sabía desde el primer día porque hablaba con tu madre y se lo calló. Yo no sabía que lo estabas pasando mal, Carla, si hubiera sabido algo....

A lo mejor no habrías hecho nada tampoco. No se trataba de mí, sino de ti. De la coraza que habías construido para protegerte.

me soltó la cara, terminando la frase con rabia. Como odiándose a sí mismo.

No te trates así.

¿Cómo no hacerlo? Me moría de ganas de pedirte que te quedaras y no pude. Y casi me destrozo a mí mismo y a ti.

quería que me lo dijera, que entendiera el doble sentido de mi pregunta.

Lo estaré mientras me dejes. Estaré mientras me quieras a tu lado.

me daba miedo preguntarlo, pero...

. Te quiero, Carla. Quiero estar contigo, no soportaría separarme de nuevo de ti. No soy el príncipe azul que alguien esperaría, lo haré mal muchas veces, seguro. Pero te quiero en mi vida. Aquí si quieres. Si tengo que dejarlo todo, lo haré. Ya no me importa nada, solo tenerte conmigo.

eso sí me hizo llorar porque sabía que nunca lo había hecho por nadie, ni

siquiera por él mismo.

. Siempre y cuando estés a mi lado.

intenté bromear, a ver si podía dejar de llorar.

sonrió por primera vez desde que lo vi ese día, con esa sonrisa torcida, bromista y picarona.

Nunca quise un príncipe azul, Erik. Solo quise a alguien real.

¿Y eso qué significa, Carla?

Que me enamoré del ogro. Del neandertal. Del hombre dulce. Del desquiciante. Del bromista... De todas y cada una de tus facetas y eso es mejor que un príncipe azul.

Me besó y estaba deseando de que lo hiciera. Un beso desesperado, un beso largo. Un beso con el que me demostró que todo lo que me decía que sentía por mí era cierto.

preguntó sobre mis labios.

repetí su misma frase.

dijo mirándome a los ojos.

Entonces un para siempre tendrás.

Nos devoramos a besos. La pasión nos consumía. Nos necesitábamos tanto el uno al otro...

De repente, la puerta del reservado se abrió y mi madre, John y Carmen casi se caen de bruces. Estaría mal cerrada y ¡los cotillas lo habían estado escuchando todo!

se quejó John.

dijo mi madre, pero sin mirarme a la cara. Además, se estaba limpiando las lágrimas de la cara.

susurró John.

Y por la sonrisa pícaro de Carmen, sabía que habían estado escuchando todo.

la anciana rio.

Erik se levantó para ayudar a su abuela a sentarse y volvió a mi lado. Me agarró la mano por debajo de la mesa, dejándolas apoyadas en mi rodilla y no la soltó durante toda la comida.

preguntó John tras el primer brindis.

Lo que Carla decida, estaremos donde ella quiera.

Todos esos pares de ojos se fijaron en mí. Miré a cada uno de ellos, sobre todo a mi madre para ver su reacción.

. Y me enamoré de ese lugar. Quiero volver.

Carmen comenzó a llorar, era la primera vez que la veía así.

dijo entre lágrimas.

iba a disculparme, pero ella me cortó.

Ah, por mí no te preocupes. Carmen me ha ofrecido que trabaje allí como cocinera ya que Helen quiere dejarlo. Así que elijas lo que elijas, yo me voy para allá. A lo mejor me gusta y todo.

dije después de soltar una carcajada.

dijo muy seria.

El negocio no es mío, es de ellos, mamá. Si te quieren es por algo. Además, sabes que siempre quiero tenerte cerca.

En algo te equivocaste, mi niña. El negocio no es solo de mi nieto y mío. Todo es suyo, una vez que tú vuelvas, cogerás las riendas. Yo me retiro y lo dejo todo en tus manos, confío en ti.

Pero es tu vida.

rio.

sonreí, mirando al amor de mi vida.

Erik puso esa sonrisa pícaro y torcida en su rostro.

bromeó.

le reñí, provocando la risa en los demás. Si es que no se cortaba un pelo.

. Serás mi socia.

. Eso es algo tuyo, de tu familia y...

me guiñó un ojo.

Erik, no puedo.

rio John.

. Fue Erik quien lo decidió y tiene todo mi apoyo.

si las cosas salían mal, no sabía cómo explicarlo.

dijo con fiereza.

¿Me lo puedo pensar al menos?

dijeron todos a la vez.

Puse los ojos en blanco, no tenía bastante con aguantarlos por separado que ahora, además, los aguantaría a todos a diario.

. Después, de verdad.

O mañana, pensé. O tal vez nunca.

Ese negocio era la vida de Erik y yo no podía permitir que me diera la mitad así, por la cara. Haría que entendiera que no era necesario y que no lo aceptaría y ya está. Estaba segura de que podría hacerlo entrar en razón.

Capítulo 16

Unas horas después, ya eso no lo tenía tan claro. El que pudiera convencerlo y hacerlo entrar en razón, quiero decir.

Me tenía la cabeza como un bombo y me estaba sacando de quicio, como habían hecho todos durante toda la cena.

Erik y Carmen se alojaban en un hotel, pero esa noche la anciana quiso quedarse a dormir en mi casa para charlar con mi madre. Y cotillear, por supuesto.

Erik ni siquiera me preguntó, dio por hecho que dormiría con él en el hotel. Así que tras despedirnos de John en el aparcamiento del restaurante, dejamos a mi madre y a la abuela de Erik en mi casa. Subí a por un pijama y algunas cosas de aseo personal y bajé para irme al hotel con Erik, que me esperaba abajo en el coche que tenía alquilado.

Y siguió, durante todo el camino, hablando de los dichosos papeles de la sociedad.

Llegamos a la habitación y seguía erre que erre. Me tenía desesperada.

Así que hice lo único que se me ocurrió. Dejé que hablara mientras yo, tranquilamente, me iba quitando la ropa. Él paseaba mientras seguía comentándome las ventajas de ser socios y todas las ideas que había pensado, como en abrir otro restaurante en el pueblo cercano.

Me tenía aburrida de la vida.

Estaba ya en ropa interior cuando, por fin, me miró y se calló de repente.

comenzó a acercarse a mí, con la misma mirada de esa primera noche, cuando me pedía que lo dejara marchar y vi el deseo real en sus ojos.

me hice la tonta. Me desabroché el sujetador, bajé cada tirante lentamente y dejé que cayera al suelo.

se quedó parado, mirándome. En ese momento yo no tenía vergüenza ninguna. ¿Cómo tenerla con cómo me miraba?

Volvió a caminar hacia mí y se paró cuando nuestros cuerpos se rozaron.

su voz ronca por el deseo, dulce por el cariño. Acarició mi cara con sus nudillos y yo cerré los ojos por el contacto.

susurré cuando abrí los ojos.

Necesito tocarte.

Hazlo.

Gemí cuando sus manos acariciaron mis costados, se pararon en mis caderas y me pegó a él.

Necesito besarte.

gemí, deseando beber de sus labios.

Lo hizo, me besó. Con dulzura y con deseo. Me besó con amor.

gruñó antes de desatarse por completo.

Se terminó la dulzura. Se terminó el intentar ir lentos. Los dos perdimos el control, demasiado tiempo sin tenerlos el uno al otro. Demasiado tiempo sin sentirnos piel con piel.

Lo ayudé a quitarse la ropa y nos tumbamos en la cama. Devorándonos. Y

cuando entró en mí, me sentí desfallecer.

gemí, moría de placer por sentirlo en mi interior.

Entró. Salió. Y de repente paró. Abrí los ojos y lo miré. Estaba observándome, con la mandíbula apretada. Intentando controlarse, imaginé.

¿Estás bien?

Carla... Necesito que me lo digas. Quiero escuchártelo decir. Ahora.

Sonreí, imaginando a qué se refería. Y esperaba acertar y no quedar como una tonta.

sin apartar mi mirada de la suya.

. Yo también te quiero. Siempre fue así.

Hice que agachara su cabeza y lo devoré a besos mientras los dos alcanzábamos el orgasmo más intento que había tenido en toda mi vida. Dejándonos exhaustos.

Y me dormí, abrazada a él. Algo que no imaginé que ocurriera más. Me sentía la mujer más feliz del mundo, ¿cómo no hacerlo?

A la mañana siguiente fuimos a mi casa a desayunar, llevamos algunos pasteles y tomamos el café con mi madre y con Carmen.

Me gustaba lo bien que se llevaba Erik con mi madre. Ella lo trataba como a mí, para ella ya era su hijo. Y él era súper cariñoso con ella. Se llevarían muy bien, no me cabía la menor duda de ello.

Tan bien que estaban los dos en la cocina hablando de las comidas que prepararía mi madre en el restaurante mientras cocinaba para todos ese día, John incluido, mi amigo no se iba a perder la primera comida de la nueva familia en casa. Además, él era parte de ella.

Carmen estaba en el sofá viendo un poco la televisión. Me senté a su lado para hacerle compañía mientras los otros dos estaban entretenidos con sus cosas.

preguntó Carmen unos segundos después.

. Dime la verdad, Carmen. ¿Lo obligaste tú a dar el paso? De verdad que no me importa si es así, sé que es sincero con sus sentimientos.

No, cariño, no lo hice. Le di fuerte, eso sí, pero la decisión fue suya. Sabes que él hace las cosas a su manera.

reí.

señaló mi frente.

soné incrédula, pero es que no podía imaginarme algo así.

puso los ojos en blanco.

Miedo me da preguntar.

. Así que después de ponerlo de vuelta y media, lo dejé en tu cama, con sus pensamientos. Hasta que apareció un par de días después con los billetes de avión en la mano y diciendo que venía a por ti. Que no iba a perder la oportunidad de ser feliz.

dije con temor.

Ay, mi niña, supe que lo eras desde el primer momento en que os vi juntos. Cuando vi cómo os mirabais. En el momento en que vi cómo mi nieto se ponía sus escudos. Él ya sabía que podías llegar a su corazón. Y lo hizo mal, sí, pero hizo lo que creyó que era mejor para ti. Yo sabía cómo de mal estabas tú y veía cómo estaba él. Así que con lo nervioso que venía en el avión, le conté el daño que te había hecho. Merecía saberlo.

dije con pesar.

dije con miedo.

Ya lo haces, mi niña. Y a mí. Gracias por amarlo así. Lo merece.

Erik llegó al salón, se sentó a mi lado y me dio un beso en la frente.

improvisó su abuela.

rio Erik.

. Tomaos unos días solos, os hacen falta.

. Queremos organizar todo aquí para poder mudarnos. Mi madre y yo necesitaremos unos días. Y no podemos dejar aquello solo.

resopló la anciana, haciéndonos reír a carcajadas.

Y, de repente, me vi a mi madre allí, llorando y Carmen igual.

pregunté preocupada.

moqueó mi madre.

Le sonreí, a ella y a Carmen y miré a Erik, que me miraba con amor. Me abrazó y me dio un cariñoso beso en el pelo.

sonreí.

Lo era, tenía a mi lado al hombre de mi vida, a quien quería más que a nadie. El hombre que pensé que no sentía nada por mí, había venido a buscarme.

No fue como en la escena del aeropuerto que me imaginé y que tantas veces vi en la televisión.

Fue mejor. Mucho mejor.

Nos quedaba un bonito futuro juntos, al menos yo creía eso. Y tenía muchas ganas de empezar una nueva vida.

Lejos de mi país. Lejos de todo lo que conocía.

Pero siempre junto a él.

Junto a mi príncipe azul. Porque tenía que reconocerlo, él era el verdadero príncipe azul que siempre había buscado, no como los falsos de los que siempre había huido.

Él era el amor.

Epílogo

Un año después...

Estaba que me iba a dar algo.

Desde que me había mudado al pueblo de Erik, todo iba bien. Nos casamos hacía unos seis meses. Algo íntimo, solo la familia y nos fuimos unos días de luna de miel de crucero, era algo que me hacía mucha ilusión.

Desde que llegué, me mudé a su casa. Erik estaba un poco inseguro pensando que porque me contó que la remodeló pensando en poder tener una oportunidad con su exnovia, yo podía sentirme incómoda allí. Pero para nada.

Esa casa la había preparado para mí, que era la persona con la que realmente quería formar una familia. Era lo que sentía y sabía que él también.

Mi madre no quiso vivir con nosotros y con Carmen, ella quería su independencia y se alquiló una pequeña casita en el pueblo, estaba de lo más feliz. Como feliz estaba en el trabajo. Decía que se jubilaría allí, que aquello la había enamorado y que no volvería a España a no ser que fuera de vacaciones.

Le enamoró el pueblo y alguien especial que conoció. Y yo me sentía feliz por ella, por verla, por primera vez en la vida, ilusionada y creyendo en el amor. Él era un buen hombre y la hacía feliz, era lo único que me importaba.

Todo iba bien. El negocio prosperando. Carmen, aunque se había “jubilado” en la toma de decisiones y que ahora recaían sobre mí porque no tuve más remedio que firmar la sociedad con Erik, seguía siendo la jefa de aquello y a mí me encantaba verla activa. Aquello también era su vida.

Erik y yo seguimos con los planes de un segundo restaurante en el pueblo de al lado que fue todo un éxito, como lo era el otro. Y con la comida de mi madre, que aún sin entender el idioma había logrado que la cocinera del otro restaurante cocinara casi tan bien como ella, os lo podéis imaginar. Era todo un éxito.

Con John hablaba a diario y lo veía seguido, siempre que podía se escapaba un fin de semana para estar con nosotros, así que tampoco me daba tiempo a echarlo mucho de menos.

En definitiva, todo iba bien menos aquel día en que todo cambió...

Ese día no me encontraba bien y no había ido a trabajar. Como para contradecir al neandertal, mejor le hacía caso y me quedaba en la camita.

— ¡Carla! — era la tercera vez que gritaba mi nombre y cada vez estaba más preocupado y desesperado. Me estaría buscando por toda la casa, seguro que aparecía con su pelo echo un asco.

Yo estaba en el suelo del baño, harta de llorar.

— ¡Carla! ¿Dónde estás?

Ya estaba en la habitación, en dos segundos lo tenía en el baño. Abrió los ojos de par en par al ver el panorama y vino rápidamente hacia mí. Se agachó y me hizo mirarlo.

— Cariño, ¿estás bien?

— No — lloré.

— Joder — miró alrededor. Decenas de plásticos de pasteles por el suelo y un par de latas de refresco de cola.

Era un drama, estaba viviendo un drama y de los grandes.

— Carla, mírame — insistió. Lo hice y vi cómo escudriñaba mi mirada — .
Cariño, tienes que contarme qué te pasa, me estás asustando.

— Ay, Erik — sollocé.

Erik estaba a punto de sufrir un infarto por el agobio, pero es que yo no era capaz de dejar de llorar para explicarle lo que me pasaba. Se sentó a mi lado, me cogió y me sentó sobre sus rodillas.

Me acunó y yo me abracé con fuerza a él, intentando calmarme.

Sabía que tenía que explicarle y necesitaba hacerlo para no preocuparlo más.

— Me sentía muy mal esta mañana — comencé.

— Lo sé, mi amor, por eso insistí en que te quedaras en casa. ¿Te sientes peor?

— No sé — sorbí por la nariz.

— Necesito que me expliques porque me estoy imaginando lo peor — estaba más que agobiado.

— Ah, pero si no es malo — levanté la cabeza de su pecho, le había dejado la camisa empapada de lágrimas.

— ¿No es malo? — sonaba entre aliviado e intrigado.

— No, creo que no.

— ¿Cómo que crees? — cogió aire y yo sabía que era porque me tenía abrazada y como no podía dejarse el pelo peor de lo que lo tenía, respiraba para intentar relajarse de alguna forma — Cariño, o empiezas desde el principio o no entiendo nada y me estoy poniendo muy nervioso.

— A ver, me sentía mal — hipé.

— Sí...

— Tenía el estómago raro, pensé que me había sentado mal algo que comí.

— Fue antes de todo esto, supongo — puso los ojos en blanco, refiriéndose a la cantidad de azúcar que me había metido para el cuerpo en mi terapia particular. Como él decía, no sabía cómo me mantenía en forma y sana. Ni yo tampoco.

— Erik, no es momento de ironías — lloré de nuevo — . A veces eres un grano en el culo. ¿Te cuento o no?

— Sí, lo siento. Tenías el estómago mal.

— Fui a tomar algo, una infusión pero me dieron ganas de vomitar, solo con olerla. Y una vez estando en el baño, pues lo entendí. No del todo, pero pude imaginar qué era lo que estaba pasando.

— ¿Y? — preguntó con desesperación.

— Pues no podía saberlo, así que fui a la farmacia para...

— ¡¿Has salido estando enferma?!

— Bueno, ¡pues alguien tenía que ir para quitarme la duda!

— No sé de qué duda hablas, ¡pero haberme avisado!

— Pues no me dio la gana — dije de mala manera — . Quería confirmarlo antes.

— ¿Confirmar qué? — estaba perdiendo la paciencia, pero a mí me daba igual.

Tenía que estar acostumbrado a mis dramas, a mi terapia y a mi “patosismo”.

— Pues el diagnóstico.

— Que es... — respiró profundamente.

— Entonces lo compré, volví a casa y me vine al baño con mis pasteles y mi refresco de cola.

— Buen suministro, sí.

Le di un golpe en el hombro para que se callara.

— Joder, Carla, es que me tienes de los nervios. ¿Qué es lo que te pasa? Por Dios, ¡me va a dar algo como no me lo digas ya!

— Pero ¿prometes estar tranquilo cuando lo sepas?

— Uy, sí, de lo más tranquilo del mundo — en ironía me ganaba — . Dime de una vez — ordenó.

— Esto... Mejor lo ves por ti mismo.

Y temblando, cogí el test de embarazo que tenía escondido y se lo di.

Erik lo miró. Me miró a mí. Volvió a mirar el test que le estaba dando y lo cogió, pero sin dejar de mirarme a mí a los ojos.

— ¿Qué voy a ver ahí? — ay, amor, ahora también nervioso, ¿eh?

— El motivo de mi terapia — me mordí el labio por los nervios.

Erik se quedó mirando el test y ni siquiera pestañeaba.

— Pero dime algo — dije desesperada.

— Tiene dos rayas — tartamudeó.

No era la primera vez que me hacía uno, un par de meses después de la boda tuve un retraso y Erik fue a por un test. Salió negativo, así que sabía bien cómo funcionaba. La decepción que se llevó ese día no la olvidaría en la vida.

Erik se había quedado como congelado, ahora era yo la que me estaba asustando.

— Erik... Joder, Erik, ¡dime algo!

— ¿Estás embarazada? — susurró, levantó la mirada hacia mí — Estamos embarazados.

Afirmé con la cabeza.

— Ay, Dios — gimió.

— Pero es lo que queríamos, ¿no? — no sabía por qué me sentía así, tal vez por el miedo, porque Erik y yo no nos protegíamos y habíamos planeado, casi desde el principio, el tener un hijo.

Erik me miró y levantó su mano, quitando mi labio de entre mis dientes. Y menos mal porque me lo iba a destrozar.

— ¿Me puedes explicar por qué lloras? — preguntó con suavidad, en sus ojos vi la alegría por la noticia.

— Porque tengo miedo.

— ¿A qué, cariño?

— A hacer algo mal. A no ser buena madre. A no dar la talla. A que sea un patoso como yo. O a que yo lo sea aún más y pase algo malo. A ponerme gorda inmensa y que ni me mires. Miedo a todo, no sé.

Erik soltó una carcajada, no me sentó bien pero me relajó un poco.

— No pasará nada malo porque te voy a controlar cada movimiento — dijo muy serio.

— Vaya, eso me deja más tranquila — ironicé.

— No tienes que dar la talla en nada, solo ser como eres. Mi mujer, mi amante, mi amiga. Y en todo eres la mejor. Como serás la mejor madre del mundo. Y el miedo a que no te mire igual... — me hizo levantarme y él lo hizo después — Voy a quitarte todas esas tonterías de la cabeza — cogió mi mano y tiró de mí.

— ¿Adónde vamos?

— A demostrarte cómo te veré ahora y con la barriga cuando lleves a mi hijo dentro, pedazo de ceporra.

— Pero no es necesario que...

— No haberme retado — se paró a los pies de la cama y me abrazó por la cintura, pegándose a él.

— Erik...

— Te quiero, Carla. Te amo. Soy el hombre más feliz del mundo contigo a mi lado y ahora me vas a hacer padre. Cariño — me besó con dulzura — , gracias por hacerme tan feliz.

— Yo también te quiero. Pero tengo miedos y...

— Te los iré quitando, no te preocupes — comenzó a quitarme la ropa.

— ¿Me vas a seguir queriendo?

— Siempre. ¿Lo dudas?

Lo miré a los ojos y todos los miedos desaparecieron.

No, no lo dudaba. No había dejado de demostrarme cuánto me quería ni un solo día, cuánto se preocupaba por mí y que lo único que le importaba era verme feliz, como me pasaba a mí con él.

— Te amo, Carla — suspiró pesadamente y una lágrima cayó por su mejilla.

— Cariño... — susurré.

— Vamos a ser padres.

— Sí — sonreí — . ¿Feliz?

— Contigo a mi lado, siempre.

Dejé que me besara y que me demostrara sus sentimientos como mejor sabía hacerlo. Y sonreí mientras me dejaba amar por el amor de mi vida.

Para mí, un verdadero príncipe azul del que no huiría jamás.